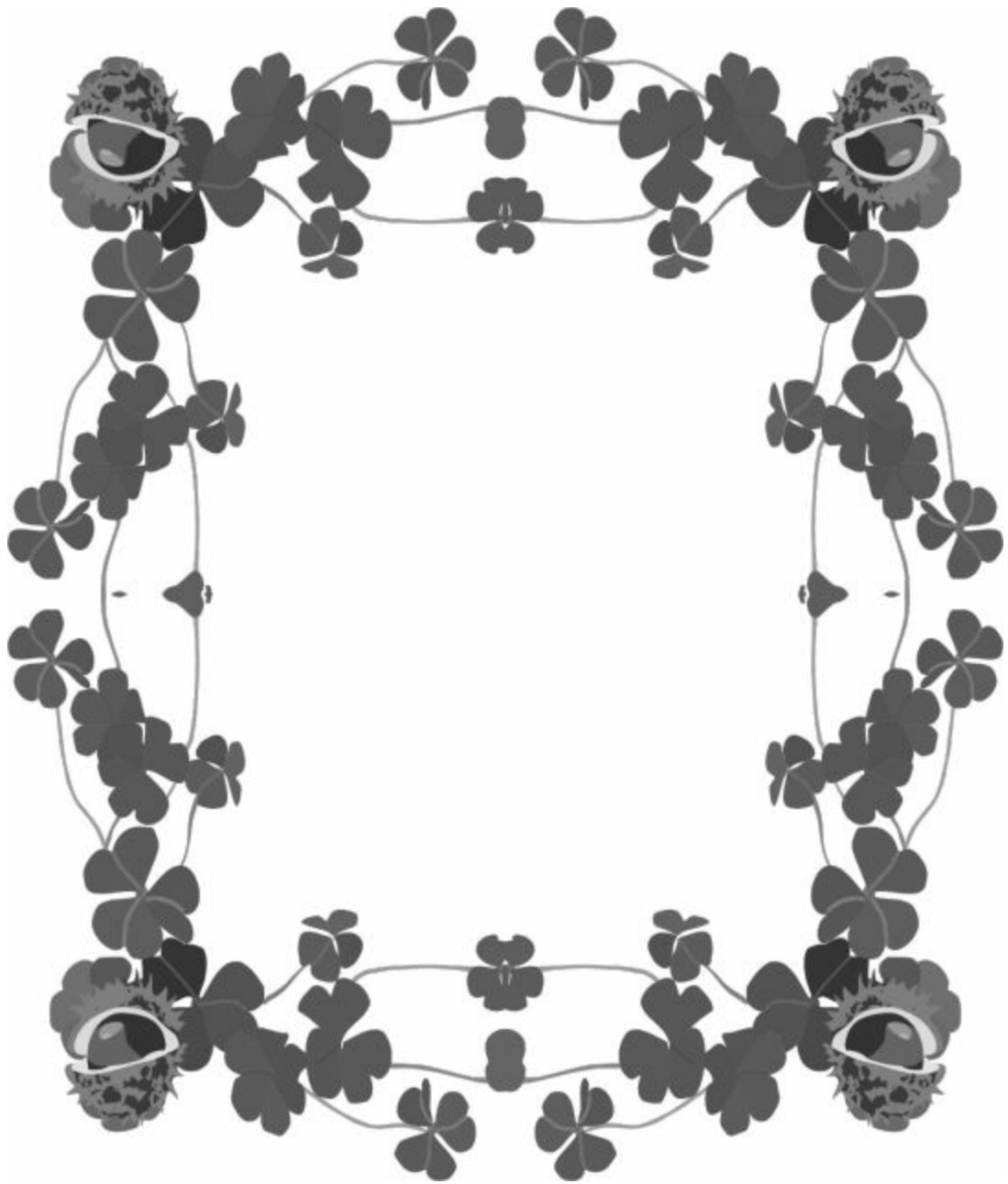


A close-up photograph of two hands, one from a woman and one from a man, holding each other. The woman's hand is on the left, wearing a gold ring on her ring finger. The man's hand is on the right. They are holding hands in a firm grip. The background is a clear blue sky.

Iria Blake

A wide-angle photograph of a cityscape at sunset. The sky is filled with warm, golden light from the setting sun. In the foreground, a large, modern cable-stayed bridge with a curved, metallic structure spans across a body of water. The bridge's cables are illuminated by the sunset. In the background, a city skyline is visible, with several buildings lit up. The overall scene is a mix of natural beauty and urban architecture.

*Guardando las
Distancias*



Guardando las distancias

Iria Blake

*A mi marido y a mi hija,
mis dos grandes compañeros de viaje
en los senderos de la vida*

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Iria Blake 2017

Primera edición: Agosto 2017

Depósito legal: BI-456-17

ISBN-13: 978-1546443865

ISBN-10: 154644386X

Maquetación: Idoia Amo

Portada: Imagina Designs (Nerea Pérez Expósito)



www.imagina-designs.com



*Llené mi vida de nada
Inseguridades en el camino,
Anodinos lenguajes morían,
Mellaron mi capacidad de amarte.
Letanías que escuché muda,
Usando excusas infernales.
Cimientos que quebraron imperceptibles,
Inquietudes que marchitaron,
Alejaron tu distancia de mi distancia.*



Acróstico cedido

por Esther Farraces

Contenido

[El porqué de esta novela.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos de la autora](#)

[Biografía de la autora](#)

El porqué de esta novela.

Sé que no debo dar explicaciones de por qué escribo una novela u otra, sin embargo Liam y Lucía se han hecho muy especiales para mí y me gustaría contaros el secreto.

Estaba en un momento poco inspirador literariamente hablando. Está claro que, en muchas ocasiones, los autores pasamos por este trance por un motivo u otro. En mi caso fue la decepción. Estaba un poco decepcionada de este mundillo que tantas ilusiones me había dado y que, de repente, se habían borrado. Hasta hubo un segundo (de esos que pasan y pasan) en que pensé dejarlo todo y hacer desaparecer a Iria Blake tal y como llegó, de la nada, a la nada. Incluso guardé las novelas que tengo ya escritas en un cajón, en el del olvido.

Una mañana volví a mi blog, donde comenzó todo y empecé a escribir sin más, sin desear nada ni pedirme nada a mí misma. Solo divertirme; y lo logré. Esos capítulos que iba publicando todas las semanas, me devolvieron esa ilusión que tenía cuando empecé todo. Recordé mis primeras palabras en el blog, los primeros sueños y el primer motivo que me llevó a sacar a la escritora: divertirme y punto, y así lo hice.

Por eso Liam y Lucía están aquí. Una historia que no busca ni pide nada, solo que la leáis y que lo paséis tan bien como yo escribiéndola.

Me gustaría decir que, nunca más voy a permitir que

intenten robarme mis sueños, porque este mundo en el que estoy me encanta y, lo que sí he aprendido es que situaciones como las que me llevaron a casi dejarlo, me pasarán más veces, seguro. Me robarán mil cosas, pero nunca la ilusión por escribir y por dar a mis maravillosas lectoras la posibilidad de leer mis novelas, porque de un modo u otro os llegarán, no lo dudéis pequeñas insumisas, porque como le pasa a Lucía, una nunca sabe lo que le depara el destino...

¡The show must go on!



Porque una nunca sabe lo que le depara el destino...

Capítulo 1

Una boda, un bonito acontecimiento para conocer gente, o deprimirte del todo porque era la única de cinco amigas que no se había casado. Y no era porque no tuviese pareja, que la tenía. Pero es que llevaba diez años con mi novio y no había forma de que quisiera que nos fuésemos a vivir juntos y mucho menos hablar de casarse. A ver, que cuando conocí a Julián, allá por el pleistoceno, ya me dejó las cosas claras, pero una pensaba que iba a cambiar, que con 35 años iba a dejar de jugar a los videojuegos online y se pondría con otro tipo de juegos. Sin embargo, no. Y no era no. «Que tenemos tiempo», me dijo anoche mientras se despedía con un casto beso después de un polvo de categoría media en el hotel de siempre. Por cierto, que ya de paso, nos podían hacer un abono de esos « ¡venga diez noches y le regalamos una!», porque desde los veinticinco que llevábamos viniendo, los propietarios ya se conocían hasta mi vida familiar. Que, por una parte, genial, porque eso ha significado que hemos tenido sexo, no siempre celestial, pero sexo al fin y al cabo. Pero por otra, joder... ¿Quién no quiere estar en su propia casa ya a mi edad?

Me dirigí a tomar otra copa. Julián estaba tan ocupado hablando del último videojuego con un sobrino de mi amiga Aurora, la novia, que ni se había dado cuenta de que me había ido hasta la barra para ahogar mis penas. Miré hacia atrás con pesar y lamentándome de nuevo. Tal vez debería dejarlo y vivir mi vida de una vez. Tan centrada iba en mi reflexión que al girarme, mi nariz se enterró sobre una masa de acero que me dejó medio alelada.

—*Sorry, sorry!* —Tan solo atiné a escuchar cómo en la lejanía, me hablaba esa masa de acero contra la que me había chocado —. ¿Estás bien? —Y esa pregunta con un acento de vaya usted a saber de dónde, me licuó las entrañas como hacía tiempo que no sentía.

Levanté la cabeza para mirar al portador de ese acento maravilloso y, para mi desgracia, me encontré no sólo con los ojos marrones más bonitos que había visto en mi vida, no, sino también a un pedazo de armario empotrado de podría ser; ¿dos metros?, vestido con el uniforme oficial de gala de los

bomberos de Dublín. Si ya decía yo que la cerveza era buena para el cuerpo...

—¿Necesitas ayuda? ¿Te encuentras bien?

«No, apaga mi fuego», pensaba yo en mi fuero interno.

« ¡Ay Lucía!, que te pierdes». Pero el caso es que miré hacia la posición de Julián, y seguía tan enfrascado en su conversación con aquel preadolescente, que ni siquiera se había percatado de mi situación. Así que, ¿por qué no dejarme ayudar por este amable caballero?

—Te acompaño al baño, si quieres...

—Sí, digo; no, no hace falta, es solo el golpe —contesté mientras me tocaba el puente de la nariz, que me dolía como si de veras me hubiese chocado con acero puro.

—Me dejarás compensarte entonces...

Esas palabras junto con el tono de voz con el que lo decía, dejaba entrever cosas que ni siquiera me atrevería a pensar, por lo que, en un ataque de valentía y honestidad, me puse firme y lo miré a los ojos.

—Lo siento, es que tengo novio —le dije; señalando a Julián, que seguía a lo suyo.

Su cara de desilusión lo decía todo. Pero lo que no me imaginé al decirle mi estado civil, era que yo también me desilusionaría.

—¡Vaya, es una pena! —Esa cara de perrito abandonado me llegó tan adentro que no pude hacer otra cosa que rendirme un poco a sus encantos (y a ese uniforme de gala que le quedaba como anillo al dedo)—. Otra vez será...

Se giraba para irse pero, en un alarde de atrevimiento impropio en mí, lo detuve no solo sujetando su brazo, sino también con mis palabras.

—Bueno, pero una copa no se le niega a nadie, ¡invito yo! —¡Olé mis ovarios! Ligando con otro chico en la narices de mi eterno novio.

La sonrisa que le arranqué casi me deja en el sitio y peor, me hizo sentir cosas que tenía olvidadas.

Liam, que así se presentó, me hizo pasar una tarde inolvidable. Nos reímos juntos con bromas sobre los novios. Me contó el motivo por el que estaba en la boda y es que Óscar, el ya marido de Aurora, fue a un curso de intercambio de bomberos a Dublín donde se conocieron y se hicieron grandes amigos. Que estaba pensando en hacer él lo mismo, por aquello de

intercambiar impresiones laborales.

Lo que no me imaginaba es lo que vino a continuación.

—Así tendría una excusa para volver a verte.

Me sonrojé, no pude evitarlo cuando lo dijo, pero era muy consciente de que eso era imposible.

—Mira Liam, como te dije antes, tengo novio... —insistí intentado guardar las distancias.

—Ahora mismo estoy seguro de que si te beso, tu novio no se dará ni cuenta de ello, aunque también estoy seguro de que me darás una bofetada.

La carcajada que salió de mi boca se hubiese podido escuchar en toda la sala de no ser porque, a esas horas, la música ya estaba a tope, y la gente demasiado borracha como para escuchar nada.

En cualquier caso; me retó y cuando a mí me retaban, más de esa forma; y partiendo del hecho de que Julián me había olvidado literalmente, sacó a la revolucionaria que todavía me quedaba dentro y me lancé. Tiré de su brazo para que bajara de la silla y lo arrastré al baño más lejano. Él seguía riéndose, pero detrás de esa risa había una especie de señal de ¿victoria? y convencimiento de que si yo había empezado esto, lo iba a acabar.

Lo encerré en el baño más grande. Miré a mi alrededor y giré para mirarlo. Su cara era un libro abierto. Había deseo puro en su expresión, sus ojos brillaban y las manos estaban inquietas, rabiosas por atraparme y aplastarme contra su cuerpo.

Era la experiencia más excitante que había vivido jamás. Yo, Lucía Vergara, estaba a punto de cometer una estupidez y el caso era que me daba igual.

Me acerqué lentamente a él. Midiendo cada uno de sus movimientos, desde la inquietud de sus piernas, hasta el gesto de llevarse la mano a su miembro para ponerlo en orden. Tenía una erección tal como para reventar los pantalones. Se me hizo la boca agua. Me relamí, y ahí se acabó toda contención. Llegué a él y devoré su boca con anhelo, ansia y una desmedida desfachatez, que ni en mis mejores tiempos de soltera había soñado.

Él tampoco se cortó, en cuanto le di vía libre, sus manos empezaron a investigar por mi cuerpo, desde las caderas hasta mis pechos, que poco a

poco reclamaban atención, y esa atención se convirtió en puro vicio y ese beso continuó, y lo hizo durante minutos donde nuestros cuerpos se sentían acoplados el uno al otro. Hasta que de repente, se oyó un golpe en el exterior.

Y ahí se acabó la historia.

Nos arreglamos la ropa como pudimos; y salimos del baño con toda la discreción que antes nos había faltado. Y peor aún, los dos encendidos, mucho.

Sin decir ni adiós, fui a buscar a Julián, que al verlo, me invadió un sentimiento de culpabilidad que se desvaneció al comprobar que seguía enfrascado en la misma conversación.

Seguimos intercambiando miradas a lo largo de toda la noche, pero la fiesta se acabó y no tuve tiempo de despedirme de él.

No pude olvidar aquel encuentro, no solo porque me dejó a medias, sino más bien porque desde entonces, cada vez que besaba a Julián, era como besar a mi hermano, y eso no era nada bueno.

Pasaron las semanas y todo en mi cabeza seguía igual, como si mi cuerpo extrañase su tacto.

Estaba empezando a desesperarme. Cortar con Julián era lo primero que debía hacer y que no hacía porque las cosas con él no tenían visos de mejorar. Se había instalado una rutina tal en nuestra relación, que hasta lo sucedido con Liam en aquella boda, no me había dado cuenta de que se me estaban pasando los años al lado de una persona con la que no tenía futuro.

Tenía que vivir la vida, y no ya porque la relación en sí con Julián estuviese destinada al fracaso, sino porque necesitaba volver a sentir que las piernas se me doblaban cada vez que me besaban. Sentir esas mariposas en el estómago al compartir una mirada de deseo con esa persona especial. En definitiva, necesitaba volver a soñar, ya que lo cierto era que mi vida se había convertido en un interminable letargo.

A decir verdad, si busqué los besos en otra boca, es que ya no amaba a Julián.

Hasta que un día recibí un *WhatsApp* de un número desconocido que me dejó atónita.

Te espero a las 7 en el hotel Zouk, tenemos que acabar lo que empezamos

Impactada, ni se me ocurrió pensar en cómo demonios había conseguido mi número. Porque era él, estaba claro, ¿o tal vez no?
¿Quién sería el hombre que quería quedar conmigo?



Capítulo 2

Estaba llegando al hotel donde nos habíamos citado. Me encontraba nerviosa y expectante. Después de leer y releer el mensaje como unas diez veces, me decidí. Iba a ir a la cita que me habían preparado.

Lo que no tenía muy claro era a quién me iba a encontrar allí. ¿Y si era Julián tratando de ser romántico? Lo dudaba, aunque si después de diez años de relación que iba a ninguna parte, era capaz de hacer eso por mí, podría volver a enamorarme de él.

Opsss, ¿acababa yo de decir volver a enamorarme? Mejor desechar eso hasta llegar al hotel.

¿Y si era Liam? La verdad es que no había dejado de pensar en él desde la boda de Aurora, pero dada mi situación sentimental, no me había molestado en saber nada de él por miedo a averiguar que ya estaba con otra. Sin embargo, olvidarlo, lo que se dice olvidarlo, como que no. Ese beso, sus manazas abarcando mi cuerpo y sin duda alguna, los ojos marrones que me miraban con pura lujuria mientras mi cerebro se derretía por su contacto. Ese era su recuerdo.

¿Cuernos a Julián? Hasta aquel día nunca me lo había planteado. A pesar de la monotonía de nuestra relación, no tenía ni tiempo ni ganas de conocer a otra persona, también; tenía que añadir, que tampoco se habían dado circunstancias para conocer a otra y si en algún momento un hombre se pudo haber insinuado, ni me di cuenta. Vamos, que mi radar de hombres estaba estropeado, o al menos eso creía hasta que conocí a Liam.

Pasé por la recepción, a la que se accedía con el coche, absoluta discreción.

Dejé el vehículo en un garaje a través del cual se accedía a las habitaciones. Un lujazo de sitio. Pero yo estaba tan ansiosa, que ni me fijé en lo que tenía a mi alrededor. Tan solo deseaba entrar y comprobar si la persona que me esperaba era ÉL.

Abrí la puerta y, aunque la habitación estaba en penumbra, pude vislumbrar la silueta de un cuerpo masculino en el fondo. Lo siguiente que

sentí fue que el bolso caía al suelo de la impresión que me dio verlo. Estaba apoyado en la puerta de salida a la terraza privada, de espaldas a mí. Era esculturalmente perfecto, era sexy; y exudaba pura sensualidad animal por cada uno de los poros de su piel. Se dio la vuelta y aunque apenas podía ver su cara por la escasa luz, noté su mirada. Yo, y todo mi cuerpo. Porque el visible temblor de mis piernas me delataba. En el fondo me sentí ridícula, porque a mis treinta y dos años, parecía que nunca había visto a un hombre ¡desnudo! Porque sí, estaba desnudo frente a mí, el mismo hombre que me cautivó hace un tiempo y que no había podido olvidar, el único hombre que había hecho que me replantease el concepto de fidelidad. Ese era Liam.

—Hola.

¡Bravo Lucía! Tienes a un hombre desnudo frente a ti y no se te ocurre otra cosa que decirle «hola».

Sonrió, ¡qué sonrisa, por Dios! De esas que te penetraban en las pupilas y se clavaban en el cerebro para siempre.

—Hola, Lucía.

¿Por qué tenía que tener ese tono de voz? ¿Por qué? Daban ganas de arrastrarse por el suelo y suplicar clemencia. Porque mucho poder de contención iba a necesitar para ese tsunami que se llamaba Liam.

—No esperaba verte así.

¡Bravo de nuevo, Lucía! ¿De verdad tus padres te pagaron una carrera de derecho para acabar hablando así? ¿Dónde estaba la mente fría cuando se la necesitaba?

—¿Así, cómo? ¿Desnudo?

—Bueno, yo quise decir...que...bueno...yo —eso, eso, titubeando, temblando, dejando que se diese cuenta de lo que provocaba en mí.

Pero bueno, desnudo, a cualquiera le provocaría. ¿O no?

No me dio tiempo a reaccionar, ni a decir nada más, porque en tres zancadas se plantó frente a mí y me cogió de la nuca para tomar mis labios como un hombre sediento.

Otra vez ahí sus manos enredando en mi cuerpo, como si no tuviese suficiente con ellas para abarcarme, tocando con avaricia, lujuria y ante todo, deseo.

¿Y qué podía hacer yo ante eso? Pues definitivamente rendirme. Y así lo hice porque, de repente, me encontraba tumbada en la cama y a Liam tratando de deshacerse de mi ropa interior, y como los pantalones se le habían resistido un poco, no tuvo otra idea mejor y más rápida que arrancarme las bragas para dejarme expuesta a él. Ya sé, él estaba ya desnudo, pero la idea de saberme desnuda ante sus ojos; me devolvió la vergüenza. Aquella que sentíamos ante nuestra primera vez y aunque esta no lo era, sí logró que me sintiese como una adolescente a la que besaban por primera vez.

Escuché el sonido de la ropa interior al romperse y me dio un escalofrío. Podía sentir cómo la humedad se apoderaba de mí. Era tal la excitación que me estaba causando su mirada, que puso mi lívido al borde de la locura. A la vez me sentía poderosa, grande, sabedora de que yo también causaba el mismo efecto en él, porque su erección lo decía todo.

—¿Qué me hiciste aquel día, niña, que desde entonces no he dejado de pensar en ti? —se fue acercando lentamente hacia mí, hasta estar tumbado encima de mi cuerpo. Sus manos empezaron a acariciar mis mejillas con suavidad, mientras me miraban con algo parecido a la adoración.

Nunca antes me habían hecho sentir así.

No lo podía llamar amor, pero era una atracción demasiado fuerte como para hacerla a un lado.

—No sé lo que te hice, pero para que esté hoy aquí, pregúntate qué me hiciste tú a mí. —Al fin respondí después de volver a conectar la boca con mi cerebro, porque sí, este hombre había provocado un cortocircuito en mí.

Y no me dio tiempo a más, porque avasalló de nuevo mi boca a la vez que sus manos se apoderaban de mis caderas para acercarme a la dureza de su miembro, que al roce tembló, y ese temblor sacó un gruñido de su interior, lo que provocó a su vez un gemido de mi garganta y una risa conjunta.

—Llevo semanas soñando con tenerte así, desnuda debajo de mí. —Su tono de voz azuzó mis ganas y el deseo guió mis manos hasta su culo—. Pero estaba claro que esto supera cualquier sueño.

Sin más preámbulos, quitó mis manos de su trasero y las elevó por encima de mi cabeza. Agachó la suya hasta llevar sus labios hacia mis pezones y con pericia empezó a lamer el derecho. Ese detalle que a la vista podría ser

insignificante, me hizo abrir las piernas automáticamente hasta sentir su erección en mi entrada. Noté su humedad, sintió la mía.

Un gemido inundó la habitación.

—Creo que vas a tener que esperar a una segunda sesión para que pueda adorarte, ahora va a ser rápido.

Se detuvo para alcanzar un preservativo de la mesilla de noche, ponérselo con la suficiente rapidez, a pesar de que le temblaban las manos, y colocarse encima para que con una penetración certera, me llenase.

Plenitud en estado puro en un pequeño instante.

Volvió a poner mis manos por encima de la cabeza y empezó a moverse como si el mundo se hubiese detenido y solo quedáramos él y yo. Nunca antes un movimiento de caderas había sido capaz de hacerme sentir así. Este hombre había sacado de mí una lujuriosa capacidad para excitarme.

Me acoplé rápido a sus movimientos, y juntos nos dirigimos hacia la danza triunfal del orgasmo. Liam, sabedor de sus encantos, introdujo una de sus manos entre nuestro punto de unión y fue directo hasta mi centro, y en compenetración con sus entradas, jugaba con mi clítoris como el que tiene un juguete nuevo en la mano. Y mientras tanto yo, volviéndome loca buscaba sus labios. Algo que él percibió y me los dio con generosidad.

Sentir que llegaba al orgasmo fue algo que me minó hasta la voluntad, pero darme cuenta de que Liam estaba esperando para hacerlo juntos, me dejó simplemente alucinada. Entonces llegué a mi clímax. Noté cómo el hormigueo iba creciendo en mi interior para caminar victorioso por mi cuerpo. Como cuando los guerreros romanos paseaban ante la plebe mostrando sus victorias, con total arrogancia.

Pero lo más bestial fue ver a Liam en pleno desahogo, gritar como un animal enjaulado mientras me inundaba con su deseo, eso me llenó tanto o más que el mío.

Salió de mi interior y en vez de ponerse a un lado para recuperarse, se enterró en mi cuello y ahí se quedó un buen rato hasta que pudo hablar.

—Vente a Irlanda conmigo...

¿Qué? Eso sí que no me lo esperaba...



Capítulo 3

Que te hiciesen una pregunta de ese estilo justo después de hacer el amor, te daba qué pensar.

Pero si os preguntabais cuál fue mi respuesta, le dije que me lo tenía que pensar. Y me diréis, ¿pensar? ¿Qué te tendrías que pensar cuando un tío bueno al que acababas de conocer te ha pedido que vayas a vivir con él a un país desconocido? Pues eso mismo.

Liam se fue dos días más tarde de aquel encuentro en el hotel. Decir que no salimos de la habitación en ese tiempo sería una exageración, sin embargo fue lo que sucedió. Jamás antes, un hombre me había puesto los puntos sobre las íes en el tema sexual. A una determinada edad, una creía saberlo todo, y de repente, venía alguien que te enseñaba una lección nueva, hasta el punto de convertirme en excelente alumna; porque sí, porque las dos noches siguientes fueron una locura, porque Liam follaba como un dios y yo fui su diosa.

Pero como no solo de pan vive el hombre y esa pregunta necesitaba de una base lógica para una respuesta igual, empezamos a conocernos. Pregunté como una loca sobre su vida, porque ¿quién era Liam Brennan? Brennan, hasta su apellido era sexy, como su voz, sus labios, su metro noventa de estatura y su... ¡sí, eso! su... ¡vamos que era un chico muy bien dotado! Pero esa proporción también llegaba a su cerebro. O al menos, eso parecía. Su vida no fue fácil. Conoció a Lena demasiado joven como para madurar. Fue su primera y única novia. Ella venía de una familia de clase media alta con una vida demasiado encorsetada como para querer volar libre con el primer chico que encontró, que para colmo familiar, era el típico malote irresponsable que nunca le había dado un palo al agua. Eso sí, sus vicios se los pagaban solos, porque Liam trabajaba por las noches en un pub, donde ganaba lo que quería tan solo con las propinas que las chicas le dejaban. Pero un buen día, tras

varios años juntos, más por rutina que por amor, eso me sonaba mucho, Lena le contó que estaba embarazada de Thomas. Esa parte de la historia me dejó un poco tocada, pero más tocada me dejó saber que su novia, se convirtió en mujer. Y finalmente esa mujer pasó a ser exmujer y adicta a las drogas, ya que el parto la llevó a una depresión de la que no supo salir y al profundo abismo de las adicciones. Las que a su vez, la condujeron a un triste final. Ahí ya no supe si ver lo bueno de todo lo que le había pasado, que a fin de cuentas era algo que le había llevado a mí, o sencillamente complicarme con el hecho de que era un hombre con responsabilidades paternas. Responsabilidades que le costaba asumir, porque muchas veces, por lo que me contaba, Thomas veía en él más un amiguete que un padre.

La voz de Adelle cantando «Hello» empezó a sonar en mi móvil, sacándome de mis elucubraciones y recordándome que quién me llamaba era él. ¿Y por qué esa canción? Porque esa canción me recordaba por algún motivo que mi aún mente no logra descifrar, a él.

—*Dia dhuit*, preciosa —dijo hola en gaélico con ese tono de voz tan sexy que me hacía perder la cabeza—, ¿ya has pensado mi propuesta?

Me quedé pensativa por un minuto, no porque no quisiera saludarlo, simplemente porque tenía demasiados frentes que cerrar como para contestar con un simple sí; y no solo por eso, es que, en el fondo, me daba miedo.

—Estoy en ello, Liam —mi respuesta le hizo suspirar un segundo de algo que no sabría decir si era contención o más bien decepción.

—No te quiero presionar, sé que es una decisión difícil y más cuando casi no nos conocemos y te pido que cambies toda tu vida por mí. Pero algo me dice que esto va a salir bien. —Esa afirmación me dejó sin habla—. No sé por qué y si me lo preguntas yo tampoco sabría qué responderte, pero desde que te vi en esa boda, con ese vestido que me dieron ganas de arrancarte a mordiscos, para follarte encima de la mesa de los novios...

—Liam para, para...

Una carcajada a través de la línea me permitió descubrir al bromista que llevaba dentro. Aunque detrás de esa broma, hubiese una verdad muy grande, y es que yo sentí lo mismo cuando lo conocí.

—Es cachondeo y no lo es, porque aparte de excitarme como un loco,

pensé que tenía frente a mí a la mujer de mi vida.

Y entonces el teléfono se me cayó al suelo y se cortó la llamada. ¿La mujer de su vida?

Recogí el aparato del suelo y me lo quedé mirando como quien miraba un objeto extraño. De repente, me di cuenta de que la llamada se había cortado y fui a devolverla para contestarle que sí, que me iba a vivir con él, cuando entró otra llamada de uno de mis capítulos sin cerrar, Julián.

—Hola, cielo —ese saludo me mosqueó, Julián nunca me llamaba cielo —, ¿dónde andas? Acabo de salir de la oficina y quería verte.

—Hola, Julián —respondí seca.

Estábamos a jueves, en toda la semana no me había llamado porque después de salir de la oficina, había quedado con sus amigos online porque estaban en medio de una olimpiada de no sé qué video juego e iba a estar muy ocupado. Sí, mucho, olvidándose de mí, como siempre.

Tengo treinta y dos años, ¿cuánto tiempo iba a esperar a que él terminase con su juego y empezase a comportarse como un hombre? Era el momento de tomar una decisión.

—Tienes razón, yo también quería verte —añadí con el mismo tono de voz.

—¿Voy a buscarte a casa de tus padres? —preguntó Julián con una extraña fingida inocencia, como si ir a casa de mis padres no fuese lo que había hecho los últimos diez años.

—No, tranquilo, quedemos en el parque, así me invitas a un helado y hablamos un poco, como cuando nos conocimos —aquel arranque de nostalgia repentina no era más que la certeza de alguien que sabía que iba a poner punto y final a algo, ósea, yo.

Entonces sonó el bip de una llamada entrante, sabía de sobra quién era, Liam.

—Perdona, Julián, que me está llamando mi madre, ¿nos vemos allí en veinte minutos!

Colgué a Julián sin decir adiós y con prisas para poder responder a la que ya sabía que era mi segunda oportunidad.

—Sí —afirmé rotunda en inglés.

—Sí, ¿qué? —Liam se quedó en silencio unos segundos al otro lado de la línea algo desconcertado—. ¿Sí? ¿Sí, de que te vienes a Irlanda?

—Sí —respondí con una sonrisa en los labios.

Continuamos hablando de nosotros y de los planes de presente y de futuro que Liam tenía pensados. Le dije que pensaba pedir una excedencia en el despacho, no tenía muy claro cómo lo iba a gestionar, pero estaba segura de que la excedencia era lo más apropiado; locuras, las justas.

—Y, ¿Julián?

Esa pregunta me pilló desprevenida, no pensé que Liam pudiese adivinar que ese tema no estaba acabado.

—¿Cómo sabes que todavía no...?

—Puedo entenderlo, nena. —En otras circunstancias y con otras personas, que me cortara la frase me hubiese sentado mal, pero Liam, que sabía muy bien mi historia con Julián, se mostró hasta comprensivo, y eso que a fin de cuentas era él el tercero en discordia en esta historia—. Son diez años de relación, tiene que ser difícil para ti, aunque, alimentando mi ego, he de decir que me siento afortunado de que me hayas escogido a mí.

Me encogió el corazón saber que se sentía así. Creo que o me estaba enamorando de él, o si no, iba a cometer la locura más grande de mi vida. Porque irse a vivir con un hombre al que apenas conocía a un país extranjero, o era por amor, o una auténtica locura.

Sin apenas darme cuenta, había llegado al parque donde me cité con Julián y la conversación con Liam estaba cada vez más interesante; sin embargo, era consciente de que, a pesar del calentón al que estaba llegando sin querer con mi irlandés, tenía que colgar.

—Tengo que dejarte, he quedado con Julián y quiero hacer bien las cosas antes de volverme loca e irme contigo a Dublín.

—Ok, nena. Sé fuerte, pero recuerda que yo estoy ahí contigo para apoyarte. —Se quedó un segundo en silencio, uno de esos que me estaba empezando a acostumbrar cuando Liam tenía algo que decirme pero se quedaba pensando primero—. Llámame cuando todo acabe. Creo que te quiero.

—Creo que yo también.

Y colgó justo en el instante en que me encontré de frente con Julián que se acercaba a mí.

—Era él, ¿verdad? —soltó a bocajarro justo en el momento en que se situó frente a mí.

—¿Qué demonios...? —contesté confusa.

—Esa sonrisa ya no la tienes para mí.



Capítulo 4

Dadas las circunstancias actuales de mi relación con Julián, tenía que admitir que no me imaginé que él lo supiera. De veras, fue como un jarro de agua fría. Y podría parecer idiota, sí; sin embargo, no dejó de sorprenderme que me pillase infraganti.

—Si lo sabías, ¿por qué no me dijiste nada antes? —pregunté de forma acusatoria como si él fuese el único responsable de mis actos finales.

Julián sonrió con tristeza y se metió las manos en los bolsillos. Parecía rendido.

—Supongo que pensé que era algo pasajero. —Elevó los hombros resignado—. En la boda de Aurora os vi entrar al baño y enseguida supe lo que estaba pasando. No tenía la intención de montar un espectáculo ese día y cuando me decidí a echártelo en cara, volvió a aparecer en tu vida. Soy torpe en muchas cosas, Lucía, pero no tonto. Desapareciste un fin de semana, solo tuve que atar cabos. Nunca olvidaré la forma en que lo miraste el día de la boda. Llámalo lujuria, apetito o sencillamente atracción, pero lo vi. Y ahora, después de no vernos en unos días, me dices que quieres hablar. ¿Cuándo hemos hablado tú y yo estos años de verdad?

Que él mismo admitiese los errores que habíamos cometido en nuestra relación, solo daba lugar a algo que estaba cantado mucho antes de conocer a Liam: el final.

—Dejamos de hablar el día que pospusiste nuestra vida en común en favor de tu independencia —confirmé con desánimo—; ese día, yo decidí hacer la mía sin proponérmelo.

—¿Te da lo que necesitas? —me miró con una mezcla de curiosidad y miedo por saber la respuesta.

—No sé si me da lo que necesito. Nos vamos a conocer y veremos qué sucede. Por el momento, me marcho a Irlanda una temporada...

—¿Te vas a Irlanda? ¿Estás loca? —preguntó con un tono de voz más alto de lo que ella hubiese deseado, dado que provocó que la gente que circulaba a su alrededor se quedase mirando —. No lo conoces de nada, no sabes quién

es, ¿y te piras con él como si nada? Joder, Lucía, conmigo ni has dormido en el mismo piso en estos diez años.

Ese reproche me supo a rayos. ¿Cómo se atrevía a decir eso cuándo era el quién evitaba una y otra vez el tema de la convivencia en común?

—No te atrevas a hablar de eso, y menos ahora, Julián —le reproché con firmeza, una poco habitual en mí—. Jamás tuviste las suficientes pelotas como para tener un compromiso real conmigo, así que tú —le dije apuntándole con el dedo índice en el pecho— no eres la persona más adecuada para dar consejos de nada. Y sí, me voy. He pedido una excedencia en el despacho; y, dado que la idea de comprarme un piso propio ahora mismo está caduca, utilizaré los ahorros que como una gilipollas he guardado durante estos diez años en los que pensaba que podíamos tener un futuro juntos para mantenerme allí.

Di media vuelta para marcharme, cuando Julián me intentó retener sujetando el brazo y haciéndome girar.

—Te vas a arrepentir. Te saldrá mal y volverás con cara de idiota y sin un euro en el bolsillo a la casa de tus padres.

Con ese vaticinio solo consiguió enfadarme más y provocar que soltara todo el veneno que llevaba guardando los últimos meses.

—Por lo menos habré vivido la vida, habré echado unos polvos increíbles y conocido un país que contigo nunca hubiese podido conocer dado que estabas demasiado ocupado poniéndome los cuernos con la PSP —dije a la vez que me soltaba de su agarre de un tirón y me marchaba furiosa.

—¡Te arrepentirás y volverás conmigo! ¡No sabes estar sola, Lucía! —gritó airado.

Me giré por completo y reí mientras andaba marcha atrás.

—¡Mejor sola que mal acompañada! —respondí con rabia.

Y lo dejé atrás, como los últimos diez años de mi vida con él, como el que huía de su pasado para buscar un futuro mejor.

Recogí las pocas cosas que tenía en casa de los padres de Julián al cabo de un par de días. No era mucho. Cepillo de dientes, ropa interior que solía dejar en su casa por si necesitaba cambiarme, hecho harto complicado porque nunca me quedé a dormir en su casa; unas gafas de sol que ya estaban

pasadas de moda y una *Tablet* que le había prestado hacía meses y que ni recordaba que estaba allí, pero que, al fin y al cabo, era mía.

Mis padres pensaron que me había vuelto loca. Aurora, mi querida amiga y, en cierto modo, cómplice de este cambio en mi vida, me apoyó en la decisión de dejar a Julián; sin embargo, lo del viaje a Irlanda, lo consideraba una ida de olla en su máxima expresión, pero, en cualquier caso, me dijo que si el tema con Liam fallaba (¡Dios mío, parecía que todo el mundo tuviese ganas de que lo mío con Liam no funcionase!), ella sería mi paño de lágrimas.

Así que, dos semanas después, aquí estaba, en la terminal de llegadas del aeropuerto de Dublín, esperando a ser rescatada por mi bombero particular, nerviosa, y por qué no decirlo, acojonada perdida. Ya lo sabía. Había tomado una decisión sin saber las consecuencias reales de todo esto. Pero lo cierto era que, con mis treinta y dos años, nunca había arriesgado nada en la vida. Si no lo hacía ahora, ¿cuándo lo iba a hacer?

Ensimismada en mis pensamientos, de repente, a lo lejos, veo venir a mi chico. Sí mi chico. Con una espectacular sonrisa de felicidad cubriendo su precioso rostro, que tal vez y sin yo darme cuenta que estaba haciendo lo mismo, era un reflejo de la mía. Ilusionada, intenté lanzarme a sus brazos, pero me paró con la mano. Su rostro se tornó serio y se paró frente a mí, cerca, muy cerca de mis labios.

—Quieta, preciosa —me pidió acercando sus labios a los míos con una lentitud que me estaba empezando a exasperar.

Finalmente, tocó sus labios con los míos con un suave roce y se separó, algo que me dejó completamente descolocada porque, sencillamente, después de cómo se habían desarrollado los acontecimientos entre nosotros, no esperaba una bienvenida con fuegos artificiales; pero, al menos, sí algo más fogosa. Hasta que un motivo de casi un metro que tiraba de mi chaqueta, me hizo entender la razón de la cautela de Liam: su hijo.

—Hola —me saludó con una preciosa sonrisa y con unos ojos azules que iluminaban todo el bendito aeropuerto—, soy Thomas —se presentó alargando su pequeña mano hacia mí—; tú debes de ser Lucía, la chica de la que mi papá no para de hablar a todas horas.

—Sí, soy Lucía —contesté alargando mi mano para devolver el saludo.

—Menos mal, pensaba que eras un amigo imaginario de esos que tenemos los niños, porque te nombraba hasta en la ducha.

Ante la afirmación de algo que pude suponer de qué se trataba realmente, mi cara empezó a ponerse de un tono colorado intenso y no pude evitar mirar a Liam con estupor y a la vez vergüenza, una que él mismo me confirmaba no tener por el guiño pícaro que me devolvió cuando lo miré y que nos hizo estallar a carcajadas.

¡Estos niños y sus oídos biónicos!

Entonces Liam se agachó para coger mi maleta con las cuatro cosas que me había traído y me volvió a mirar mientras tanteaba el peso de la misma.

—Gracias al cielo que en Dublín hay tiendas de esas de chicas que os gustan tanto.

Lo miré extrañada por lo que acababa de decir. Liam, que parecía leerme el pensamiento, explicó el porqué de lo que había comentado.

—Esta maleta pesa poco, y vas a necesitar mucha ropa para pasar el resto de tu vida conmigo —confesó tranquilo como el que decía que va a comprar el pan, dejándome a mí estupefacta—. ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¿A qué vaya y te lleve al hombro como antaño?

Sí, debía admitir que me volvió a dejar con cara de idiota, mientras Liam se giraba para continuar el camino con su hijo Thomas de una mano y mi maleta en la otra.

Esta nueva vida iba a ser muy interesante...



Capítulo 5

Un cosquilleo que iba desde la punta de mis pies y que me cruzaba la espina dorsal era la señal inequívoca de que estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Liam sabía lo que se hacía cuando tocaba a una mujer. Su lengua era capaz de hacer estragos en mí con tan solo jugar un poco. ¡Desagraciado arrogante! ¡Era consciente de lo que me provocaba!

Levantó los ojos ligeramente y me miró. Sonrió y volvió a la carga para esta vez lograr mi devastación. Me asoló con su boca. Me destruía para volverme a construir. No tenía piedad. Mientras, yo; me retorcí en el colchón intentando evitar un gemido que despertase a Thomas. Liam lo sabía, era consciente de mi tortura, pero aun así continuó, esbozando con su lengua retazos de círculos que daban forma a mi placer.

Y me convertí en un amasijo de emociones cuando estallé en el éxtasis. Y el muy sinvergüenza de Liam volvió a sonreír.

—Eres un cabrón —le dije cuando fui capaz de articular palabra—. Thomas está tan solo a unos pasos y nos puede oír.

—Lo soy, pero te encanta —respondió burlón—; ahora —se levantó despacio y reptó sobre mí hasta llegar a los pechos, para besarlos. Mi cuello, donde se recreó y finalmente la boca, donde se acercó rozando mis labios— me toca a mí.

Me penetró de una sola estocada, como si fuese lo último que estuviese haciendo en su vida, llevándome a un placer puro y animal tal; que no pude evitar que un alarido saliese de mi interior al sentirlo dentro de mí, tan profundo, tan intenso, tan él.

—Shhhh... —susurró a sabiendas de lo que me estaba haciendo sentir.

—No puedo... —respondí consciente de que debía permanecer en silencio.

Liam empezó con una serie de penetraciones que nos volvieron locos a los

dos. Pasó de un ritmo suave; a ir poco a poco a uno arrollador. Me aferré a las sábanas, después a sus brazos, hasta que finalmente le mordí el hombro y lo escuché gruñir, no supe si de placer o de dolor, aunque deduje que le gustaba porque eso le hizo acelerar su ritmo hasta que sentí que estaba a punto de estallar; y, puesto que no quería dejarme a medias, llevó su mano derecha hasta nuestro punto de unión; y empezó a jugar con mi centro hasta llevarnos al orgasmo a los dos.

Fue el mejor sexo que había tenido en mi vida.

Toc, toc.

El ruido de la puerta nos sobresaltó a los dos, sacándonos de repente de ese estado de duermevela en el que habíamos entrado después de la dicha postcoital.

—Papá, ¿puedo pasar?

Liam se apartó de mí rápidamente para ponerse la ropa interior como un rayo (se notaba eso de ser bombero y tener una reacción rápida, porque para cuando él ya se había vestido, yo todavía estaba poniéndome las bragas).

Me miró para que me apremiase y respondió.

—Pasa, cariño —el niño accedió sigiloso a la habitación que estaba iluminada tan solo con la luz de una de las mesillas, pero, aun así miró con atención a su alrededor como si buscase indicios de tal vez, ¿una pelea?

—Escuché a Lucía gritar y pensé que pasaba algo.

Se subió a la cama y se colocó entre los dos con toda la autoridad del mundo como si fuese algo normal. Liam arrugó su gesto a modo de disculpa.

—Es que Lucía tuvo una pesadilla y claro, se asustó, cariño. —Liam lo abrazó y me miró por encima del hombro del niño con vergüenza por la situación que acabábamos de atravesar.

—Tranquilo, Thomas, estoy bien, fue solo una pesadilla. —Le acaricié su cabecita e intenté sacarme una buena excusa de la manga para calmarlo—. Supongo que a todos nos ha pasado alguna vez, ¿no?—Miré a Liam esperando un poco de ayuda por su parte.

—Cariño, no ha pasado nada...

—¿Me puedo quedar a dormir con vosotros? Es que yo también me he asustado y no quiero dormir solo.

Mi cara era un poema, pero no pude protestar. Primero, porque acababa de llegar a esta casa, y segundo porque esta no era mía y aquí no tenía ninguna autoridad, al menos de momento. Pero en cuanto pudiese, tenía que poner una serie de normas para los tres. Thomas era un niño encantador, pero con siete años; de ahí, a que dormir con nosotros se pudiese convertir en rutina, había un paso, y eso no lo pensaba consentir.

—Ven, pequeño —. Liam se acostó y lo llevó a su regazo para abrazarle —. No temas, papá estará siempre contigo.

Liam me miró y puso morritos. Mi compasión subió a nivel dos y no pude evitar asentir. Thomas sonrió. Una sonrisa que parecería encantadora de no ser porque en ese momento sentí un escalofrío. Me dio por pensar que este camino no me lo iban a poner fácil.

Me tumbé y apagué la luz. Tardé en quedarme dormida porque tanto Liam como Thomas se habían dormido rápido y eran una pequeña orquesta de ronquiditos. Tenían un gran parecido, la verdad.

Esperaba que Thomas supiera comprender que estaba aquí para algo más que una temporada. Miré hacia al techo y empecé a contar las luces de la calle que iluminaban la habitación.

Ahí fuera estaba Dublín, y yo estaba a casi dos mil quinientos kilómetros de Madrid. Una ligera sensación de angustia se apoderó de mí por un momento. Algo que controlé temporalmente, sin embargo, era una sensación que amenazaba con aparecer de nuevo, porque por un lado, me sentía muy feliz por mi decisión, sin embargo, una vocecita interior me decía que a lo mejor había cometido un grave error al precipitarme. Vocecita que apagué recordando los besos y el orgasmo que Liam me acababa de regalar. No me había confesado que me quisiera, tampoco era que lo buscara, pero mi instinto me gritaba que tenía que buscar un motivo que me ayudara a afianzar esto que teníamos, «esta locura», como diría Aurora. Pero era más de la una de la madrugada, y de noche, todo se veía más oscuro, y no precisamente por la falta de luz. Por la mañana me levantaría y decidiría cómo iba a encaminar esta aventura al lado de Liam y su hijo, porque locura no tenía claro que fuera, pero aventura, seguro.

Sí, mañana sería otro día y ya veríamos.

Sentí un movimiento en la cama y noté cómo el brazo derecho de Liam se estiraba para intentar tocarme. Lo hacía, me acarició levemente el mío, con toda la ternura que permitía al tener a su hijo al lado.

—Gracias por estar aquí. Ahora eres parte de mí, nena.

Sonreí, pero estábamos a oscuras y él no me podía ver, o al menos eso creía.

—Si sonríes así, tendré que llevarte al salón y repetir lo de antes — susurró.

Me tapé la boca para evitar reírme. Al menos, supo sacar algo bueno de esta extraña noche.

—Creo que me estoy enamorando de ti, abogada.

Esa confesión me despertó del todo, mientras mi corazón empezó a latir desbocado y las manos a temblarme.

¿Había dicho lo que creía que había dicho?

Puede que mi primera noche en Dublín no acabara tan mal.

Con esas palabras, entré en un sueño reparador que eliminó, al menos por un tiempo, los demonios que amenazaban con salir.



Capítulo 6

Desperté con la cabeza embotada, con un dolor que iba desde la nuca hasta las sienes, como si no hubiese dormido nada en toda la noche. Intenté hacer un resumen mental en mi cabeza de todo lo que había pasado en las últimas horas, pero no me hizo falta mucho tiempo para hacerlo cuando, de repente, sentí el pie del pequeño Thomas encima de mi abdomen. No se trató de una patada, pero sí fue un golpe lo suficientemente fuerte como para que sacara el aire de mi interior y emitiese un leve grito.

Había olvidado al niño...

—¿Qué sucede? —Liam llegó a la habitación en un suspiro al escucharme.

—Nada, nada, el pie de tu hijo que ha dado en la diana.

—Ayyyyy, lo siento, nena, de verdad. No hubiese querido finalizar la noche así. —Se acercó a la cama y me acarició la mejilla con un gesto en su cara que me dieron ganas de desayunar y no un zumo; precisamente—. He preparado el desayuno —dijo con una sonrisa que eliminó de un batacazo mi dolor en el abdomen y el de cabeza—, podemos desayunar los tres juntos y te llevo a dar un paseo por la ciudad para que la vayas conociendo, ¿te parece bien?

¿Que si me parecía bien? Me habría parecido mejor tumbarlo en el colchón y desayunar encima de su cuerpo. Pero el pequeño ser humano que estaba a mi lado, no opinaba igual, cuando al oír la voz de su padre, se despertó para empezar a reclamar su atención.

—Papi...

—Buenos días, cielo —le susurró con una voz tan tierna que de nuevo me puso tonta a mí—; ¿Nos levantamos a desayunar y luego damos un paseo con Lucía?

—¿Tiene que venir ella? —Su pregunta me sorprendió y me quedé

mirando a Liam extrañada—. Ya duerme aquí, vas a estar mucho tiempo con ella. Y me prometiste que iríamos al zoo de Phoenix Park...

Liam se quedó en silencio porque simplemente no supo qué responderle. Me dio la sensación de que esta reacción de su hijo le había pillado por sorpresa. Incluso más que a mí, que yo, como abogada especializada en asuntos familiares, había visto chantajes emocionales de niños, muchas veces, demasiadas.

—Lucía está sola en Dublín y tiene que conocer la ciudad, Thomas, no podemos dejarla sola —respondió con firmeza pero a la vez utilizó ese tono de voz tan dulce que se me derritió el corazón.

Thomas frunció el ceño, no muy convencido de la respuesta de su padre. Me miró a mí, después a Liam, que a su vez le pone morritos, y posteriormente, asintió.

—De acuerdo; —accedió finalmente sin mucho convencimiento, después me miró a mí para continuar—, pero tú aprende rápido a conocer la ciudad para que yo pueda ir solo a nuestros sitios con mi papá.

Si con siete años, ya apuntaba dotes de mando, no quise ni imaginar lo que podría hacer cuando tuviese dieciocho.

Esta vez fui yo la que asintió con la cabeza sin decir una palabra; primero, porque llevaba aquí tan solo unas horas, y porque, en definitiva, él no era mi hijo y el que tenía que poner los límites a Thomas era Liam, por más que le pesara.

Nos vestimos rápido con algo de ropa de abrigo, porque aunque estábamos en Junio, el verano en Dublín era engañoso, y a pesar del sol, había solo diecinueve grados en la calle. Podría decir que hasta echaba de menos el sol de Madrid en estas fechas, pero lo cierto era que Dublín no sería igual si no fuese por su particular clima.

Salimos de casa y fuimos a por el coche, aunque Liam me explicó que uno de los transportes más cómodos para cuando empezase a moverme por la ciudad sería la bicicleta, ya que Dublín no era una ciudad muy grande para moverse. Y ante mi sorpresa, que con él empezaba a no ser una novedad, me había comprado una de segunda mano.

Me senté con él en la parte delantera del coche, miró primero hacia atrás

comprobando que Thomas estaba ya listo y luego me miró a mí, cogió mi mano, que la tenía apoyada en mi regazo, y la llevó hacia su muslo. Entonces miró hacia adelante, sonrió y arrancó.

—Me gusta la foto de esta familia —dijo con la sonrisa en la cara, mientras yo, me llevé la mano derecha a la boca para tapar un sollozo que se me había escapado con la emoción.

Mientras conducía me iba mostrando rápidamente la ciudad, se notaba que estaba enamorado de ella. Hablaba con pasión de cada una de las cosas que me describía.

—Y cuando pueda dejar a Thomas con alguien —me dijo casi en un susurro a la vez que miraba por el espejo retrovisor si el niño estaba atento a su conversación—, te llevaré a la fábrica de *Guinness*, que tanto os gusta a los extranjeros, para después llevarte a casa y hacerte el amor hasta que te quite la borrachera.

Segundo sollozo. Como siguiese así, este hombre iba a acabar conmigo antes de empezar.

Llegamos a un parking cercano al parque con Thomas quejándose porque su padre no le había hecho caso durante el trayecto. Que si papi esto, que si papi lo otro, que no le gustaba que hablásemos en susurros, que solo me hablaba a mí, que no le hacía caso. Vamos, que si hubiese sido mi hijo, se habría callado hacía rato; pero, no lo era.

Nos dirigimos hacia allí con Thomas agarrando de la mano a Liam por un lado y a mí por el otro. El chiquillo buscaba su atención continuamente, y me pareció adivinar que consideraba que haciéndome a un lado era la mejor estrategia. Desde luego, lo consiguió. Durante un largo rato, Liam y yo solo fuimos dos manos agarradas y nada más. Me sentí algo molesta, pero una mirada fugaz de Liam mientras Thomas le hablaba, me quitó todos los malos pensamientos y me devolvió al mundo de mi bombero favorito.

¡Vale, tampoco es que yo fuera el ejemplo de la madurez, que era solo un niño!

Llegamos al famoso parque, uno de los más antiguos de Europa. Era enorme y estaba plagado de turistas, pero adonde íbamos realmente era al zoo. Pagamos nuestra entrada y entonces, fue cuando Thomas salió corriendo

como una exhalación y desapareció entre la gente para ir directo, tal y como me especificó Liam, al mundo de los Primates, ya que al chiquillo, le encantaban.

Liam me agarró de nuevo la mano y ralentizó el paso hacia el lugar donde sabía perfectamente que se encontraba su hijo.

—Un segundo a solas —afirmó con un tono de voz una octava más bajo de lo habitual.

—Sí, pero lo entiendo, es tu hijo.

—Lucía. —Se detuvo, se colocó frente a mí y me sujetó ambas manos—. Sé que todo esto está yendo muy deprisa, que conocer a Thomas ha sido muy repentino y que de repente has amanecido con una familia, pero quiero que sepas que procuraré ponértelo fácil.

—Creo que no se trata de que tú me lo pongas fácil, se trata de que él —se lo dije señalando al pequeño que correteaba por el parque— entienda que yo estoy aquí para formar parte de tu familia, no para robarte y dejarlo solo.

Liam me miró a los ojos, puso sus frías manos en mis mejillas, la frente sobre la mía y sonrió, como siempre, como nunca había visto sonreír a nadie.

—Es tan solo un niño, que no conoció a su madre y que busca amor. Yo sé que le querrás tanto como yo porque estoy seguro de que él te querrá como yo.

Otra vez soltó una frasecita de esas sepulcrales que me dejaban helada y que me hacían de verdad pensar que estaba con el hombre de mi vida.

Unos ruidos de fondo nos hicieron llevar la vista hasta ellos. Thomas se acercaba corriendo agarrado de la mano de una preciosa pelirroja, con un cuerpazo que quitaba el hipo y; lo que me bajó la moral al suelo, mucho más joven que yo.

—¡Papi, papi! —le gritó a su padre con una sonrisa de oreja a oreja — ¡Mira a quién me he encontrado!

Se pararon a nuestra altura y el niño me miró con cara de ¿malicia?

—Ella es Lucía —me presentó a la pelirroja—, la amiga de papá de la que te hablé. Lucía, esta es Moira, mi cuidadora y la otra novia de papá.

En ese instante, lo que podría ser un ataque de celos, se convirtió en uno de vergüenza, porque sentí cómo el rubor cubría mi cara, mientras que el niño

mostraba su mejor sonrisa ante la diosa del amor que Moira parecía y Liam se quedaba estático sin una sola palabra que decir.

No supe ni dónde meterme. Pero, ¿por qué estas cosas me tenían que pasar a mí?



Capítulo 7

—Thomas, no seas grosero. —Liam me miró avergonzado—. Moira no es mi novia, nena. Fue la niñera de Thomas, hasta ahora.

Intenté recomponerme, porque realmente no entendí qué era lo que estaba pasando y ahora sí que empecé a entrar en la etapa de enfado.

—No sé lo que quieres decir —respondí con un tono de lo más borde.

—Que Moira no es mi novia, ni lo ha sido nunca.

Esa afirmación parece que no le sentó muy bien a la susodicha por la cara que puso al escucharlo.

Entonces empecé a mirarla sin disimulo, de arriba abajo. Comparé su cuerpo con el mío mentalmente. Sus ojazos verdes. ¿Cuántos años tendría, como veintitantos? ¿Qué demonios hacía Liam con alguien como yo? No era delgada, ni nunca había pretendido serlo. Mis ojos; los clásicos marrones que tenía cualquier persona y bueno, estaba más que entrada en la treintena. Llevaba consigo una cámara de fotos profesional, por lo que deduje que se podría dedicar a eso. Artista, lo que me faltaba. De repente me di cuenta, de que la seguridad que siempre me había caracterizado, se había desvanecido tan solo en unos segundos a causa de una jovencita que ni siquiera conocía, así que la voz de mi conciencia me espabiló de un bofetón y empezó a hablar por mí.

—Hola Moira. —Alargué mi brazo para saludarla con una de mis sonrisas prefabricadas, esas que sacaba solo en los juicios y que hasta la fecha eran mi sello de identidad.

—Bienvenida a Dublín —contestó estrechando mi mano—; sé que no conoces a nadie más por aquí, así que si alguna vez necesitas ayuda, no dudes en llamarme, espero que Liam aún conserve mi teléfono. —Se giró hacia Liam con una nada disimulada mirada de coqueteo.

A ver si todavía la tenía que soltar dos bofetadas a la niñata. Pero no, me

serené, sujeté una de las manos de Liam con firmeza que devolvió su atención sobre mí con otra de las marcas de la casa, una sonrisa que le llegaba a los ojos.

—Si has sido la niñera de Thomas, debe de conservarlo. Siempre serás una opción a tener en cuenta cuando Liam y yo salgamos solos por ahí y necesitemos a alguien que cuide del pequeño.

—Yo ya no soy pequeño —reaccionó con rotundidad el angelito.

Moira lo miró con ternura, una que me decía que lo hacía con toda la intención de ganarse al padre, para después sonreírle.

—Ya no lo eres, Tommy, pero yo siempre estaré ahí para acompañarte si es necesario.

—Bueno, Moira. Tenemos que irnos —interrumpió Liam en el momento adecuado—; quiero que Lucía conozca un poco la ciudad después de salir de aquí.

—Entonces, lo dicho; si me necesitáis, ya sabéis dónde estoy. Ahora me voy a hacer unas fotos a los animales que más le gustan a Thomas —afirmó señalando la cámara con la cabeza.

Se agachó para dar un beso a Thomas, se giró, me sonrió (de nuevo, ¡maldita sonrisa!) a modo de despedida y miró a Liam con un inusitado deseo. Estuve por partirle esa bonita sonrisa en dos.

—Adiós, Moira.

Se alejó, Thomas volvió a corretear y seguimos nuestro camino.

—No sucedió nada importante entre nosotros —soltó él de repente.

—No te estoy pidiendo explicaciones —respondí arisca.

—Pero yo sí te las estoy dando, quiero que tengas claro que tú y Thomas sois mi prioridad.

Me detuve, lo miré con intensidad y aspiré profundamente para decirle lo que quería sin parecer una novia histérica por los celos. ¡Por Dios, yo nunca había sido así! ¡Ni en mis mejores tiempos con Julián! ¿Es que este hombre me estaba haciendo regresar a la adolescencia?

—Liam, supongo que te habrás acostado con muchas mujeres antes de conocerme. Si cada vez que se te acerque una cuando estoy yo; desconfío de tu actitud, entonces, me vuelvo a Madrid y busco ayuda, porque sospecho que

esta escena de «yo me acosté con este pedazo de macho»; se va a repetir y, sinceramente, estoy mayor para jugar a estas cosas.

—Nena... —Tomó de nuevo mi mejilla y se acercó lentamente hacia mis labios—. Soy un puto afortunado —afirmó depositando un casto y sensual beso.

Seguimos caminando agarrados de la mano, serenos, pero con las cenizas del deseo candentes en nuestro interior. Si había algo que nos caracterizaba era el poder para encendernos con demasiada facilidad, pero estábamos en un parque rodeados de niños y padres, que seguramente, reprobarían una actitud más íntima en público.

Paseamos recorriendo el parque mientras Thomas enloquecía con cada uno de los animales que nos encontrábamos a nuestro paso. Y es que, a pesar de que se conocía el parque de memoria, no dejaba de ser un niño, que magnificaba todo lo que sucedía a su alrededor, incluida la relación que me unía a él, y peor, la que me ligaba a su padre.

—¡Papi! —Vino de nuevo corriendo como si fuese perseguido por alguno de los salvajes felinos del zoo—, ¡vayamos a comer una hamburguesa!

Liam lo miró y asintió con ternura. Estaba claro que no tenía ninguna voluntad cuando de su hijo se trataba, y eso, en el fondo, me preocupaba un poco.

—¡Vamos! —Liam tiró de mí para arrastrarme al primer puesto de comida rápida y sumergirnos en la vorágine de calorías de la que mis michelines y yo preferíamos huir, pero estaba claro que él no, ni falta que le hacía.

—Vamos...—respondí sin demasiado entusiasmo.

Comimos una hamburguesa; y tras eso, un helado y luego pidió palomitas, a lo que mi conciencia respondió que ni hablar, y por supuesto mi armario (bueno, el de Liam) añadió que iba a ser que no.

Volvimos a casa porque la tarde se estaba poniendo fea y parecía que iba a llover. A Liam no le gustaba conducir con lluvia, desconocía por qué, aunque tampoco le di mayor importancia.

Thomas entró por la puerta como el rayo que me estaba acostumbrando a ver y se fue directamente a su habitación.

Entonces sí fue cuando empecé a sentir lo que era intentar entrar en esta,

más que conformada familia.

—Supongo que deberías saber cuáles son nuestras rutinas —me dijo mientras me entrega una llave de la casa—; para empezar, esta es ya tu casa, así que debes de poder entrar y salir de ella como y cuando quieras. —La sonrisa que me regaló fue directa al lado más escondido de mi corazón.

—Gracias —respondí al tiempo que cogía la llave del castillo Brennan

—No tienes por qué darlas, esta ya es tu casa. —Tomó mi mano y me empezó a guiar por ella, ya que desde que llegué apenas tres días antes, solo había pisado la cocina, el baño y su habitación; bueno, la nuestra—. La cocina ya la has visto. Eso de ahí es la habitación de Thomas, donde solo podrás entrar cuándo él te lo permita —lo miré con extrañada—; perdona, que me he explicado mal. A la gente que no conoce, no los deja entrar en sus dominios hasta que no tiene la suficiente confianza, dice que le pueden robar su colección de juguetes de *Lego*.

¡Ay, niños! Bueno, pensándolo bien, ¡ay, padres!

Liam entró en la habitación del niño y le preguntó que si yo podía pasar a conocerla, al que por supuesto él respondió con una categórica negativa. No había más que hablar. Liam salió y me llevó a otra estancia, a su propia habitación de juegos. No tenía muchas cosas pero me contó que era su lugar personal, donde Thomas no podía entrar sin su permiso, lo que por otro lado, me hizo entender la actitud de Thomas con su habitación. ¡Los hombres y sus juguetes!

—Aquí es donde suelo aparcar mis problemas diarios —me dijo mostrándome el interior de la estancia—; me escondo cuando tengo problemas en el trabajo, cuando Thomas me saca de quicio, vamos, cuando necesito concentrarme en otra cosa que no sea el estrés diario, en definitiva, cuando necesito estar solo. —Estas palabras las acompañó de un pícaro guiño que prometía muchas cosas.

Era una habitación sencilla, con un sofá de tres plazas en azul, un escritorio color madera y finalmente una televisión de trepecientas pulgadas colgada en la pared, vamos todo un monumento a la masculinidad.

—Quiero estrenar este sofá contigo cuando se duerma Thomas.

Vamos, ¿cómo me iba a negar yo ese privilegio? ¡Ni loca! En mi interior

estaba dando saltitos como loca pensando en todas las cosas sucias que se me ocurrían hacerle en ese sofá.

—¿Qué? ¿Te lo estás pensando? —inquirió curioso.

Puse el dedo índice de mi mano derecha junto al labio, fingiendo que me lo estaba pensando. Me puse falsamente remolona. Hice un cacheo visual de toda la habitación para hacerle sufrir, aunque fuese un poco. Me miró, lo miré, volví a repasar la habitación y me mordí el labio inferior. Le estaba poniendo nervioso, lo sabía, pero no porque creyese que le iba a decir que no, sino todo lo contrario, porque era consciente de que iba a decir que sí y ese tiempo de espera extra que me estaba permitiendo, lo encendió por la propia idea de la anticipación. Si él sabía jugar, yo podía hacer repóquer de ases sin inmutarme.

Me coloqué de espaldas a él y me dirigí a la ventana. Sabía lo que iba a hacer a continuación sin que me lo dijese, porque pude sentir su presencia detrás de mí sin que uno solo de sus movimientos lo hubiesen delatado previamente.

—Eres mala. —Colocó sus manos en mis caderas y se acercó todo lo que pudo hasta rozarse con mi trasero—. Me haces sufrir a sabiendas de que estás deseando probar ese sofá tanto o más que yo.

Me giré sin soltarme, lo miré y con la misma delicadeza que si fuese un objeto de porcelana, toqué su cara, delineando con mis dedos cada uno de sus duros rasgos desde la barbilla hasta las cejas, trazando suaves caricias que le hicieron estremecer, mientras él me apretaba más fuerte contra su cuerpo y yo jugaba con él, probando su fuerza de voluntad. Un beso, dos...

Y la lluvia empezó a caer sobre la ciudad, a la vez que nuestros cuerpos estrenaban el sofá de tres plazas dándonos un segundo de intimidad antes de que apareciese Thomas, que como todos los niños, nos sorprendió en el momento más inesperado.

Nos quedamos a medias y con la tienda de campaña a medio poner.



Capítulo 8

El comienzo de la rutina en nuestras vidas irrumpió cuando Liam debía volver a trabajar y yo intenté acostumbrarme a ser una mujer en paro / madre soltera por sorpresa.

Liam me pidió que, ya que Moira no se iba a ocupar del niño como antes, si no me importaba demasiado, fuese yo quien lo llevara al colegio mientras él estuviese trabajando en los turnos de mañana. Tarea que para mí era difícil porque no tenía ninguna experiencia en niños, salvo la legal y además, Thomas se encargaba de no facilitarla demasiado.

—Vamos, Thomas, tienes que desayunar rápido, no sé el tiempo que se tarda en llegar —le apremié con un tono suave de voz

—Está cerca; además Moira me levantaba antes y me llevaba el desayuno a la cama en una bandeja —respondió con desdén.

—Pero yo no soy Moira y ya eres mayor para que te llevemos el desayuno a la cama —reaccioné contenida, lo justo que mi paciencia permitió—; así que vamos, Tommy, date prisa.

—Solo Moira me llama Tommy, nadie más.

Estuve por poner en casa una foto con diana de la tal Moira a la que ya odiaba sin conocerla.

Llegamos al colegio acelerados porque si Thomas se había propuesto a propósito llegar tarde, estaba claro que lo había conseguido. Me despedí con un simple adiós con la mano porque no me dejó ni darle un simple besillo. Después, empecé a hacer un cálculo mental de lo que quería hacer a partir de ese día.

Nunca me había encontrado en la tesitura de no hacer nada. Desde que salí de la facultad, solo había trabajado y apenas había tenido vacaciones, con la única idea de comprarme un piso e irme a vivir una vida feliz con Julián y nuestros tres hijos. A mis treinta y dos años, había logrado hacerme con unos

buenos ahorros, seguía sin vacaciones y por supuesto sin piso, que por otra parte, casi mejor; porque a la hora de separarme de Julián; me había evitado el engorroso trance de tener que venderlo y así tardar más tiempo en cerrar nuestra historia.

Así que ahora; caminaba sin rumbo y planes por el barrio donde residía mi bombero con su hijo. Me dirigí hacia un parque cercano y me senté en uno de los columpios a meditar. Bien podría haber cogido un mapa y empezar a recorrer como una loca la ciudad para conocerla lo antes posible, pero mi organizada mente me dijo que tenía que planificar las cosas, porque una cosa era creer que estaba de vacaciones y otra era saber que realmente no lo estaba, porque una vez conociese la ciudad, era consciente de que tendría que empezar a mover mi culo y buscar un trabajo aquí.

Pensé, medité. Liam apareció en mi cabeza vestido de bombero viniendo a apagar mi fuego interior...

Pero, oportunamente y pensé oportunamente; porque se me había ido la cabeza a Liam en vez de pensar en lo que debía, sonó el teléfono y al mirar la pantalla vi que era Aurora que supuestamente estaba felizmente casada.

—Eres una mala amiga. —Eso fue lo primero que dijo sin ni siquiera saludarme—. Llevas varios días en Dublín y aún no sé si estás viva o el irlandés te ha dejado seca de tanto sexo. —Me hizo reír porque sabía que aunque en el fondo estaba enfadada conmigo por no haberla llamado, sus bromas tenían que salir a la luz para relajar su mal humor.

—¡Jo, perdona! —me disculpé torpemente—, es que han sido unos días de locos, todavía ni me he asentado aquí...

—Claro, te habrás pasado el día sentada en las piernas del bombero...

—Será porque tú no tienes bombero que te apague el fuego. ¡Anda que no sabes nada!

Nos echamos unas carcajadas por la broma de la profesión en común de nuestros chicos, pero un corto silencio me dijo que Aurora estaba dispuesta a ponerse a hablar en serio conmigo en cero coma.

—¿Cómo van las cosas por Dublín? —preguntó con cautela.

—Bien, con Liam bien...

—Con su hijo no tanto, ¿me equivoco?

—Es un niño y sé que debo darle tiempo para que se acostumbre a mí. Piensa que una completa desconocida ha aparecido de repente a ocupar el papel de una madre que nunca tuvo. —Pensar en eso me llevó a Moira y el supuesto papel de madre que ella había jugado en todo esto, y en cierto modo, me puso los pelos de punta, porque aunque no quisiera admitirlo, había ocupado ya el lugar de otra, aunque no fuese su madre.

—No tienes experiencia en niños malcriados, cariño.

—Bueno, se supone que Moira ha ayudado a Liam en su educación...

—Moira...—interrumpió Aurora—. ¿Está tan buena como cuenta la leyenda?

—¡Auro!!!! —reaccioné con enfado a su pregunta al darme cuenta de que sabía quién era Moira— ¿Cómo sabes tú eso?

—Óscar y yo no tenemos secretos y me lo cuenta todo, ya sabes. Me habló de ella en cuanto supo que te ibas a Dublín. Que cuida a Thomas desde hace tres años, que está muy buena, que le hace ojitos a Liam, que se la ha tira...

—¡Deja los detalles! ¡No quiero saberlos! —la interrumpí yo ahora más enfadada si cabía al conocer de este modo esa información—. Pero, ¿podías haberme dicho algo!

—¿Cómo te iba a decir nada si tú estabas toda ilusionada con que te ibas a Irlanda?

—¡Auro, podías haberme avisado! —El tono cada vez más alto de mi voz evidenció que estaba muy enfadada con ella, aunque en el fondo no sabía por qué lo estaba, si era porque no me avisó sobre Moira, o porque no fui la única que pensaba que estaba buena y la sola idea de certificar que Liam tuvo algo con ella me gustaba menos de lo que pensaba.

—¿Y perderme esta llamada? ¡Ni hablar! —bromeó con saña—; además, Liam está loco por ti, eso también me lo ha confirmado mi marido. Lo está desde el día de mi boda, así que casi hasta me debes un favor, guapa.

—No intentes arreglarlo —la reproché—, tú lo sabías y no me dijiste nada. Y ahora...ella...está ahí...y encima es artista, fotógrafa para más señas.

—Bueno, que lleve una cámara de fotos en la mano, no la hace artista. Anda vete a casa y echa un palo con tu irlandés. Cuando acabes, me llamas

de nuevo y hablamos, seguro que ya has cambiado de opinión sobre todo este tema para entonces.

—Está trabajando, esta semana está a doble turno —señalé recostada en el columpio de tal forma; que, como me moviese un poco, me desnucaba contra el suelo—; tengo que ponerme las pilas, conocer la ciudad, buscar un empleo, la lista es larga.

—Entonces, ¿a qué esperas para colgarme y empezar? —inquirió de nuevo con esa ironía que la caracterizaba.

—A que no sé por dónde empezar, Auro...

—Empieza por recordar quién eres y qué te llevó a Dublín, a lo mejor eso te da pistas.

Me quedé un segundo en silencio, respiré hondo y pensé en Liam, en lo que me estaba jugando por él, en lo que quería con él, y me decidí.

—Creo que voy a empezar por colgarte y situarme en Dublín —confirmé decidida.

—Pues adiós y cuidado con el niño —me advirtió.

—Yo también te quiero y gracias por la advertencia, pero es un niño, no un perro peligroso.

—Pues cuidado con Moira —lanzó un beso a través de la línea y me colgó.

No me dio tiempo a incorporarme del columpio cuando recibí un mensaje suyo:

Besos de parte de Oscar y dice que no te preocupes que a Liam lo tienes en el bote.

Me hizo reír, no pude evitarlo, como no pude evitar sentirme rara, como si no tuviese muy claro cuál era el terreno que pisaba desde que llegué.

Miré el cielo y empecé a pensar que sí, que tenía que tomar las riendas de todo esto si realmente quería que funcionase. Así que empecé, pero por lo más fácil, conocer la ciudad. Rastreeé el mapa en el móvil y me entregué a la ilusión de explorar algo desconocido para mí. Pensé en Liam y en lo fácil que me lo había puesto todo hasta ahora. No podía ser yo quien lo fastidiase con mis inquietudes e inseguridades.

Thomas era un caso aparte, era mi talón de Aquiles. Sabía que era absurdo sentir celos de un niño, pero sin duda se trataba de alguien que había sido

criado entre algodones y al que se le había permitido todo, por lo que era consciente de que me iba a tocar lidiar con eso; además, no dejaba de ser una intrusa para él, por más que lo intentase disimular delante de mí.

Pero prefería no pensar en eso ahora y centrarme en mi paseo por Dublín. Decidí de momento caminar, ya tendría tiempo de usar el transporte público. Caminaba aspirando hondo y pensando en todo lo que me quedaba por conocer; cuando la vi a lo lejos; sonriente, cómo no, tonteando con un chico joven y dando muestras de algo más que una simple amistad con él; estaba claro que conocía muy bien el juego de la seducción, aunque en el fondo a mí no me pareciese sino una pequeña golfilla, porque a Liam le hacía ojitos delante de mis narices y ahora estaba ahí haciendo lo mismo con otro. ¡Juventud, divino tesoro!

Dejé de mirarla y continué mi camino. Llamé a mi madre y le hice un resumen menos detallado de mis primeros días en Dublín. No quería que supiese que había una espectacular pelirroja que me ponía de los nervios y mucho menos, hacerla partícipe de mis inquietudes e inseguridades, por otra parte, absurdas. Ella era feliz viviendo en una relativa ignorancia. Tampoco los echaba demasiado de menos. Por primera vez, me sentía independiente y libre de verdad, así que, de paso, era una forma de demostrarles que por fin había madurado. Aunque eso supusiera que, un error con esta aventura, pudiese suponer otro fracaso sentimental para ellos. Pero eso era algo en lo que prefería no pensar. Al menos, por ahora. Colgué con la convicción de que debía relajarme ante ese miedo y empezar a pensar en positivo. Estaba en Irlanda comenzando una relación que yo misma había decidido empezar; así, de este modo.

Así que sí, mi nueva vida comenzaba aquí.



Capítulo 9

Dublín era una ciudad pequeña, fácil de recorrer, pero con el mismo endemoniado tráfico de Madrid. Y es que, además, era una ciudad llena de taxis a pesar de su tamaño.

Antes de venir, me había conformado un plano rápido sobre qué visitar en la ciudad y no dudé en utilizarlo. La Catedral de San Patricio, El Museo de Arqueología y el Museo Nacional de Irlanda conformaron mis primeras visitas. Lo cierto era que se me pasó la mañana volando y, no me di cuenta del tiempo que había transcurrido hasta que me sonó el teléfono y comprobé que era Liam. Llamada que respondí con ilusión; porque, en verdad, empezaba a echarlo de menos.

—¿Dónde demonios estás? —Su violenta reacción me pilló de sorpresa porque no entendí por qué me preguntaba eso hasta que continuó—. ¿No te has dado cuenta de la hora que es?

Miré el reloj y de repente; caí en la cuenta de que había pasado media hora de la salida de clase de Thomas. Me llevé la mano izquierda a la cabeza por la estupidez que acababa de cometer e intenté disculparme de algo que sabía que era la única responsable.

—Lo siento, lo siento, cariño. Se me fue el santo al cielo en el museo. Voy corriendo a la escuela y me disculpo con la directora si es necesario.

—Ya no lo es —respondió todavía cabreado—, ya he llamado a Moira y se ha encargado de ir y llevar a Tommy a casa, estarán allí esperando.

Y sin más, me colgó la llamada. El muy idiota me dejó con la palabra en la boca y yo, por un lado, me sentí como una mala madre por olvidarme de la hora y por otro, tuve ganas de estrangular a Liam porque, aunque sabía que había metido la pata, se acababa de comportar como un auténtico gilipollas tratándome así y, aunque era consciente de que para ser la única responsabilidad que tenía, la acababa de fastidiar, no era justo que

reaccionase así conmigo. Y encima había llamado a Moira, eso fue como una puñalada traperera. Bueno, tal vez no, porque en este caso era la única persona a la que podía recurrir, pero no pude evitar que me fastidiase.

Llegué a casa sin aliento, porque a pesar de que no tardé mucho, la distancia se me hizo como si fuese a Madrid, eterna.

Entré por la puerta y escuché risas. Me dirigí al patio trasero y vi a Thomas jugando tan tranquilo con Moira como si no hubiese sucedido nada. Ella se dio cuenta de mi presencia y me miró. Sonrió simpática, demasiado. Le dijo algo al oído al niño y se acercó a mi altura.

—No te preocupes, Liam me llamó y pudimos resolverlo rápido. —Miró hacia Thomas y se mordió el labio inferior como pensando en decirme algo. Lo podía adivinar. Soy abogado y me conocía esa postura al dedillo, algo que no me iba a gustar. Se giró de nuevo para mirarme—. Si quieres, mientras conoces la ciudad, yo puedo ir a recoger a Tommy, para que no te agobies y eso...

—Tranquila, no es necesario. Hoy ha sido un despiste, pero no volverá a suceder —confirmé a la vez que negaba con la cabeza. Sin embargo, me vinieron unas ganas tremendas de estrangular a la niña esta, pero no por lo que había dicho de ir a recoger al niño, que eso hasta cierto punto se lo agradecí. Fue más bien por ese aire de suficiencia que empecé a detectar en ella y no, no eran celos estúpidos. Esa niña tenía toda la intención de joder mi relación con Liam y su cara me lo acababa de confirmar. Pero ese no era el momento. Ya le pondría los puntos sobre las íes en otro más adecuado.

Moira se fue dejando al niño desolado y diciendo que quería verla pronto de nuevo, algo que por otra parte no era de extrañar, porque tenía la impresión de que Thomas hacía con ella lo que le daba la gana, como con Liam, que lo manejaba a su antojo y caprichos, y eso conmigo no iba a suceder. Mis padres me dictaron unas normas y podría afirmar que no había salido tan torcida. No es que quisiera decir que ahora me fuese a comportar como un sargento con un niño que apenas conocía, pero aquí las cosas iban a cambiar. Y para empezar, este niño iba a dormir en su habitación.

Pasaron las horas y apenas habíamos hablado, tan solo para decirle que se pusiera a hacer sus tareas porque eran cerca de las siete y como llegase Liam

y el niño no hubiese hecho sus deberes, después de lo de hoy, no me lo perdonaría hasta la llegada del hombre a Marte; así que le di mi primera orden al niño, que aunque lo intenté decir de una manera suave, cómo no, al niño le sentó como una patada en el culo.

Preparé la cena con lo que encontré en la nevera, que por otra parte, iba siendo hora de cambiar los hábitos alimenticios en esta casa. Lo haría progresivamente, pero es que cenar hamburguesa y patatas todos los días no era ni medianamente sano para nadie, ni siquiera para el cuerpo de mi atlético bombero, que por más calorías que pudiese quemar, no creí que su colesterol se lo agradeciese.

Thomas estaba en el baño cuando escuché el ruido de la puerta. Me envaré y empecé a pensar con agilidad en las palabras que quería decirle, entre el perdón y el reproche por haberme tratado así por teléfono.

No me dio tiempo a empezar a hablar cuando ya lo tenía a mi altura abrazándome. Me apretó tan fuerte que pensé que me iba a romper.

—Lo siento, siento haber sido tan brusco contigo —me soltó un poco para sujetarme la cabeza con ambas manos y mirarme a los ojos—, pero es que debí haberte contado algo antes de cargarte con la responsabilidad de Thomas.

—Liam, ¡nooo! —Puse mis manos encima de las suyas, que las acogió con abatido—. La culpa fue mía. Se me fue el santo al cielo y ni me acordé. Lo admito, fue mi error, pero es que tú reaccionaste de una forma que yo...

—Soy idiota, dejas todo por mí y yo a las primeras de cambio me comporto así...—Me miró fijamente. Cerró la boca y se mordió el interior de los labios como queriendo calmar sus instintos, porque, las cosas como eran, no era el momento adecuado y porque Thomas iba a aparecer de su ducha de un momento a otro—. Cuando Thomas se duerma, hablamos. De todo.

Y ese «de todo» no me sonó bien. No sabía por qué tenía la sensación de que Liam se había guardado algo en la recámara que no pensaba decir hasta más adelante y no le iba a quedar otro remedio que hacerlo entonces, aunque eso significase acabar con esta especie de luna de miel en la que estábamos.

Cenamos en silencio, aunque el intercambio de miradas lo decía todo. Liam miró a su hijo pensando en algo que le iba a decir, se notaba a la legua

que quería decirle una cosa, pero estaba contenido. ¡Dios mío, qué extraño poder ejercía sobre su padre! Después me miró a mí con una sonrisa apagada. Denotaba sentimiento de culpa hacia mí y eso empezaba a ponerme un poco nerviosa. O hablábamos pronto, o dentro de poco iba a empezar a estallar como la burbuja inmobiliaria, por todas partes y sin mirar a quién hacía daño.

Nos fuimos los tres a la cama, juntos, cómo iba a ser si no, pero Liam permaneció boca arriba despierto, esperando a que Thomas se durmiese, así que yo hice lo mismo. Tapada o más bien protegida por las mantas hasta casi la barbilla y con un pequeño temblor en el cuerpo que, ni cobijada era capaz de eliminar.

Llegó un momento en que sentí la respiración de Thomas pausada, signo inequívoco de que estaba profundamente dormido. Así que, como quería salir de este lío que me agobiaba lo antes posible, me disponía a pedir a Liam que saliésemos de la habitación, cuando él se adelantó con el mismo pensamiento.

—Bajemos a la sala a hablar, por favor —me pidió en un susurro casi inaudible.

Salí de la cama y me puse una bata para bajar, porque estaba segura de que lo que viniese a continuación no era para estar en paños menores.

Me dirigí a la puerta sigilosa para no despertar al pequeño y cuando iba a abrirla, Liam me sujetó de la mano para girarme frente a él. Me miró en silencio, yo diría más bien que me analizó, desde mi altura casi no podía detectarlo. No era que Liam fuese mucho más alto que yo, pero con esa penumbra, me costaba adivinarlo. Se acercó a mí poco a poco con los labios entreabiertos. Iba a besarme, lo sabía. Jadeó con suavidad como si no quisiera que se escuchase ni el sonido del aire.

De repente, Thomas hizo un pequeño ruidito y Liam se giró para observarlo por miedo a que se despertara; sin embargo, no lo hizo. Liam volvió a mí, porque sí, era para rodearnos de nuevo en ese halo que nos absorbía cuando estábamos juntos. Me mordí el labio por los nervios de la anticipación, por los nervios que vendrían después y por los que tenía porque debíamos hablar. Pero ahora no, porque volvió a retomar el camino iniciado hacia mis labios hasta que los rozó. Yo contuve un suspiro, él sacó la lengua y trazó por el labio inferior los signos de nuestro deseo; sí, porque era el de

ambos. Inspiramos a la vez y mis manos tomaron su cintura para acercar nuestros cuerpos, y entonces cuando me devoraba y su boca se fundía con la mía, me hizo recordar uno de los motivos que me tenían aquí. Y es que no había nada más bestial en el mundo que su boca en la mía. Sentir cómo se reclamaban y sollozaban lágrimas de desesperación por tenerse. Una sensación que nunca antes había experimentado y que no controlaba cada vez que estaba con él. Era necesidad, era entrega, era miedo a perderse. Era digno de leerse en una novela romántica. Era amor.

Separó sus labios de los míos, me agarró de la mano y salimos de la habitación rumbo a la sala donde me temí que eso que se había manifestado en el beso era precisamente el motivo por el que me había besado entonces. Imaginé que tenía miedo. Sin embargo, él no era consciente de que yo me sentía igual.

Me apretó la mano tan fuerte que casi me hizo daño, pero le dejé, porque yo también se la apreté fuerte a él. Bajamos las escaleras en silencio, más que por no despertar al niño, era porque lo necesitábamos. El silencio que venía antes de una conversación importante. O tal vez una confesión.



Capítulo 10

Me senté en el sofá mientras Liam fue a coger unas cervezas para los dos. Lo dicho, si necesitaba alcohol para hablar, era porque algo difícil tenía que decir.

Volvió y se sentó a mi lado, me dio un botellín con una mano y con la otra me sujetó a mí. Quería empezar y no sabía cómo, lo sabía, mi instinto de abogada me lo gritaba.

—Cuando Thomas nació, yo no era lo que se dice una persona responsable. —Se detuvo un segundo para tomar aire y continuar—. Digamos que me pasé parte del embarazo sin hacer caso a su madre y después no supe hacerlo mejor. Cuando ella tuvo la depresión posparto, a mí todo me vino grande y al final vinieron sus padres para echarnos una mano. Lo cierto es que; lo hicieron todo por nosotros y, aunque yo nunca me había llevado bien con ellos por su educación excesivamente estricta y ultra religiosa, en esa etapa de mi vida me dejé llevar. Hasta que las cosas con su hija empeoraron. Ella se metió en el mundo de las drogas y su cuesta abajo parecía imparable. Por aquel entonces, yo ya había entrado en el cuerpo de bomberos, la disciplina del trabajo me hizo entrar en razón en muchos aspectos de mi vida, pero para cuando quise tomar las riendas de todo, ya era demasiado tarde. —Volvió a detenerse y agachó la cabeza avergonzado—. Lena se había convertido en un despojo y mis suegros se habían apoderado de esta casa. Cuando ella murió, yo ya me había puesto las pilas en muchas cosas, pero mis suegros intentaron quitarme a Tommy y hasta la fecha aún siguen intentándolo. Tuve que contratar a Moira para que me ayudara con él, porque mi trabajo, está claro que ayuda por aquello de que eres bombero, pero los turnos de trabajo son un impedimento. Ni qué decirte; que el motivo de mi reacción de esta mañana, es que ellos están atentos a cualquier paso en falso que dé para tener un nuevo motivo y justificar que no soy apto para

tener su custodia.

—Liam, yo... —me quedé un segundo en silencio pensando qué decirle sin reprochar su actitud—; yo entiendo que es un asunto tuyo y que yo como recién llegada no tenga derecho a entrometerme en tu vida, pero tú también tenías que haberte dado cuenta de que si tú no me cuentas las cosas, no te puedo ayudar. Si yo estoy aquí, deberías haberme tenido en cuenta.

Liam se recostó en el sofá, colocó su mano en el reposabrazos y apoyó su cabeza en él mirándome de lado.

—No sé qué debo haber hecho en otra vida para conocerte en esta —me dijo risueño—; eres como un ángel que me ha caído del cielo en este puto infierno en el que vivo.

Me acerqué a él y me coloqué sobre su pecho. De repente, no estaba enfadada. Mis instintos me gritaban que tan solo necesitaba mi apoyo y sin pensarlo dos veces fue lo que me propuse hacer.

—¿Estás segura de que quieres estar al lado de un hombre que solo tiene problemas pero que se está enamorando de ti como un chiquillo?

Levanté la cabeza y lo miré. Era como mirar a un niño de treinta y cinco años asustado, preocupado por mi respuesta, era Thomas de adulto. Yo tan solo me limité a responder con otra pregunta:

—¿En algún momento de esta conversación he dicho que no quiera estar a tu lado?

Negó con la cabeza y volvió a apoyar la mejilla en la mano, sonrió y, con un movimiento casi felino, empezó a acercarse. Se colocó a horcajadas sobre mí pero sin apoyar todo su peso, porque si lo hacía, con lo grande que era, me hubiese aplastado las piernas; pero además, lo hacía para mirarme desde arriba, observarme como si fuese una pieza de porcelana china. Alzó su mano derecha y rozó mi mejilla con suavidad, dándose tiempo para continuar con su escrutinio. Después, empezó a delinear con el dedo la nariz, pómulos, cejas y yo moví la cabeza al compás de su contacto. Empezamos un baile donde ese simple roce de nuestra piel empezaba a bastar para excitarnos.

Me retorcí bajo su cuerpo para intentar rozarle el miembro, pero no me dejaba; sonrió mientras su mano seguía jugando a enredarse con mi pelo, bajo la nuca. La acarició de tal forma que se me erizaban hasta las entrañas. Se

mordió el labio para contener las ganas de besarme, porque mi actitud le había excitado tanto, que si me besaba, acabaríamos este juego antes de haberlo empezado. Con el pulgar tocó mis labios, se mordió de nuevo los suyos. Se relamió con las ansias de pensar lo que quería hacerme y yo como respuesta le mordí el dedo. Era una conversación de miradas, de sensaciones, de pura conexión.

Por un instante nos quedamos quietos, tan solo se escuchaban nuestras respiraciones aceleradas. Entonces Liam, me agarró del cuello, nos tumbó en el sofá y tomó mi boca como si fuese la última gota de agua en el desierto, como si no hubiese mañana. Nos fundimos en un beso; que me calentó hasta el alma y me hizo darme cuenta de que nunca antes había sentido algo así y, no por lo salvaje del beso en sí, que me hizo sentir brutalmente deseada, sino por lo que salió de mi interior, por el nudo que me acababa de deshacer en el pecho, por la extraña sensación de libertad recién adquirida, porque sentía que me estaba entregando algo más que su cuerpo y yo el mío. Porque sí, me había enamorado de él.

Nos seguimos besando mientras Liam se peleaba con los botones de mi camisa y yo con la cremallera de su pantalón. De repente, todo se había acelerado, como si la necesidad de tenernos estuviese a nuestras espaldas apremiando. Corrimos y nos recorrimos nuestros cuerpos por miedo a que este momento se desvaneciese.

—Lucía...—susurró casi en un gemido que no pudo contener.

Se quitó la camiseta, hizo lo mismo con mi blusa. Se puso en pie y de un tirón, se deshizo de los pantalones y de los calzoncillos. Su erección me saludó y me posicioné en el sofá dispuesta a recibirlo.

Tumbado de nuevo sobre mí, deslizó su miembro hacia mi interior con mimo, despacio, para que viese su reacción mientras lo hacía y, obviamente él la mía. No dejamos de mirarnos a los ojos en el proceso. Lentamente se encajó dentro de mí y provocó mi gemido. Y ahí, justo cuando había llegado hasta la empuñadura, se detuvo sin apartar su mirada. Hizo un leve giro con las caderas para tentarme sin darme lo que quería. Sonrió, porque sabía que estaba deseando que empezase a moverse, pero admití que, en ese dulce momento en que me volvió a hablar sin palabras, me estaba dando algo más

que el simple placer de llegar al orgasmo; se estaba entregando a mí y quería que supiese; que yo también me estaba entregando a él. Intenté pegarme más a su cuerpo para que en ese abrazo en el que nos estábamos fundiendo se dijese todo, pero me detuvo.

—Shhhhh, lo sé —afirmó con una dulzura que me desnudaba el alma—. Yo también necesitaba sentir esto contigo.

Y con toda la ternura que su temple permitía, empezó un tormentoso balanceo en el que nuestras miradas seguían conectadas y nuestros cuerpos hablaban por nosotros.

¿Habíais sentido alguna vez que estabais a punto de desmayaros porque un cúmulo de sensaciones se agolpaban en vuestro pecho pugnando por salir? Pues esa era yo. Porque por primera vez sentía que amaba, porque nunca antes había tenido estas ganas de abrazar, reír y llorar mientras me hacían el amor y era eso lo que estábamos haciendo en el sofá. No era sexo, era amor.

—Liam...yo...yo...—balbuceé porque casi no podía hablar de cómo me sentía dentro de mí.

—Dime, nena, vamos —me tentó a sabiendas de que solo podía respirar de todo lo que me estaba haciendo sentir—. ¿Quieres que te ayude?

Lo miré extrañada como respuesta. Entonces, apartó su mirada para acercarse a mi oído mientras se seguía moviendo. Lamió el lóbulo de mi oreja con la punta de su lengua y susurró con contención:

—Vamos, dílo, yo...— Empujó en mi interior mientras continuaba lo que sabía que quería decirle— te...—Volvió a salir y se ensartó de nuevo con una suavidad que me deshizo.

—Quiero. Yo...te...quiero —finalicé la frase justo antes de comenzar mi orgasmo y hacer explotar mis sentimientos ante él.

Él sonrió y, justo entonces, aceleró sus movimientos y provocó su orgasmo para seguirme y ponerse a mi altura en el placer de llegar al momento clave. Gemimos, nos desintegramos en la lujuria desmedida de un instante en el que yo me había abierto en canal para casi un desconocido que me había sacado de mi cascarón y me había devuelto a la vida.

Sentí la respiración desacompañada de Liam en la curva de mi cuello y me estremecí. Lo notó y sonrió de nuevo. Se incorporó un poco y pude ver esa

maravillosa sonrisa con la que era capaz de derretir los polos y lo sabía.

—Me encanta saber que te estremeces tan solo por mi contacto.

—Arrogante —repliqué con fingido enfado.

—Guapa —miré hacia mis curvas con incredulidad—. ¡Hey! Eres preciosa, Lucía —insistió al ver mi reacción.

—Más bonita que la joven Moira, no creo. —Las palabras me salieron sin pensar y Liam frunció el ceño.

—¿A qué viene hablar de Moira Ahora?

Lo cierto era que no lo sabía, pero me vino a la memoria de repente y eso que Liam aún no había salido de mi interior.

—Si hubo algo que me gustó de ti, además de tus curvas —mientras lo decía, agarró mis caderas y me apretó contra él—, era la seguridad en ti misma, nena. No digas ahora bobadas.

Negué con la cabeza y cerré los ojos. Liam me agarró de la barbilla y besó mi nariz.

—Ábrelos —Su orden, mezclada con el tono de voz con el que lo dijo, hizo que abriese los ojos como una niña buena—. Eso es. Jamás, me oyes, jamás minusvalores tu belleza. Adoro todo lo que eres.

Lo abracé y apreté tan fuerte que, por un instante, creí que nos íbamos a desarmar. Salió de mí, se levantó y me ayudó a incorporarme. Desnudos y de la mano, nos dirigimos a nuestro cuarto para recordar paso a paso todo lo que habíamos hecho en el sofá. Pero solo hasta recordar que Thomas seguía en nuestra cama.

Antes de dormirme, le volví a dar vueltas a la cabeza; porque Liam se estaba convirtiendo en alguien muy importante en mi vida y me asustaba pensar que todo esto pudiese salir mal.

Me coloqué de lado en la cama y Liam me abrazó por detrás. Inspiré hondo y me dormí. Pero la inquietud ya se había apoderado de mi sueño.



Capítulo 11

La semana avanzó sin apenas darme cuenta. Por las mañanas me levantaba temprano y me ocupaba de Thomas, que según tuviese el día, me trataba bien o mal. Solo era amable cuando, al ir camino de la escuela nos encontrábamos, siempre por casualidad, con la simpática de Moira. Me ponía de los nervios, a veces hasta me daban ganas de soltarle un bofetón y quitarle de la sonrisa de un manotazo. Tan atenta, tan cordial, tan servicial...

Estábamos a sábado y mi despertar no pudo ser más extraño. La cama estaba vacía. Liam se había levantado temprano porque seguía de turno doble y no le había oído irse. Eso me deprimió, pero lo cierto era que no me quedaba de otra. Era su trabajo. Aquí la que estaba de vacaciones era yo.

Bueno, vacaciones. Eso me hizo recordar que Thomas estaba en la otra habitación y me tenía que ocupar de él. Que no era que me molestase hacerlo, es más, el niño, cuando no se comportaba como un mocoso malcriado, era encantador, pero es que me costaba este recién asumido papel de madrastra.

Fui a la cocina y preparé el desayuno. La ventana de la cocina daba a la calle principal y me gustaba ponerme a ver a la gente pasar mientras me tomaba el café. Me reí porque Liam había dejado una nota en la cafetera que me animó la mañana. Lo echaba mucho de menos durante el día, me sentía muy sola. Malo sería cuando le tocasen las guardias de veinticuatro horas. Ahí se me podía caer el mundo encima. Releí de nuevo la nota y suspiré pensando en él.

Me encanta verte dormida por las mañanas en mi cama, me hace sentir que no voy solo a
trabajar

No había acabado de guardarla cuando, a través de la ventana, vi acercarse a la puerta de entrada a dos personas mayores con porte formal y demasiado serio.

No tardó en sonar el timbre.

Me dirigí a la puerta con un presentimiento en la cabeza que no tardó mucho en confirmarse.

—¿Dónde está mi nieto y quién eres tú? —preguntó la señora con tono despectivo mientras miraba hacia adentro intentando ver por encima de mi hombro.

—Buenos días, señora —respondí con toda la educación que tenía y algo de rabia contenida—, está dentro. —Continué señalando el interior de la casa—. Está dormido, es temprano.

—¿Cómo que es temprano? Hoy veníamos a recoger a Thomas, ¡Liam lo sabe! —Me intentó apartar para entrar en la casa pero yo se lo impedí de la forma más sutil que pude—. ¡Oiga, esta es la casa de mi hija, déjeme pasar!

«Ya no», pensé quedándome con las ganas de decirlo en alto y callarla. Pero mi educación y mi carrera me recordaron que debía mantener la compostura. Así que cogí el móvil que llevaba guardado en la bata y me dispuse a llamar a Liam, que bien me podía dar una respuesta más fiable a las palabras de la anciana.

—¿Qué hace? —inquirió la señora curiosa.

—Llamar a Liam para que me lo confirme. —Mi reacción la pilló por sorpresa y me miró inquieta.

Marqué y Liam no tardó mucho en responder.

—Nena, ¿sucede algo? —Su rápida respuesta me hizo pensar que estaba más pendiente de mí de lo que yo pensaba.

—No lo sé, cielo —respondí en español para que la vieja no se enterase aunque provocara su mala cara—; una pareja de ancianos que dicen ser los abuelos de Thomas; han aparecido de repente para llevárselo; y la señora, muy amable ella, afirma que tú lo sabías.

—¡Joder! La put... la abuela. No, no sabía nada. —Se quedó en silencio—. Créeme si te digo que han aparecido sin avisar porque además conocen mis turn...

Eso nos dio qué pensar a los dos. Si conocían sus turnos de trabajo porque lo tenían más controlado que en una prisión de alta seguridad, era porque alguien les había hablado de mí y aparecieron para fastidiar.

—No te preocupes, yo controlo la situación —intenté transmitirle una

falsa calma que ni yo tenía—; de algo me tiene que servir ser abogado. — Liam sonrió al otro lado de la línea con pesar—. Yo te llamo cuando se vayan, ¿de acuerdo?

—Lo siento, nena, de verdad, no pensé que se enterarían tan pronto de lo nuestro.

—Tendrá radar —Mi broma le hizo sonreír de nuevo aunque sabía que no estaba bien—. Venga, sigue a lo tuyo y nos vemos a la noche.

—Si necesitas ayuda, llama a Moir...

—No necesito ayuda —le interrumpí en el momento que supe que iba a escuchar el nombre de la pelirroja—, sé arreglármelas muy bien sola ante arpías como ella. Te quiero.

—Te quiero, nena.

Colgué, tomé aire y medité rápidamente sobre cómo actuar ante la situación que sabía que se me venía encima.

La abuela seguía mirando hasta que sentí movimiento a mis espaldas.

—¡Abuela! —escuché gritar a Thomas que se acercaba en su línea, veloz como el rayo.

—¡Cariño! —La abuela me empujó para hacerse paso y acudir a abrazar a su nieto. Tan educada ella, no me extrañaba que el niño hubiese salido así—. Mi niño, ¿cómo estás? —Me miró y se dirigió a él—. Ya veo que el irresponsable de tu padre te ha dejado solo con una extraña.

Valiente señora, metiendo cizaña contra el padre.

—No es una extraña, es la nueva novia de papá —no supe si tomarme eso a bien o mal—; no sabe cuidar niños, pero al menos me hace compañía.

¿De verdad este pequeño Satán tenía siete años? Era puro veneno en frasco pequeño.

—Buenos días, señora. —Me dirigí a ella en inglés con toda la educación que me permitía mi estado de ánimo—. Soy Lucía —me presenté ofreciendo la mano, que por supuesto ella rechazó.

—Yo, Erin Dunne —respondió entrando en tromba hasta la cocina.

Miró a su alrededor, como comprobando si había algo que no estuviera en su lugar y poder tener una excusa para reprocharme o echármelo en cara. Me miró mal, toqueteó hasta el polvo de la repisa. Observó con cara de asco. Me

provocaba repugnancia esta mujer. No me gustaba nada de ella. En cambio, el hombre; estaba parado en la entrada de la cocina sin decir ni palabra. Su mirada era una mezcla entre avergonzado y enfadado. Agarró a su nieto de la mano y salió de la estancia en dirección al salón.

—Así que tú eres la nueva amiguita de Liam —atacó con toda la intención.

—Me llamo Lucía, señora, y soy su novia. —Me miró con desdén.

—Este chico nunca sentará la cabeza, no sé qué haces con él —contraatacó sobre Liam sin ningún argumento, no al menos uno tangible. Se notaba que sentía un enorme rencor hacia él—. ¿Vas a vivir aquí? Como comprenderás, mi nieto no puede ser testigo de vuestros amoríos. ¡Qué vergüenza! ¿Qué dirán los vecinos? —resopló preocupada como si lo que dijese los vecinos fuese realmente lo más importante.

—Los vecinos no son lo importante, Erin —repliqué indignada—; lo importante es la estabilidad de Thomas; y ahora mismo tiene una vida tranquila.

—¿Tranquila, dices? —Se acercó hasta mí con una mirada que reflejaba una indulgencia mal interpretada—. Seguro que besas a mi yerno delante de él, como habrá hecho con las otras. Posiblemente compartáis lecho y eso no creo que sea bueno para mi nieto. ¿Eso te parece normal? Debería darte vergüenza.

—Señora, no se pase, que sé por dónde va —respondí ofendida y con unas enormes ganas de soltarle una bofetada por grosera.

—Y tú, joven, eres una maleducada y una cualquiera por estar al lado de un hombre como Liam...

Tuve que contar hasta veinte; porque, aunque en mi profesión; estaba acostumbrada al insulto gratuito, lo de esta persona no tenía nombre.

—No voy a consentir que me insulte, «señora» —respondí marcando con retintín—. Si ha venido hasta aquí para eso, está perdiendo su tiempo, así que será mejor que se vaya con sus formas a otra parte.

—Tú no me vas a echar de la casa de mi hija —amenazó señalándome con el dedo—. Soy yo la que se va.

Se dio media vuelta y se dirigió a la salida, pero no sin antes girarse de

nuevo y volver a la carga.

—Y dile al desgraciado de Liam; que la próxima vez volveré con una orden judicial para sacar a mi nieto de esta casa.

Iba a soltar una de las mías; cuando, con una agilidad que me asombró, dada la edad de la buena señora, fue hacia su marido, que no había abierto la boca; el pobre hombre, le arrancó a Thomas de los brazos y se dirigió al niño.

—Cielo, en cuanto pueda volveré a por ti.

El niño la miró extrañado, como si no supiese de qué hablaba realmente, lo que me dio a entender que, el niño no sabía los verdaderos planes de su abuela.

—¿Y me comprarás la nueva colección de Star Wars?

—Te compraré lo que quieras, corazón.

¡Viva el soborno emocional! La abuela no sabía lo que estaba haciendo con este niño. Solo iba a lograr dañarlo más.

—Erin, será mejor que nos vayamos. —El abuelo abrió la boca por primera vez y para decir algo sensato. Entonces, la abogada que estaba de vacaciones, salió y empezó a pensar que a quien tenía que ganarme era al abuelo, del que por cierto, aún no sabía ni su nombre—. Gracias, Lucía —estiró su mano y me la ofreció.

—Gracias...pero todavía no sé cómo se llama —respondí estrechando mi mano con la suya y una sincera sonrisa.

—Darren, me llamo Darren —me miró y me devolvió la sonrisa. Una en la que detecté pena, una muy grande, pero escondido detrás, pude ver comprensión. Ahora sabía de quién era la mirada de Thomas, clavada a la de su abuelo.

—¡Darren, no te quedes mirando como un idiota y vámonos! —ordenó la arpía de Erin a su espalda aún con el niño pegado a sus pies.

El abuelo volvió a mirarme y agacha la cabeza. ¡Pobre hombre! Además de vivir con la enorme pena de haber perdido a su hija, tenía que compartir su vejez al lado de la vieja amargada. ¡Qué cruz! Dio un beso a su nieto y salió por la puerta. Mientras, la abuela sobateaba al niño de mil formas y le hablaba al oído con absurdas promesas de abuela consentidora.

Volvimos a la cocina dónde Thomas intentó, sin éxito, imponer su ley de

niño consentido y nos dispusimos a desayunar. ¡Vaya forma de empezar la mañana!



Capítulo 12

La noche llegó tan rápido que apenas me di cuenta. El día en sí mismo había sido un poco duro. Thomas había tratado de reventar todos los planes que proponía para pasar un día agradable. Moira salía en todas las conversaciones, «que si Moira esto, que si con Moira hacía lo otro, que si con Moira no comía verdura porque no le obligaba...». Estaba a dos pasos de fulminar mi paciencia, y eso que yo era muy paciente con él.

Liam entró por la puerta, lo miré. Se notó que llegaba agotado porque, sin decir ni mu, fue directo a la habitación de Thomas para darle las buenas noches y pasó a la ducha. Lo cierto era que, en ese momento, no supe cómo actuar con él. Si dejarlo solo bajo la ducha; o acercarme y abrazarlo, que era lo que yo también necesitaba.

No me lo pensé dos veces. Salí de la cocina y subí hacia la habitación. Desde fuera ya podía escuchar el grifo abierto de la ducha. Entré en el baño, y bajo la nube de vapor de agua que se había generado con el calor, vi a mi chico con las manos apoyadas en la pared. Se veía que estaba tenso. Me quité la ropa con sigilo y pasé a la ducha. Me oyó abrir la puerta de la mampara y se giró.

—Siento no haber dicho ni hola, pero es que necesitaba estar solo un segundo, hoy ha sido un día duro en muchos sentidos. —Lo que afirmó no me molestó porque lo entendí, aunque sentí una pequeña punzadita en el corazón. Dolía poco, pero dolía.

—Si quieres salgo y te dejo solo. —Hice el amago de salir de la ducha pero Liam me frenó.

—No, no, ahora que te tengo aquí, me siento mejor. —Me tomó en sus brazos y me acogió en su pecho—. Abrázame fuerte, nena.

Sentí cómo el agua caliente empezaba a mojarnos a los dos, y la verdad es que sí, se sentía genial estar así, sin embargo, me asustaba pensar que le

pasaba algo y que no quisiera contármelo. Tuve miedo de que estuviese así por lo sucedido con Erin y Darren, de que pudiesen tomar represalias por estar yo aquí. Miedo de que él estuviese entre la espada y la pared antes de empezar nuestra propia relación.

—Eres un puto soplo de aire fresco a mi alrededor. —Me abrazó más fuerte hasta casi hacerme daño, pero lo dejé seguir—. A veces tengo miedo de perderte. No te vayas, quédate conmigo siempre.

—Liam...— Sus palabras me llenaron de esperanza. Por diferentes motivos, ambos compartíamos los mismos miedos, sin embargo nos unía la razón más importante para luchar por esto—, te prometo que estaré aquí.

El agua seguía cayendo sobre nosotros. A él le limpió de su día y a mí de mis temores. Nos apartamos un poco para mirarnos a los ojos. Sonreímos. Fijamos nuestras miradas y nos dijimos muchas cosas con ellas sin necesidad de hablar. ¿Cómo se podía llegar a sentir tanto en tan poco tiempo? ¿Era posible amar incondicionalmente sin apenas conocerse? Lo cierto era que, si miraba hacia atrás lo sucedido en los últimos meses, era como si hubiese vivido todo a cámara rápida. No había dejado reposar cada una de las situaciones que habían pasado, ni siquiera los sentimientos. Liam había sido un tornado que se llevó todo por delante sin poder medir las consecuencias de lo que estaba haciendo. ¿Me sentía arrepentida? No, tal vez aterrada porque tenía la sensación de que se me venía encima algo complicado. Pero si fui capaz de vivir los más terribles juicios de familia, esto sería capaz de superarlo, ¿o no?

Después de ducharnos mutuamente y sin sombra de erotismo en el acto, salimos juntos de la ducha. Nos secamos con mimo y volvimos a la habitación de la mano. Me tumbó en la cama y me dio un casto pero simbólico beso.

—¿No quieres cenar nada? —pregunté preocupada por su estado de ánimo.

Se quedó quieto sobre mí, apoyando las manos en el colchón. A una distancia mínima pero la justa para sentir su calor.

—No tengo hambre. Solo quiero meterme en la cama contigo y abrazarte —contestó con ese halo de tristeza que me seguía inquietando.

Se incorporó y fue hacia el equipo de música que teníamos en un lateral de la habitación. Lo encendió y puso el aparato a un volumen lo suficientemente bajo como para que solo lo oyésemos nosotros. Sonaba *Shape of you* de *Ed Sheeran*, Liam se giró y me miró risueño, levantó su mano como para invitarme a ¿bailar?

—¿Bailas conmigo?

Yo lo miré como si le hubiesen salido dos cabezas. ¿Desnudos?

—¿Así? —le pregunté mostrando mi cuerpo.

—Así —respondió él haciendo el mismo gesto—. Desnudos y abrazados.

Negué con la cabeza en señal de derrota y me levanté de la cama para acercarme a él. Me encerré entre sus brazos y lo consentí. Acaricié su firme torso con mis manos y nos dejamos llevar por el sonido de la música. Ahora éramos solo él y yo. Los problemas estaban detrás de la puerta.

Esa puerta que no tardó en sonar con unos suaves golpecitos. No nos dio tiempo ni a resoplar. Cogí mi ropa lo más rápido que pude y me vestí; Liam me siguió. Tomamos aire, fue a la puerta y abrió.

—Papi, no puedo dormir. ¿Me dejas hacerlo con vosotros? —La cara de Liam reflejaba de sobra su respuesta.

Thomas no perdió el tiempo. Veloz, como siempre, se dirigió a la cama y se tumbó boca arriba, desde dónde nos dirigió su interminable, y un poco maléfica sonrisa. Se había salido con la suya, de nuevo.

En un alarde de paciencia, me tumbé en la cama y sonreí también, no quise que se notara que tenía celos de un niño de siete años demasiado espabilado para su edad. Liam se acercó todo lo que pudo a su hijo y, con disimulo, estiró su brazo izquierdo por encima de la cabeza de Thomas para acariciarme la cabeza, pero el niño se dio cuenta y la apartó para que lo acariciase a él. Sabía que era estúpido que un niño te hiciese sentir así, pero no pude evitarlo. Aun así, con esta estampa tan familiar, nos dormimos los tres.

Liam disponía de unos días libres y pretendía aprovecharlos junto a él.

La luz del temprano amanecer me tiró de la cama. Había dormido algo inquieta y mi cabeza de abogada empezaba a darle vueltas al tema de Liam y sus suegros; bueno su suegra. Esa señora no me gustaba nada y me temía que

fuese a darnos algún que otro quebradero de cabeza.

Cogí una taza de café y me senté en la repisa de la ventana. Mirar hacia el exterior desde ahí me hacía sentir bien.

No lo escuché venir. Un beso en la cabeza y un abrazo fueron sus buenos días.

—¿Mejor? —Me giré entre sus brazos porque tenía unas enormes ganas de mirarle a los ojos para desentrañar sus preocupaciones.

—Mejor. —Se desperezó y me volvió a abrazar—. Ayer fue un día complicado también en el trabajo.

Se quedó un instante en silencio. Quería hablar y contármelo, pero tuve la sensación de que le daba reparo nombrar temas laborales.

—Cuenta, te escucho —le animé a hablar.

Inspiró e inició el relato de su día.

—Un accidente de coche. —Llevó los dedos sus ojos y los restregó como queriendo olvidar lo visto—. Tuvimos que rescatar a toda una familia del interior. Los niños, los padres, todos estaban...

Lo apreté fuerte, todo lo que pude para que ese abrazo sirviese un poco de bálsamo a ese dolor que vi que sentía. Su trabajo era más complicado que ir a apagar un incendio, que también lo era. No obstante, no recordamos que un bombero podía ver situaciones difíciles de olvidar; y que, en ocasiones, su día a día se podía llenar de recuerdos que era mejor no tener, como era el caso de Liam hoy.

—Y encima viene Erin a joderme un poco más —resopló abatido—; no sé qué coño quiere. Parece que no está contenta con culparme de la muerte de su hija.

—¿Culparte? ¿Por qué? —pregunté extrañada—; su hija hizo lo que hizo porque ella quiso, tú no la empujaste.

—Pero Erin dice que yo no puse nada de mi parte por ayudarla a salir de su problema, y veces pienso, que, no sé, es posible que algo de razón tenga —continuó con pesar en su tono de voz.

—Yo creo que no solo te culpa ella, también te culpas tú. A lo mejor va siendo hora de que empieces a trabajar esa parte.

—No creo que sea eso —negó sin mucho convencimiento—, más bien es

que siempre que Erin aparece, me hace recordarla.

—Será por algo. —No pretendí afirmarlo así, no conocía la historia profundamente, pero algo me decía que los sentimientos de Liam con respecto a la muerte de su ex eran más profundos de lo que quería reconocer.

—Lucía, ¡que tenía veintiséis años!

¡Hombre, no era precisamente un adolescente! No sabía a qué le tenía miedo. Pero intenté dar respuesta a esa reacción de adolescente, cuando llamaron a la puerta.

Liam me soltó y se dirigió a ella. Intenté cotillear a través de la ventana, y vi a una mujer de mediana edad acompañada de un policía. Las manos me empezaron a temblar porque no quise ni pensar qué significaba esta visita.

Mi chico abrió la puerta y pude llegar a oír a la persona del otro lado.

—¿Liam Brennan? —preguntó la señora con un sobre en la mano.

—Sí, soy yo.

—Traigo una orden judicial para indicarle que en una semana será visitado por la asistente social para verificar el estado del menor Thomas Brennan —le entregó el sobre sin ninguna empatía por su parte.

Liam recogió el sobre y resopló. Me pareció entrever que ya conocía este procedimiento.

—Que tenga un buen día. —La señora agachó la cabeza a modo de despedida, al igual que el policía que no había dicho una sola palabra y que dijo adiós tocando la visera de su gorra.

Liam cerró la puerta, se giró, miró el sobre, me miró a mí e inspiró profundamente.

—Veo que ya sabes de qué va esto —afirmé, segura de su respuesta.

—Volvemos a empezar —respondió cabreado.

Y sin abrirlo, lo lanzó contra el suelo y maldijo a Erin y a toda su estirpe, incluida la difunta, que buen marrón le había dejado con su suegra.

Me quedé mirando el sobre y me agaché para recogerlo, pero Liam me sorprendió al apartarme de mi intento para volver a abrazarme.

Tenía miedo, lo supe. Yo también.



Capítulo 13

Estaba con el rictus serio, pero más calmado. Recogió el sobre del suelo y nos acercamos al sofá. Una vez sentados, me lo dio.

—En siete años, es el tercer intento de joderme con Thomas. —Se llevó las manos a las mejillas y se las restregó con desesperación—. No se cansa, siempre tiene una jodida excusa para fastidiarme.

Me levanté, caminé por la sala pensativa y me paré frente a él.

—Y ahora, la excusa soy yo —admití sin reparos.

Liam levantó la cabeza y me miró con pesar. Negó, sin embargo era consciente de que su negación no servía de nada en estos momentos porque la realidad era otra, y no había nada que lo resolviese.

—Hecho la vista atrás —inspiré con dificultad, estaba algo agobiada y eso hacía que me costase expresarme mejor. Llevé el dedo índice al ceño para alisarlo de tal forma, como si de ese modo, las ideas fluyesen mejor— y empiezo a preguntarme por qué me pediste que viniese a vivir contigo si tienes estos problemas.

Liam trató de interrumpirme pero yo lo paré con la mano para que me dejase continuar.

—A veces no medimos las consecuencias de nuestras decisiones cuando lo vemos todo de color de rosa —continué con una sonrisa irónica en mi rostro—; tal vez —me miró mal pero yo quería decir lo que pensaba y no me lo iba a denegar—, antes de hacerme la maravillosa petición de venirme a vivir contigo, debiste pensarlo dos veces, porque es posible que esa idea te vaya a perjudicar de cara a Thomas —Liam negó de nuevo. Estaba preocupado por lo que iba a decir a continuación—; pero es injusto que no puedas rehacer tu vida por culpa de una vieja amargada que no busca otra cosa que provocar que tú seas tan infeliz como ella. No es justo, Liam.

Liam soltó todo el aire que hasta ahora, parecía que había contenido. Sí,

era posible que la petición de Liam hubiese sido algo precipitada y nos llevase a un abismo de juicios y momentos complicados. Sin embargo, ¿tenía que llevar una vida monacal para sus restos porque esa señora no quisiera que rehiciese su vida? No solo era injusto, sino que me pareció de una auténtica hija de puta querer eso no solo para Liam, sino también para su propio nieto.

Me acerqué a Liam todo lo que pude y tiré de su brazo para que se levantase. ¡Pesaba, mi niño! Ese cuerpazo era como una losa, pero quería que se levantase y que luchásemos, juntos y se lo iba a dejar claro.

—¿Qué haces? —inquirió curioso.

—Vamos a pelear juntos en esto y te lo voy a demostrar.

No nos dio tiempo a que se levantase, cuando el timbre de la puerta volvió a sonar. Miramos la puerta como el que tocaba un clavo ardiendo, «a ver quién era ahora».

Esta vez fui yo la que la abrió y, para mi sorpresa, era la adorable Moira la que apareció. Esta chiquilla empezaba a ser como un grano en el culo.

—Liam... —Se dirigió a él para abrazarlo.

Estaba a punto de ir a y apartarla de un empujón; bueno, también se me pasó la idea de estrangularla, pero la deseché de mi cabeza cuando comprobé que Liam lo hacía, aunque fuese demasiado sutil en las formas, puesto que incluyó una de sus sonrisas. No, si a este paso, el que iba a recibir era él.

—Hola Moira, ¿qué haces aquí? —preguntó confuso a la vez que se apartaba de ella lo justo para que le dejase respirar.

—Vi salir de aquí a la policía y me imaginé qué era lo que estaba pasando y quiero que sepas que tienes todo mi apoyo.

Lo dicho, el mejor método era el estrangulamiento, ¿cómo había sabido ella que la policía había estado aquí? ¿Es que nos vigilaba?

Y pareció que me había leído el pensamiento, porque entonces se giró y me miró con una falsa inocencia.

—Venía a ver a Thomas, lo echo de menos. Han sido unos años estupendos juntos —confesó en una pose que lo único que provocó fue que aumentasen mis ganas de darle dos bofetadas bien dadas.

—Por supuesto, Moira. Sube a verlo. Cuando te vea le va a hacer mucha ilusión.

Liam era tonto, demasiado guapo para no serlo. Si ya debí haberlo imaginado cuando lo conocí. ¿En verdad los hombres no se daban cuenta de lo lagarta que era una mujer o disimulaban para quedar bien?

En ese momento, pensé que necesitaba a mi Aurora ahora para desahogarme porque si no, ahogaba a la puñetera Moira. ¿Que vio salir a la policía? ¡Venga ya! ¡Pero si no debía de vivir ni por el barrio!

—Muy agradable, Moira, ¿verdad? —preguntó Liam totalmente ajeno a lo que yo sospechaba que era Moira, confirmando mi teoría de que mi chico era un ingenuo.

—Sí, muchísimo —ironicé porque, o lo hacía o la tentación de subir al cuarto de Thomas y sacar a rastras a Moira empezaban a ganar la partida en mi cabeza—. Ingenuo... —añadí en un susurro más para ella que para Liam.

Un susurro que sí debió escuchar, porque mientras me daba la vuelta para ir a la cocina, Liam me siguió y me detuvo sujetándome del brazo.

—¿Qué coño te pasa? ¿No estarás celosa de Moira? —lo miré e intenté que bajase la voz porque no me daba la gana de que «esa» se enterase de la discusión que sabía que íbamos a tener.

—No estoy celosa de Moira. —El escepticismo con el que su mirada me respondió no hizo más que acrecentar mi enfado—. Pero me parece increíble que no te des cuenta de sus intenciones.

—¡Por Dios, Lucía! ¡Es una niña! —respondió a la defensiva.

—Te recuerdo —respondí bajando aún más el tono de voz— que es una niña con la que te acostaste y vete tú a saber las ilusiones que despertaste en ella.

—Si ella tuvo...

—Tiene —le corregí solo por ganarle la batalla.

—Si ella «tiene» —remarcó con los dedos— ilusiones de algún tipo, no es porque yo se las haya dado. Jamás le hablé de una relación formal en las veces que estuvimos juntos.

—¿Las veces? ¿Más de una? —repetí exasperada en un grito chillón que me salió sin darme cuenta.

—¿Qué pasa? ¿Que no podía hacer lo que me diese la gana antes de conocerte?

Lo dicho, más de treinta años caídos en saco roto por pensar con el cerebro que tenía entre las piernas.

—No entiendes nada, Liam. Mientras tú jugabas con su cuerpo, ella posiblemente ya estaba jugando a las casitas contigo. ¡Y ni siquiera te diste cuenta!

Por supuesto, mi reacción obtuvo la respuesta que no quería que se diese. Moira nos había escuchado y mientras bajaba las escaleras con Thomas de la mano, venía con su cara de falsa inocencia incorporada. O tal vez la llevaba de serie, no supe discernirlo.

—Perdón que os interrumpa, Liam —Se acercó a nosotros con su eterna sonrisa y rizos al viento—. Quería llevarme a Thomas a dar un paseo, si no te importa. Nos echamos de menos. Podemos desayunar e ir al parque y te prometo que estará aquí de vuelta antes de comer.

—Está bien, Moira. Podéis iros. Le vendrá bien estar contigo.

Esa respuesta fue como un «zas en toda la boca» para mí. Vale que me acababa de conocer, vale que no era nadie en la vida de Thomas, pero con esta respuesta, tampoco me daba posibilidades de poder acercarme un poco al niño.

Esperé a que Moira se llevase al niño para decirle lo que pensaba. Sin embargo, cuando salió por la puerta, lo único que me apeteció fue subir a la habitación y encerrarme allí para siempre. Liam no era justo conmigo y parecía ser que, de nuevo no se daba cuenta.

Apenas acababa de subir, cuando lo escuché venir detrás de mí.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Su tono de voz sonaba a reproche y no me gustaba.

—¿Que qué me pasa? —La única idea que se me pasaba por la cabeza era que Dios me diese paciencia, porque como me diese fuerza, le estampaba la cabeza contra el suelo—. Me alarma pensar que no eres capaz de ver más allá de tus narices, Liam.

—No sé lo que quieres decir con esto —respondió confuso.

—¿No te das cuenta de que Moira lo que quiere es estar cerca del niño porque así está cerca de ti? —le cuestioné a ver si era capaz de darse cuenta a lo que me refería.

—Lucía, no digas bobadas. ¡Moira adora a Tommy! ¡Ha sido como una madre para él los últimos tres años! —Respuesta errónea. Eso solo originó que me encendiese más, lo que me recordó que yo no sacaba mi carácter desde hacía tiempo.

«Contente, Lucía, contente».

Pero el caso era que, no solo no pude, sino que mi réplica iba a acompañada de un estridente aumento en el tono de mi voz.

—¡Ese es el problema, Liam! ¡Que Moira no es su madre, es su niñera! ¡Una niñera que te tiraste, joder! ¿No te das cuenta de la irresponsabilidad tan grande que cometiste?

Liam no respondió, solo agachó la cabeza y se quedó mirando al suelo.

Exploté, y lo hice de la peor forma que podía hacerlo, perdiendo los nervios. Intentar que alguien se diese cuenta de que había cometido un error, era en sí un disparate, porque era la misma persona la que se debía dar cuenta de ello. Pero la certeza de saber que era mi querido Liam el que había cometido el error, no me hacía sentir otra cosa que querer salvarlo. Pero, ¿salvarlo de qué? El bombero era él y no yo. No obstante, la idea de pensar que necesitaba ayuda para espabilar me hizo reaccionar así, y en el fondo pensé que iba por el camino equivocado. El problema era que, como buen abogado, llevaba las cosas hasta las últimas consecuencias, fueran las que fuesen.

Estaba empezando a jugar con fuego.

Cogí una chaqueta y me dispuse a salir para despejarme, porque era consciente de que esta situación se me estaba yendo un poco de las manos.

—¿A dónde vas? – preguntó preocupado mientras me sujetaba del brazo para detenerme antes de que saliese por la puerta.

—Necesito despejarme y pensar, Liam, pensar en lo que acaba de pasar, y creo que tú también lo necesitas.

Me solté y salí por la puerta. Bajé las escaleras lo más rápido que pude para que no me diese tiempo a arrepentirme de lo que quería hacer, que era huir y pensar.



Capítulo 14

Caminar por Dublín en el fondo era como hacerlo por un barrio. Sus calles se mostraban como si fuesen unas amigas a las que no veías hacía tiempo, pero que lograbas entablar una conversación con ellas como si no hubiese pasado. Era fácil. Te transmitía una extraña sensación de hogar, de sitio al que conocieses de toda la vida.

A pesar de su tamaño, no conocía muy bien la ciudad todavía. Sin embargo, con el paso de las semanas, había llegado a un punto en el que no me importaba perderme en ella, porque a la vez tenía la sensación de que no estaba perdida.

Sin medir lo que llevaba andando, mis pies me llevaron justamente a un lugar donde había querido ir con Liam desde que llegué; a la que, según se contaba, era la taberna irlandesa más antigua de la ciudad, *The Brazen Head*. No solía estar abierta a estas horas, pero como era fin de semana, lo estaba. Pedí una pinta y salí fuera a sentarme en el banco de madera que adornaba la entrada de piedra.

Tenía que pensar de nuevo en todo lo que se me venía encima. Era una luchadora en materia profesional. Como abogado, nunca me había temblado el pulso para tomar decisiones de la forma más fría posible. En cambio, en mi vida personal, siempre había sido un poco cobarde. Hasta ahora. Tenía que pensar qué era lo que iba a hacer con Liam, porque, como habíamos empezado la casa por el tejado, nos tocaba construir los cimientos, y como fuésemos mal por ahí, esto iba a resultar un maldito fracaso.

¿Primer paso? Hablar con la responsable de que conociese al bombero. La mujer de otro bombero y mi mejor amiga, Aurora.

Cogí el teléfono y dejé que sonara el tono de llamada hasta siete veces. Era posible que su maridín tuviese día libre y tal vez, estarían gozando de la vida alegre de recién casados, así que al octavo tono, colgué.

Me guardé el móvil y pensé que, para una vez que necesitaba desfogarme, iba la otra y no contestaba, pero me arrepentí al nanosegundo, porque el victimismo no solía ser lo mío.

Volví a mirar a la gente pasar, había mucha y la mayoría intentando hacer fotos al pub. Olvidaba que me encontraba en una de las paradas obligadas de los turistas en la ciudad y esto se estaba empezando a llenar de visitantes. Así que, recogí mis bártulos y entré al local.

—¿Buscas trabajo?

No supe de dónde había venido la voz porque estaba tan absorta en las fotos y la decoración del lugar que ni me había dado cuenta de que hubiese nadie. Y por otra parte, todavía me costaba entender el acento irlandés cerrado, que a veces me hacía pensar que no hablaban inglés, sino una lengua eslava de indeterminada procedencia.

—¿Perdón?

—¿Que si buscas trabajo? Te he visto entrar algo perdida y no pareces la típica turista —respondió el hombre que, por fin, vi que salía detrás de la barra.

—No, no; solo estaba mirando el local, pero gracias.

—¿Gracias, por qué? —inquirió con un extraño deje de curiosidad

—Por ofrecerme trabajo —me miré a mí misma y de repente me di cuenta de que debía tener muy malas pintas como para que alguien me quisiera ofrecer trabajo sin conocerme.

Aunque lo cierto era que había salido de casa sin mirarme al espejo y sí, pensé que la palabra *homeless* podría entrar dentro de mi definición actual. Tenía que hacer un recordatorio mental de no repetir modelo para salir a la calle.

—No te he ofrecido trabajo, te he preguntado si buscas trabajo —Su respuesta me dejó cortada. Sentí una vergüenza atroz por el malentendido en el que acababa de caer. El tipo era un poco borde sí, aunque si pensaba detenidamente en el inicio de la conversación, tenía razón.

—Lo siento, perdona —Mi cara debía ser del color de un tomate maduro, pero de los que se caían al suelo y se espachurraban, porque entre el bochorno y la guisa que llevaba, no era para menos—. Ha sido un

malentendido y yo...

Empecé a moverme por el bar como si fuese boba. Dejé la cerveza sin acabar en la barra y traté de salir por la puerta con la poca dignidad que me quedaba en el bolsillo.

Entonces, escuché una carcajada y eso bastó para que, con el día tan interesante que llevaba, me diese media vuelta y le quisiera decir cuatro cosas al viejo impertinente.

El señor, al verme, levantó las manos a modo de rendición e intentó dominar su ataque de risa.

—Lo siento, lo siento. Solo bromeaba. Te he visto con esa mirada de cordero perdido, que he pensado que reírte no te vendría mal.

¡Maldito humor irlandés! Estaba a un tris de estrangularlo (últimamente pensaba mucho en ello y tenía que empezar a frenar ese tipo de instintos), cuando me acerqué bien a él y me encontré a un señor de mediana edad, con cara de abuelito de *Heidi*, que hizo que me frenase y empezase a reírme con él.

No podía parar de hacerlo, llegó un momento en que me sujeté la tripa del absurdo ataque de risa que tenía. Supuse que lo necesitaba. Tenía que reírme de algo hoy, y no había nada mejor que hacerlo de una misma.

Sonó mi teléfono, comprobé que era Liam y lo ignoré. Necesitaba no escucharlo durante un rato.

—¿Algo de lo que no quieras hablar? —preguntó el cotilla, como buen camarero que era.

—Nada que no tenga solución con una cerveza en la mano —respondí con sarcasmo.

Se hizo el silencio por un momento, pero no era un silencio incómodo. Nos miramos como si no fuese necesario decirnos nada para que él supiese recoger el mensaje.

—Mallone —se presentó estirando su brazo.

Lo miré con signos de despiste en mi cara porque no lo entendía, de nuevo, muy a la irlandesa, hasta que me di cuenta.

—Perdón, Lucía —le devolví la mano y de nuevo el bochorno se apoderó de mi rostro.

Menos mal que mi color de piel era bronceado y lo pude disimular, pero este buen señor debía pensar que era idiota.

Mi teléfono volvió a sonar. Cómo no, Liam. Seguí sin contestar.

—Tal vez deberías responder la llamada, a lo mejor es importante — insistió el curioso camarero.

—Nada que sea para salvarnos del calentamiento global —repliqué sin querer añadir más.

—Bueno...si tú lo dices. Pero seguro que tu conciencia no está de acuerdo. Y bueno, a lo mejor nos salva del calentamiento global...

Camarero metomentodo y adivino. ¡Ya me caía mal! Bueno, tal vez solo un poco, porque algo de razón tenía y me fastidiaba.

El teléfono volvió a sonar y decidí que, si era Liam, solo por no ver la cara de Mallone (a fin de cuentas ya nos habíamos presentado), contestaría. Pero para mi sorpresa, la persona que me devolvía la llamada era mi querida Aurora.

—¡Nena! —saludó en el momento que respondí su llamada—, perdona que no te haya respondido antes, pero es que tengo un notición y estábamos celebrándolo.

—¿Notición?, por cierto, hola —me había dejado con la intriga y lo cierto era que preferí una noticia buena suya que una mala mía.

—Ayyy, nena, estoy tan feliz. No lo buscábamos, ¿sabes? Pero una noche se nos fue la olla y entonces...es que mi bombero tiene una puntería...

—¿Estás embarazada? —pregunté expectante.

—¡Sí! —respondió a voz en grito que pensé que la había oído medio Irlanda.

Di un grito de felicidad tal, que en ese momento pensé que era a mí a quien habían oído en media Irlanda, porque en Dublín, seguro. Hasta Mallone, mi camarero cotilla me miraba mal, por lo que contuve mis exabruptos latinos y saqué mi felicidad a pasear. Y la realidad era que, si algo deseaba con fervor Aurora, era tener hijos; y como sacasen el ADN del padre y de la madre, serían preciosos. De repente, Liam me vino a la cabeza y pensé en su ADN. Un hijo de Liam. Entonces reparé en que él ya tenía uno y que tal y como se estaban poniendo las cosas, no teníamos para pan, como para

andar con estampitas.

Echamos unas risas con la puntería de Óscar, su marido. Con lo precipitado que había sido todo (no podía hablar yo de decisiones precipitadas, precisamente), de su felicidad, que no significaba que yo lo no fuese, pero tenía una rara sensación que no se me quitaba del pecho.

—¿Qué te pasa? —me interrogó Aurora cuando notó que no la escuchaba.

—No sé, bueno sí lo sé. Es Liam.

La conté con detalles todo lo sucedido con Liam hasta la fecha. Sus suegros, Thomas, la puta de la Moira (era puta, no me juzguéis que estabais pensando lo mismo que yo) y en todo el lío en el que sentía que me estaba metiendo y que me aterraba. Y lo peor de todo era que, no supe por qué, puesto que era abogado y sabía enfrentarme a situaciones complicadas, pero esta se me escapaba.

—¿Sabes lo que te pasa? —preguntó después de escuchar mis lamentos.

—¿Qué? —respondí con la respuesta de ella sobrevolando mi cabeza.

—Pues que estás enamorada y por primera vez tienes miedo de que no sepas afrontar todo lo que se os viene encima, porque no lo puedes controlar. Tú, la que lo controla todo.

—Es que...

—Es que Liam ha entrado como un torbellino en tu vida, y no solo en tu rutina, sino también en tus emociones. Lo siento nena, pero vas a tener que aprender a gestionarlas, porque llevabas tantos años instalada en la rutina emocional, que esto es empezar de cero. Y ahí tú tienes la última palabra — Su explicación no me sorprendió porque me conocía de toda la vida, tampoco era algo que no supiese, pero la certeza de saber lo que me iba a responder, me asustaba.

—¿Y qué pasa si no funciona? —Quise indagar en la respuesta por más miedo que me diese saberla.

—Te lo has jugado todo a una carta, ¿temes perder? ¿O es que ya te estás rindiendo? —Sabía que me iba a decir eso, el problema era que aún no conocía la respuesta.

—No quiero rendirme.

—Esa respuesta no me vale —replicó medio enfadada.

—Pero es la respuesta que ahora puedo dar.

—Entonces, nena, empieza a plantearte qué clase de vida quieres, porque está visto que, por el momento, la vida al lado de Liam no va a ser fácil, así que, dado que vuestro camino juntos no va a ser el de rosas que esperabas, ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar para que funcione? Te recuerdo que tienes treinta y dos años y esto no es un juego de niños, ya no.

Aurora tenía razón. Si quería que esto funcionase, más me valía cambiar la perspectiva con respecto a mi relación con Liam. Llegué a Dublín pensando que mi vida a partir de entonces iba a ser el camino de rosas del que hablaba Auro, que no digo que en parte no lo fuese, pero la realidad con la que me estaba encontrando era otra. Sería mejor que empezase por calibrar esa parte. Aunque debía admitir que me iba a ser difícil. Tenía dos frentes en contra, la inmadurez emocional y la inexperiencia en pareja, ya que por más que hubiese estado tantos años con Julián, no había aprendido mucho.

—Supongo que tienes razón, Auro. Será mejor que hable con Liam...

—Y empieces a comportarte como la persona adulta que sabes que eres — me interrumpió en su afán de reafirmarme en mi decisión—. Y que por primera vez en tu vida, luches por algo que realmente te importa. Sin miedo. Piensa que unas veces se gana y otras se aprende. ¿Con cuál de los dos finales te quieres quedar?



Capítulo 15

Nos despedimos con la promesa de que la mantendría al tanto de nuestras evoluciones (o retrocesos, según se mirase) y con una fecha para que me hiciese una visita a Dublín y así poder tocar su barriguita de mami primeriza. En dos meses.

Entré de nuevo al bar para dejar mi jarra ya vacía, cuando el camarero se me quedó mirando.

—¿Una conversación fructífera? —. Otra vez el camarero cotilla al acecho.

—Mucho —le contesté sin muchas ganas.

—Se te nota en la cara —recogió una de las jarras de cerveza de la barra para limpiarla con un paño—, ¿sigues buscando trabajo?

—No sé por qué lo pregunta —respondí sin tutearle para marcar la distancia que él mismo se había encargado de estrechar—, en ningún momento he dicho que busque trabajo.

Recogí mi bolso del asiento que estaba a mi lado para disponerme a salir, pero Mallone, el camarero más cotilla del mundo parecía empeñado en que no lo hiciese.

—Si alguna vez, lo necesitas, acércate.

Me giré para salir por la puerta cuando caí en la cuenta de no entendía el motivo de su insistencia en lo de buscar trabajo.

—¿Por qué insiste en lo del trabajo?

Se quedó pensativo y miró a su alrededor.

—¿Ves las fotos de las personas que pasaron por aquí?

Miré y asentí.

—Algunos de ellos vinieron aquí como tú, perdidos, y un día se encontraron y hasta hicieron historia. Me da la sensación de que tú vas a hacer historia —me dijo con total convicción.

Lo miré, me miró y nos empezamos a reír como bobos. ¡Maldito humor irlandés!

—Por un momento casi logras que te crea —Las risas continuaron y la verdad era que sentí algo de liberación interior—. Ahora sí. ¿Por qué?

—Porque me has caído bien nada más verte.

—Muchas gracias, pero de momento no busco empleo —y era cierto, de momento no lo buscaba y más ahora que Liam me necesitaba más de lo que imaginaba.

—Insisto en que yo no te lo he ofrecido —continuó con la broma mientras me guiñaba un ojo—, pero si algún día te apetece tomar una buena pinta, ya sabes dónde estamos.

—Adiós, Mallone — me despedí cortés antes de irme.

—Hasta pronto, Lucía —se me quedó mirando mientras salía hacia la puerta con una sonrisa en la cara, justo la que no traía al llegar.

Llegué al barrio. En el trayecto, Liam me había vuelto a llamar y, lo cierto era que prefería decirle las cosas a la cara. No estaba de humor para hablar por teléfono.

Estaba preocupada por él, y esa preocupación se extendía a lo nuestro. Deseaba aclararle bien las cosas porque no quería que esto se me fuese de las manos definitivamente. Pensé en las veces que me había llamado, lo que denotaba también su inquietud. Pero no debía ser tal, cuando al acercarme a la puerta de casa vi a Liam en la puerta riendo las gracias de mi querida Moira. Y es que; parecía ser, que en mi ausencia, la buena niñera apareció para alegrarle la mañana. Estaba por tirarla de las greñas pelirrojas y sacarla a patadas de mi casa (sí, mi casa, que ya iba siendo hora de que me lo creyese). Sin embargo, prevaleció la cordura en la señora abogada que llevaba dentro y me acerqué con una sonrisa en la cara. ¿Ella reía, yo también? A tomar por culo.

—Hola, cielo. —Me aproximé a Liam y le di un casto pero sensual beso para saludarlo. Habría sido más efusiva, pero estábamos en la calle y no era plan de armar un espectáculo público—. Moira... —la saludé con una leve inclinación de cabeza pero con mi falsa sonrisa bien puesta.

—Hola Lu. He traído a Thomas y me he quedado haciendo compañía a

Liam hasta que regresaras. Ha dicho que habías ido a hacer un recado, pero vienes sin bolsas —afirmó mirando mis manos vacías.

A esta niña la iban a tener que tener que reconocer por las huellas dactilares, porque me estaba empezando a hervir la sangre y estaba a punto de soltarle hostias hasta que llegase *Saint Patrick*. Miré a Liam alzando la ceja interrogante. ¿Por qué la daba explicaciones? ¿Quién le había dado permiso para tener confianzas conmigo y llamarme Lu?

—Me dejé la cartera en casa y ni me di cuenta —solté una risa tonta para disimular que estaba a punto de aplastar dos cabezas contra el suelo, la suya y la de mi sexy bombero que no atinaba para dónde mirar—. Voy a buscarla en la habitación, cariño. Creo que anoche se me cayó al suelo al lado de tu mesita—Miré a Moira y sonreí maligna—. Ya sabes, la efusividad...

¡Bravo, Lucía! ¡Cien puntos de infantilismo para mí!

Liam me miró serio, era consciente de que lo que acababa de hacer estaba mal, muy mal, pero es que esta niñata me sacaba de mis casillas. Inspiré con disimulo y, en mi fuero interno, tenía que admitir qué no debería haberlo hecho. Así que, con toda la calma que me permití a mí misma y para mantener las distancias con la pelirroja, entré en la casa y subí como un rayo a la habitación para tratar de serenarme.

No me había dado tiempo a quitarme la chaqueta, cuando el pequeño Thomas entró por la puerta en su línea, como un rayo.

—¡Mira; Lucía lo que me ha regalado Moira! ¡Es una pasada!

Se acercó a mí con un videojuego en su poder como si fuese el mayor tesoro guardado de la humanidad. Me lo entregó con toda la ilusión del mundo y yo acepté satisfecha de que, por fin hubiese confiado en mí para contarme algo por primera vez. Pero la sonrisa de mi cara se tornó a espanto cuando vi el video juego en cuestión. Y es que, la buena de Moira, no había tenido otra idea más inteligente que regalarle al crío un juego de alto contenido violento. ¡Esta niña no era más tonta porque no era más grande! ¿Y esta persona había cuidado durante tres años a un niño? No quise ni pensar qué clase de educación le habría estado dando hasta ahora. Bueno sí lo sabía, la de malcriarlo continuamente y apaciguar todos sus caprichos a base de cosas materiales, cuando lo que Thomas necesitaba era amor y valores.

—Cielo, este juego es para mayores, ¿no crees?

Thomas me miró como si me hubiesen salido los cuernos del mismísimo diablo y frunció el ceño.

—Es un juego que yo siempre quise tener y como papi no me lo quiso comprar, pues se lo he dicho a Moira y lo ha hecho...

¿Le habría explicado Liam el motivo por el que no se lo quiso comprar? La reacción del niño me hizo pensar que no.

—Cielo es mejor que se lo llevemos a tu padre y él...

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. Me lo ha regalado Moira y no lo voy a devolver —Me interrumpió con la mayor arrogancia que jamás me imaginé de un niño de siete años, pero lo peor era que tenía razón, yo no era nadie, aunque tampoco era tan estúpida como para dejar algo así en el tintero.

—Será mejor que hable con tu padre de esto.

—¡Tú no vas a decir nada! —Su orden me dejó helada. Definitivamente, esa negación a la autoridad solo reafirmaba lo que pensaba de Moira, y lo peor de todo, era que Liam había dejado en sus manos ese tema sin realmente preocuparse por lo que le estaba enseñando al niño.

—¿Quién no va a decir nada? —. Liam entró en la habitación justo en medio de la gresca con la dulce criatura.

—Liam...—Thomas se adelantó y me suplicó con la mirada que no dijese nada.

Un momento, acababa de caer en la cuenta de algo. ¿Era un manipulador? ¿Buscaba una aliada en mí? No me lo podía creer, este niño era un bicho. Le gustaba jugar con los adultos para salirse con la suya, y aunque en el fondo me daba pena por él, porque todo lo que necesitaba era que lo quisieran, mi conciencia me dictaba que no se le podía dejar actuar así, porque si ahora era así, miedo me daba con quince años.

—Liam, Moira le ha comprado, sin tu consentimiento, un videojuego a Thomas que creo que no es apropiado para un niño de su edad —La cara de Thomas iba cambiando de tonalidad a una rojiza que mostraba la furia que le salía de su interior—. Y tal vez deberías hablar con ella sobre las cosas que le compra.

Lo dije con la mayor suavidad que me salió. No pretendía meterme en la educación del niño, pero creí que se debían cumplir unos mínimos, y la pelirroja se los saltaba a su antojo, pero es que imaginé que Liam ni lo sospecha.

Liam me miró y miró a Thomas. En su cara había una mezcla entre confusión, desconocimiento y enfado que no sabía cómo calibrar, lo que me indicó que tampoco iba a medir su reacción.

—Thomas —Se acercó a él y se puso a su altura—. ¿Me enseñas el regalo de Moira?

El niño estuvo en la tentación de negarse pero sabía que conmigo en su contra tenía todas las de perder, así que lo mostró a regañadientes.

Liam lo examinó, me miró a mí y volvió a mirar al niño con toda la ternura que pudo reflejar, a fin de cuentas era su hijo y supuse que sabía cómo manejarlo.

—¿Conoces algún niño de tu edad que juegue con este videojuego? —Ahora sí, el niño negó con la cabeza, bueno al menos no mintió—. ¿Sabes que este juego es para mayores, verdad? —Entonces Thomas asintió avergonzado—. ¿Por qué lo has comprado?

—Porque es un juego muy famoso y todo el mundo lo quiere, y papi...

—Cielo, este juego de momento no es para ti.

—Pero papi...

—Liam es mejor que...

—¡Tú no digas nada! —Me gritó ante mi consternación—. ¡Te pedí que no dijese nada y te has chivado! ¡Eres mala! ¡Ojalá mi papá te eche de aquí pronto!

Y dejando la conversación a medias, huyó a su cuarto donde se encerró y lloró enrabiado.



Capítulo 16

Me dolió. Bueno, más que dolerme lo que me dieron ganas fue de ir a la habitación y asfixiarle con la almohada, pero mi yo apaciguador, me pidió contar hasta diez y no lo hice. Por otra parte, lo que más me molestó fue que Liam lo había dejado correr. ¡Por Dios, cómo iba a dejar que su niño llorase así!

Ahí estaba la pega real del asunto. Donde yo veía un fallo, Liam ponía una excusa para que el niño no se enfadase. Pues como todo fuese así con el niño, podría (y digo podría porque no lo querría en realidad) entender los motivos por los que Erin se quería llevar al niño. Sin embargo, me constaba por lo hablado con Liam, que los brazos de su abuela tampoco eran los más adecuados, entre otras cosas, porque estaban llenos de rencor hacia su ex yerno, y seguro que querría jugar esa baza para ponerle a su hijo en contra.

La otra parte era que Moira metía mucha mano, demasiada, puro interés femenino, pero no le hacía ningún favor al niño. Porque después de “la no charla”, Liam llamó a Moira para pedirle explicaciones y ella se cubrió las espaldas con la eterna frase, «yo no sabía, pensaba que sí le dejabas, lo siento, cielo».

Liam y yo comimos solos. Su mala cara era visible a cien kilómetros a la redonda. Casi no hablamos y la sombra del cabreo de Thomas era alargada. El niño había dicho que no iba a comer y Liam cedió a sus pretensiones con una nueva excusa. Era una situación complicada que se sumaba a la que ya traíamos de esta mañana. Los problemas se estaban desencadenando sin ni siquiera quererlo y me empecé a alarmar.

Me disponía a recoger la cocina cuando vi que Liam salió sin decir nada, subió a la habitación de Thomas y se encerró con él. Mi instinto cotilla me llamaba a intentar escuchar algo, sin embargo no fui capaz de oír nada por más que intenté poner atención. Al cabo de un rato, volví a escuchar la puerta

del cuarto de Thomas y escuché los pasos de Liam acercándose. Me estaba poniendo nerviosa por momentos. No quise ni mirar. Se paró en la entrada y se quedó ahí, me pareció ver que me estaba observando. Seguí sin mirar. Mi chismosa interior tenía miedo de hacerlo y no gustarle lo que viese. Cuando pensé que iba a darse media vuelta y salir por la puerta, le escuché entrar despacio y se colocó detrás de mí; tan cerca que, si me hubiese girado, hubiese podido abrazarlo. En cambio, sentí cómo empezaba a olisquear mi pelo. Puso las manos en mis caderas y me acercó a él todo lo que pudo. Me besó la coronilla y suspiró derrotado.

—Hueles a amor —susurró en mi oído—. Es olerte y sentir paz y hoy lo he echado mucho de menos.

Suspiré, necesitaba escucharlo hablar. Me giré en su abrazo y me puse cara a cara con él. Quise abrazarlo pero no podía. Mis manos se habían quedado aprisionadas entre mi torso y el suyo; aunque no me importó, porque así aproveché y le devolví las caricias a mi modo. Cerré los ojos y saboreé esa sensación de paz de la que él mismo me hablaba y que renovaba mis sentimientos. Estábamos muy enamorados y eso convertía en más complicado si cabía todo lo que empezaba a pasar a nuestro alrededor. Porque nos afectaba; sin embargo, aspiraba a que nos hiciese crecer como pareja.

—Liam, tenemos que hablar de lo que ha pasado hoy —le pedí porque pensé que había cosas en el aire que resolver y, si no lo hacíamos se convertirían en una bola de nieve que nos podía estallar en la cara, sobre todo en lo que a Thomas se refería

—Ajaaaa —susurró pegado a mi frente con una suavidad que si no fuese por el momento empezaría a ponerme juguetona.

—No estamos haciendo las cosas bien —Liam me acarició y empecé a verlo venir, porque sus manos tomaban caminos peligrosos.

—No quiero discutir contigo, nena. Eres la única persona con la que soy capaz de tener equilibrio interior y, si discutimos, temo que eso se rompa.

Me aparté todo lo que pude de él y lo miré enarcando una ceja.

—Liam, ¿eres consciente de lo que acabas de decir? —le pregunté desconcertada.

Se revolvió conmigo en sus brazos como si fuese un niño pequeño al inicio de una pataleta.

—Por favor, ¿tenemos que hacerlo ahora? —preguntó pegándome a él de nuevo.

—Hacer, ¿qué? ¿Hablar? —Retomó sus caricias intentando descentrarme, pero no debía caer rendida a sus endiablados encantos—. Debemos hacerlo, es importante —añadí con un tono de voz menos firme de lo que hubiese querido debido a su cercanía.

Acercó su boca a mi cuello. Exhaló el aire justo como para que se me pusieran los pelos de punta y le noté sonreír. Era un cabrón, sabía perfectamente el efecto que había tenido en mí ese simple gesto.

—Me encanta saber lo que te provoco. Se está convirtiendo en una adicción.

Y de repente me soltó, cogió mi mano y tiró de mí hacia el salón.

—¿Qué haces? —le pregunté sorprendida del cambio de tercio.

—¿No querías hablar? Entonces hablemos y resolvamos esto. Porque no puedo soportar un minuto más sin besarte.

Este era Liam, el que conocí en la boda de Aurora. Directo. Me dejaba sin palabras con este tipo de actitud. Tan pronto infantil, como resolutivo. ¿Era algo bueno? No lo sabía, pero quería averiguarlo.

—Tengo miedo —. Su confesión me sorprendió en medio del salón.

—¿De qué? No voy a dejarte solo en esto. ¡No voy a dejarte! —afirmé con rotundidad, una que no me imaginaba en mí misma.

—De eso mismo, de que una vez que descubras bien toda la mierda que me rodea, huyas despavorida —lo dijo apenado, yo diría que hasta casi cauteloso; sin embargo, podía entender sus motivos, aunque no los compartiese.

—¿Has matado a alguien? —pregunté con sarcasmo.

Ahora el que alzaba una ceja era él y hasta casi sonrió, y era casi porque su cara se entristeció segundos después.

—No quiero meterte en esto y que sufras por mi culpa —. Sus palabras me llegaron al alma porque sabía lo que quería decir, sin embargo ya era demasiado tarde, estaba metida hasta el fondo.

—No se trata de que esté metida o no. Somos una pareja y tenemos que afrontar las cosas juntos —admití intentando hacerle entender que esto era lo que había, y que como diría mi padre, en una situación así, no eran huevos al gusto—. No quiero que me hagas a un lado para que yo no sufra, ¿lo entiendes? Pero también debes ver que no todo lo que te rodea es adecuado, y lo digo por...

—Thomas. —Me interrumpió a sabiendas de lo que iba a decir.

Se sentó en el sofá y se agachó agarrándose la cabeza con desesperación. Lo cierto era que debía ser muy complicado estar en su lugar.

—Sé lo que quieres decir, pero intenta entenderme, nena. Es muy difícil criar a un niño en medio de una batalla judicial con la arpía de su abuela.

—Pero Liam... — Me acerqué a él para agacharme también y ponerme a su altura—. No le haces ningún favor al niño dejándole hacer lo que le dé la gana. ¡Por eso no le vas a querer más ni él a ti!

—Habla la voz de la experiencia...

Me acababa de dejar alucinada con lo que me había soltado. Me levanté y giré en dirección a la salida para largarme de ahí antes de que le soltara algo de lo que me arrepintiese después. Pero no me dio tiempo a llegar a la puerta, porque Liam ya me tenía sujeta contra la pared antes de haber tocado el pomo.

—Perdón, perdón, lo siento. Soy idiota, lo siento —se disculpó arrepentido—. Joder, te digo que no te quiero involucrar por miedo a perderte y yo solito lo provoqué.

Intenté no mirarlo aunque no pude. Su mirada triste me taladraba y la realidad era que yo tampoco quería estar enfadada con él, pero me había ofendido y menospreciado, y las cosas no se resolvían así.

Procuré ser objetiva con todo esto, pero su forma de mirarme me podía.

—Liam, no puedes decir algo así y pensar que no haces daño con tus palabras. Una cosa es que tu hijo me diga que me odia y que soy su peor enemiga por ser una chivata; y otra es que tú sueltes algo así y pienses que todo se arregla con pedir perdón. Me preocupa el hecho de que en realidad lo pienses, y eso no va a facilitar nada nuestra relación.

—No lo pienso. Es cierto que no tienes experiencia como madre, pero no

lo pienso.

Nos quedamos unos segundos en silencio a la espera de que el otro diese un paso. Sin embargo, todo quedó en eso, porque oímos los pasos de Thomas en el pasillo, lo que indicaba que su estómago debía estar gritando y buscando comida, con lo que dejamos pospuesta la conversación y salimos en busca de mi pequeño enemigo.

Thomas llamó a su padre, se abrazaron en el pasillo y el niño me miró de una forma que no supe si era buena o mala, solo sabía que yo no iba a ceder ni un paso en mi forma de ser con él. Como bien decía su padre, no era madre, pero la palabra educación debía de empezar a entrar en su pequeño cerebro.

Mientras, nuestra relación estaba en puntos suspensivos, como con su padre.

De nuevo me vi en la cuerda floja.



Capítulo 17

Moira me saludó, me dio dos besos a la española y pasó. Sonrió de una forma que provocó que se me erizase la piel. Me sentía angustiada, no supe por qué. Me dijo que iba a subir a recoger a Thomas para llevárselo al parque de atracciones. Esa pelirroja no me gustaba nada, sin embargo, yo asentí como una autómatas y la dejé subir sin rechistar. La angustia iba creciendo por momentos. Cerré la puerta de entrada e iba a dirigirme a la cocina, cuando un presentimiento me hizo recular y cambié de dirección. Algo extraño sentí dentro de mí. Me toqué el pecho y la ansiedad se intensificó. Esa zorra había venido con malas intenciones y me fui a por ella para sacarla de los pelos de esta casa.

Una vez que alcancé el pasillo, me detuve. Lo pensé por un segundo y en vez dirigirme a la habitación de Thomas, una sensación extraña me decía que tenía que ir a la nuestra. Me situé frente a la puerta e intenté escuchar el ruido del interior, pero no se oía nada. Lo cierto era que si ponía atención, tampoco escuchaba nada en la habitación de Thomas. El corazón cada vez me latía más rápido, el pánico se empezaba a apoderar de mí.

Liam...

No me lo pensé dos veces y, con las manos y las piernas como gelatina, abrí bruscamente y me encontré la escena que tanto miedo tenía de ver...

Gracias al cielo, un manotazo de Thomas hizo que me despertara y mi pesadilla acabase.

Solo estaba soñando. Me llevé las manos a la cabeza y noté el sudor que el sueño me había provocado, aún conservaba la angustia en el pecho y me di cuenta de que ese miedo se estaba empezando a materializar en un sentimiento mucho más tangible. No era que no confiase en Liam, más bien era que no me gustaba nada Moira.

Necesitaba levantarme y pisar el suelo firme. No me agradaba sentirme

así, nunca antes me había sucedido. Miré a mi derecha y Liam dormía como un bebé, y un poco más cerca de mí, Thomas también. Otra noche más compartida.

Salí de la habitación y fui a la cocina a beber un vaso de agua. Tal vez me hubiese venido mejor un whisky, pero consideré que era más saludable no llegar a ese punto, al menos no todavía.

Después del lío con el videojuego, las cosas andaban estancadas en casa. No era que hubiesen empeorado, pero estaban «raras». Liam se comportaba como si nada hubiese pasado, y Thomas, como el niño malcriado que era, ya empezaba a poner todas sus cartas sobre la mesa y hacía lo que le daba la real gana.

Erin no había vuelto a aparecer desde aquel aciago día; pero es que, como gracias a ella, andábamos de nuevo en revisiones con la asistente social, fue lo suficientemente inteligente como para no plantar un pie aquí, ya que si había una cosa en la que Liam y yo sí estábamos de acuerdo; era en echarla con cajas destempladas si aparecía. Eso sí, le llamaba al crío por teléfono, y lo hacía con tanto amor (véase el sarcasmo de estas palabras), que solo le calentaba la cabeza con cuestiones y promesas absurdas.

Y luego estaba Moira. Si al principio entró con timidez, de repente empezó a aparecer cuando le venía en gana. Hasta ayer, que la tuve que parar los pies porque pensaba auto invitarse a cenar en casa y, aprovechando el alboroto, con toda la educación que pude, le puse una serie de normas para venir a ver a Thomas y, de paso, degustar la compañía de Liam (eso no se lo dije pero sí lo pensé). Porque encima, la muy zorra siempre se presentaba cuando estaba Liam en casa y es que claro, todavía se debía saber su cuadrante laboral, ya que ella sabía todo lo que sucedía aquí hasta hace casi dos meses, que es lo que llevaba yo en ella. Dos meses ya.

Estaba frente a la ventana. Os había dicho cuánto me gustaba quedarme mirando a través de esta ventana, ¿verdad? Era una sensación de paz que me devolvía las energías robadas por una parte de esta extraña familia.

Bebí el agua; y sentí cómo ese líquido sinsabor atravesaba mi garganta y la refrescaba como si fuese la mejor cerveza del mundo. Tenía la garganta seca y ni me había percatado de ello.

Y mientras dirigía la cabeza hacia el techo e inspiraba profundamente, sentí las manos de Liam abrazarme por detrás, lo que me provocó una mayor inspiración. Era reconfortante, mucho, sentirle así. Lo necesitaba. Estas dos semanas habían sido complicadas y, encima con sus horarios, apenas nos habíamos visto. Lo que me recordaba lo mucho que le echaba de menos. Y estaba claro que él también a mí.

—Vamos al desván —me susurró mimoso al oído.

—¿Al desván? ¿Como dos adolescentes que buscan un lugar donde follar? —respondí algo ofendida.

Pero reconocí que, como Thomas dormía con nosotros casi todos los días, hacer el amor se había convertido en toda una aventura. Así que deseché la posibilidad de ofenderme de la cabeza, me giré en sus brazos y lo seguí hasta la planta superior.

Eran las dos de la mañana y necesitaba que me hiciese el amor. Lo necesitaba urgentemente. Me di cuenta de que él también; cuando vi que abría la puerta del desván con llave, raro en él que lo tuviese cerrado; y, comprobé el interior.

No se trataba de que hubiese hecho una gran obra de ingeniería, no. Fue el detalle en sí. Había habilitado una parte del desván y estaba convertido en una pequeña habitación.

El colchón de camping lo había inflado y le había colocado unas preciosas sábanas de seda azul celeste. Había unas velas perfumadas esparcidas por el suelo que por supuesto, estaban sin encender porque esto era algo planificado para otro día, pero estaba claro que la necesidad apremiaba. Sin embargo, me daba igual que estuviesen o no encendidas. Vi la cama y me excité por la anticipación. Y un detalle que hizo que me tirase a sus brazos: pétalos de orquídeas irlandesas esparcidos por el suelo desde la puerta hasta llegar a la cama. Eso suscitó que me enamorase de él un poco más y olvidase los tensos días que habíamos vivido últimamente, porque había recordado una conversación que tuvimos el primer fin de semana cuando estuvimos paseando por *Phoenix Park*, ya que me fijé en unas preciosas orquídeas con un precioso y brillante color morado y le pregunté de dónde venían; en ese momento, me explicó que eran típicas de aquí. Me quedé con su color, pero

sobre todo con el aroma que desprendían por el paseo en el que estábamos. Y ahora iba y me venía con esto, ¿no era para comérselo?

Entré en el desván hasta el fondo y lo recorrí con la mirada. Obviando el desorden de la entrada, si te quedabas tan solo con los elementos que él había acondicionado, era como sentirte en un pequeño paraíso. Me giré hacia él y lo miré.

—Liam...no, no sé qué decir —balbuceé porque estaba sin palabras—. ¿Cuándo demonios has preparado esto si estás todo el día trabajando?

Y lo que me respondió me pareció tan tierno y sexy que provocó que una revoltosa lagrimita se escapase por mi mejilla.

—Esta semana, mientras dormías.

Con sigilo, pero con toda la rapidez que me permitía la noche, corrí hacia sus brazos y lo besé con toda la pasión que llevaba guardando en el bolsillo estos días. Me agarré a él fuerte, muy fuerte porque sabía que a mi chico no le iba a hacer daño, y es que era mi buenazo fortachón.

—¿Por qué? —le dije sin entender el motivo por el que lo había hecho y porque sabía que necesitaba las respuestas a todo.

Se lo pensó, miró hacia el techo, me volvió a mirar y, entonces apretó su abrazo.

—Porque doy gracias al destino por tener la suerte de haberte encontrado. Y porque mañana hace tres meses que llegaste.

Y así, sin dejarme responder me besó. Aunque este beso no fue salvaje, no. Fue un beso suave, pero entregando todo de sí mismo, sin reservas, un roce que destapaba toda la esencia de Liam, la auténtica. Esa que reservaba solo para mí, como cuando nos acostamos por primera vez en Madrid. Se estaba desnudando, pero esta vez desde dentro. Era lo que sentía hacia mí pero en vivo y a todo color; pura alta definición de mi bombero favorito. Sacó la lengua con timidez y poco a poco me saboreó, me incitó y la introdujo en mi interior con mimo, como si mi boca fuese un dulce caramelo que había que degustar sin prisa. Y como tal, me deshizo.

Sin darme cuenta noté cómo nos íbamos acercando a la cama y me sentó en ella. No sería la cama más cómoda del mundo, pero ahora mismo; me daba igual que lo hiciésemos hasta en el mismo suelo, solo quería que

estuviese dentro de mí y punto.

Se separó un momento y cogió un mando a distancia que tenía encima de un baúl. Pulsó un botón y empezó a sonar una suave música en la habitación. El delicado sonido de un teclado electrónico nos envolvió y cargó la atmósfera de sensualidad.

Sonreí porque reconocía la canción. Era una preciosa balada del grupo *Dream Theater*, *Wait for Sleep*. Tenía toda la intención de hacerme el amor con una canción que le gustaba mucho y me la entregaba a mí, como con el beso.

Se movió hacia mí con los acordes del teclado, despacio, sutil. Llegó a mi altura, se agachó y empezó a besar mi pierna. Iba recogiendo a su paso el camisón hacia arriba hasta dejarlo en mis caderas. Sus besos siguieron el reguero de las manos y me rozaban haciendo un viaje provocador. Mientras me besaba, me empujó hacia atrás en la cama para abrirme bien de piernas y encajarse lo suficiente para poder devorarme a placer. Bajó las bragas con suavidad hasta dejarlas en el suelo. Las apartó y reinició su camino hasta mi monte de Venus, pero esta vez con tan solo el roce de su nariz.

Inspiré profundamente y contuve el aire hasta que sentí cómo su lengua rozaba mis labios y trazaba un dulce camino hasta el clítoris. En ese instante, solté el aire contenido y me mordí el brazo para no gritar. Era como intentar tocar el cielo a sabiendas de que era imposible. Era Liam en estado puro. Comenzó su juego lamiendo mis jugos que, con mi nivel de excitación, sentía cómo se iban extendiendo más allá de mi centro. Gemí bajo, casi en un susurro, aunque en realidad quería gritar, que su nombre se oyese en la otra punta de Irlanda. Sin embargo, recordé a Thomas en el piso de abajo y me contuve. Paró, protesté, se rio, lo miré mal. Una pequeña lucha que parecía tener un fin, al menos para él, yo de momento me sentía frustrada, y él lo sabía.

Poco a poco fue ascendiendo por mi cuerpo, recreándose en su juego, incitándome. Era un maldito provocador nato. Siguió con su reguero de besos. Cadera, ombligo, abdomen hasta llegar a mis senos, donde devoró las areolas como si fuesen un pastel, hasta todo lo que le cabía en la boca. Fue entonces cuando gemí alto, desgarrada, como si todo el sentimiento que había

contenido hasta ahora saliese en tromba y ya no hubiese quien lo parase.

—Así me gusta, que mi chica no se guarde nada —musitó mientras se dirigía al cuello—, ahora veamos lo que haces cuando haga esto.

Con su lengua rozó el lóbulo de la oreja y yo ya me había perdido en las sensaciones. Mis pensamientos se convirtieron nebulosas y no fui capaz de articular palabra, solo podía sentir. Sentir y gemir. Liam no se quedaba atrás, uno de sus gemidos se unió a los míos cuando sintió mi mano rodear su miembro y provocó que se encogiese de placer. Mi niño era grande, sin embargo se hacía chiquito entre mis manos.

—Ahora veamos...—Me costaba hablar pero no me quería quedar con las ganas de decir lo que pensaba en ese instante—, qué dices tú ahora.

Moví la mano de arriba abajo de su pene y sus gemidos aumentaron. Se estaba deshaciendo, lo advertí al ver cómo se le erizaba el vello de los brazos, estaba a punto.

—Para, para —gimió de nuevo—, o termino antes de empezar.

Paré sin ganas, pero lo hice porque lo quería dentro de mí ya. Y mi mirada debía reflejar lo que sentía, porque no tardó ni un segundo en abrirme de piernas y entrar de un solo movimiento en mí. El grito de ambos se debió haber escuchado, ahora sí, en todo el vecindario.

Se movía, me movía y bailábamos a un ritmo enloquecedor. La necesidad de ambos era tal, que por un instante, olvidamos dónde estábamos. Solo éramos él y yo. Nos necesitábamos y eso era inapelable. Estas semanas sin apenas tocarnos tan solo habían servido para unirnos más y eso me asustaba porque amar así podría hacerme pedazos.

El trepidante movimiento que ejercíamos nos acercó al orgasmo. Por un instante nos miramos, y; era esa mirada la que me asustaba más si cabía; porque Liam tenía una lágrima perdida en la mejilla, una lágrima que besé y que me provocó una a mí.

—Ya —afirmó convencido de saber lo que me pasaba—. Ya, mi niña. Siento lo mismo que tú.

—Liam...—sollocé en el instante en que el orgasmo me asolaba y me hizo perder de nuevo el sentido, como a él, que me siguió con mi nombre en su boca y la angustia de saber que nos amábamos tal vez demasiado.

Tras esa confesión entre miradas, nos dormimos un segundo porque teníamos que volver al lado de Thomas y seguir con la vida real, esa que, a veces era tan agri dulce.

Felices tres meses de estancia.



Capítulo 18

Café. Palabra mágica donde las hubiese. Apenas había podido dormir. Estuve preocupada por Liam toda la madrugada. Sabía que había tenido una salida de emergencia y no pude evitar darle vueltas a la cabeza.

Además, mañana tenía la entrevista con la asistente social y sabía que no estaba bien, aunque no lo dijese, no lo estaba.

Hacía una semana de nuestro sensual encuentro nocturno, que hubiésemos repetido varias veces estos días de no ser por el horrible turno de trabajo de mi chico. Vendría cansado, llevaba toda la semana de noche; así que cumplí con mi ritual que se estaba convirtiendo en una bonita rutina de esperarlo mirando por la ventana. Siempre llegaba con cara de agotado, pero feliz. Su trabajo le encantaba, aunque lo que más le gustaba, según él, era verme esperándolo llegar desde la ventana, decía que le quitaba todos los malos rollos de la cabeza.

A lo lejos lo vi llegar con el coche. Aparcó y cuando iba a salir, tuve que mirar dos veces para creer lo que estaba viendo. ¿Qué coño hacía Moira a las ocho de la mañana aquí? La iba a matar, juro que la iba a matar. No sabía si envenenarla con un café o retorcerle el cuello con eso que hacía llamar minifalda.

Liam salió del coche e hizo un amago de saludo con sonrisa incorporada (a ver si al que tenía que zumbiar era a él, sabía perfectamente la tirria que le tenía a la pelirroja). Se pusieron a charlar y, debía de ser algo la mar de interesante porque Liam le siguió la conversación. De pronto, Moira se le acercó e intentó besarlo. Liam se sorprendió y levantó los brazos para pararla, pero ella intentó un nuevo acercamiento. Mi corazón estaba latiendo desbocado. ¡Sería zorra! Estuve a punto de salir a ponerle los puntos sobre las íes a esa pequeña pécora, cuando vi que Liam le hizo literalmente la cobra y con un giro de cadera la evitó hasta poder apartarse unos pasos de ella.

Entonces ella lo llamó a gritos y Liam se giró para encararla, momento que ella aprovechó para señalarlo y pude escuchar perfectamente que le decía:

—¡Te vas a arrepentir, Liam! ¡Se lo voy a contar todo a ella y te va a dejar tirado!

¿Que me iba a contar qué? Esas palabras me pusieron los pelos de punta, pero lo que me dejó sin reacción fue la respuesta de Liam.

—Ella lo sabe todo de mí, sabe que estuve contigo y, como ves, sigue ahí.

¿Algo que añadir? Sí, que en cuanto entrase por la puerta le iba a dar un beso que se iba a quedar sin habla.

Sin decirle ni adiós, se fue, dejándola tirada en medio de la calle. Sin embargo, la muy perra, no se movió, solo giró la cabeza hacia mi posición y me encontró ahí mirando. Me lanzó una falsa sonrisa, dio media vuelta y se piró con la cabeza bien alta. ¡Iba de digna! Alucinada me dejó la chiquilla. Lo que era la edad con una sobredosis de arrogancia.

Comprobé que Liam entraba en casa y cerraba de un portazo. Vale sí, alegre no venía, pero si la había cantado las cuarenta, que menos que venir con otra cara, pensé yo. En cambio no, su cara era de una mala leche que ni me dio tiempo a saludarlo, porque subió las escaleras como volando y se encerró en el baño con pestillo.

«Gracias, Liam por apartarme de tu lado en este momento», pensé ofendida, aunque en el fondo; pensé que todos necesitábamos nuestros momentos de soledad para aclarar ideas. En cualquier caso, esa brusquedad no me hizo mucha gracia. No supe por qué, pero no me había gustado. Sería tal vez ese punto de inmadurez de Liam al que no acababa de cogerle el tranquillo.

Entré en la habitación y esperé a que saliese para hablar con él. Pero por lo visto, el portazo había despertado a Thomas. Bueno y todo el vecindario, porque escuché al pequeño desperezarse detrás de mí (porque sí, una noche más, y ya había perdido la cuenta, volvió a dormir con nosotros).

—¿Dónde está papi? —preguntó todavía somnoliento y restregándose los ojos.

—Está en la ducha, ahora sale.

No me hizo ni caso, porque salió de la cama y fue directo hacia la puerta

del baño, donde llamó y pidió permiso para entrar. Liam desbloqueó la puerta y le abrió. El niño pasó y de repente caí en el detalle de que ni se había asomado para verme. La volvió a cerrar y escuché la voz de Thomas, que aún medio dormido le hablaba a su padre.

Y, en ese momento, me sentí más apartada que nunca de esta familia de dos.

—¿Sabes que te quiero mucho, Tommy? —le escuché afirmar a Liam.

—Lo sé, papi.

—¿Sabes que quiero que estés siempre a mi lado? —preguntó para intentar reafirmar al niño en sus convicciones.

—Lo sé, papi.

—Nunca lo olvides, cariño. Papá siempre te querrá.

En el fondo se me caía el alma a los pies, porque era consciente de cómo se sentía con respecto a su hijo y el miedo que tenía de perderlo, pero también era cierto que era en esos momentos cuando se sentía así, que más se aleja de mí y yo quería acompañarlo en su dolor.

Escuché un murmullo y Thomas salió del baño. Se acercó a mí y me sorprendió con un beso en la mejilla.

—Buenos días, Lucía —me saludó sin más y salió de la habitación.

—Buenos días...—respondí desconcertada por esa inusitada muestra de cariño.

No pasó un segundo desde que el niño se marchó, cuando el padre salió medio desnudo del baño y se sentó conmigo en la cama. Estaba muy cerca de mí, sabía que necesitaba un abrazo pero no me atreví a tocarlo. En cambio, él acercó su mano a la mía hasta casi rozarla, hasta que al fin las juntó y apretó.

—Lo siento —se lamentó—. Me cuesta mucho gestionar determinadas situaciones —. Admitió con pesar.

—Liam, no puedes encerrarte como un niño cada vez que sucede algo así. No es la primera vez que pasas por esta situación. Esto debería hacerte más fuerte, no debilitarte. —Diría que la reacción en su rostro era la de un niño al que le estaban echando una bronca monumental, pero tuve la sensación de que se estaba conteniendo para dar una respuesta adecuada para un hombre de treinta y dos años.

—Me gustaría decirte que sí, que lo haré, pero no es fácil cuando has tenido que madurar de repente y no tienes apoyo a tu alrededor.

—Tus padres te apoyan —afirmé convencida de ello. Y es que los padres de Liam no vivían cerca, sin embargo, cuando los había necesitado estuvieron aquí. Pero eran conscientes de que debía aprender a volar solo en este mundo —. Yo estoy aquí contigo y te apoyo. No estás solo, Liam.

—A veces creo que todo esto me viene grande —. Agachó la cabeza y se frotó la frente nervioso—. En cambio, otras miro a Thomas y sé que es la mejor decisión que he tomado en la vida.

—Entonces, ¿qué te ha dicho Moira para que te hayas puesto así? Ya sé que mañana es un día difícil, pero me da que la inesperada visita de Moira te ha alterado más; y, sinceramente, me gustaría saber por qué.

Resopló y lanzó una sonrisa irónica. Me miró y negó. Tenía el presentimiento de que lo que me iba a decir ahora no me iba a gustar, pero pensé que hasta cierto punto iba a ser divertido.

—Moira me ha dicho que Erin se ha puesto en contacto con ella para que hable en contra mía sobre Thomas.

—¿Y? —Se estaba guardando lo más interesante, lo sabía.

—Me ha dicho que si paso otra noche con ella, no lo hará.

Ahora era yo la que sonreía mordaz. Esa niñata era una zorra con mayúsculas. Me daban ganas de levantarme de la cama y huir de la habitación. Sin embargo, sabía que debía demostrar la madurez de la que me jactaba. Así que aguanté como una campeona y esperé a que continuase.

—Es una pobre niñata que ha confundido mis sentimientos hacia ella. — Se acercó más a mí y me cogió de la barbilla para que lo mirase a la cara—. Metí la pata con ella y ahora tengo miedo de que unas noches de sexo irresponsable me perjudiquen en la custodia de Thomas.

—¿De verdad le tienes miedo a una niña?

—No, tengo miedo a la abuela de mi hijo —reconoció resentido—. Es capaz de inventarse que la violé con tal de quitarme a mi hijo.

¿Pero tan mala era la vieja esa? Había gente que con tal de no verte feliz, eran capaces de hacer cualquier cosa por el simple hecho de que ellos no lo eran.

—¿Tan horrible te cree? ¿Tanto te odia? —Lo cierto era que no acababa de entender bien la fijación de Erin hacia Liam.

—Tenía veinticinco años, nena y me comporté como una absoluto adolescente irresponsable —admitió sin reparos—. Pero es que ha llegado un punto de fijación hacia mi persona que está llevando demasiado lejos, hasta el punto...

—De hacer daño a su nieto si es necesario con tal de fastidiarte a ti.

Pero había una duda que me inquietaba.

—Y, Moira. ¿Qué pinta en todo esto?

Liam se quedó pensando. No sabía si responder o dejarlo pasar. Aunque, en realidad, que me gustase o no la respuesta, debía saberla.

—Moira fue contratada por Erin para «ayudarme» con Thomas. Así sabía en todo momento mis movimientos.

—¿Y por qué dejaste que lo hiciera? —pregunté intentando comprender su actitud.

—Porque digamos que era la cláusula que debía aceptar si quería conservar la custodia de Thomas al menos hasta que yo estabilizase mi vida o durante cinco años.

—Y, ¿en qué situación te encuentras ahora? —Vale sí, era una pregunta trampa, pero tenéis que entenderme, Moira no estaba y todo había sido tan rápido que me costaba creer lo que estaba sucediendo entre nosotros.

—¿Tú qué crees? —respondió con otra pregunta y además serio. Si era un mensaje subliminal, no lo capté, o no quise captarlo.

—En lo referente a estabilizar tu vida, si te refieres a lo laboral, entiendo que estás muy estable. Pero en cuanto a lo personal, no lo sé; estoy aquí, he recorrido casi tres mil kilómetros para estar contigo; es una locura, ya, sin embargo aquí estamos, juntos, intentando no sé... —Si titubeaba algo más corría el riesgo de que se enfadase más y me daba que la que tenía que apagar ese fuego que se estaba encendiendo iba a ser yo.

—Tú eres mi futuro, Lucía. A ver si te va entrando en esa cabeza. ¿Acaso crees que si no lo hubiera tenido claro, te hubiese pedido venir a Irlanda con la situación que me rodea?

—Estamos locos, Liam. De atar —respondí aterrada.

Liam se levantó y se situó agachado frente a mí.

—¿Te arrepientes? —inquirió preocupado.

—No. —Negué con la cabeza—. Pero no sé si esta decisión tuya será buena para ti.

—¡Por favor, Lucía! No empieces tú también con esto...

—¿Yo también? —. Reaccioné a la defensiva—. ¿Quién más te lo ha dicho?

Ahora sí que me estaba enfadando en serio, ¿quién osaba meterse en nuestras vidas?

Liam se quedó callado y no, no me gustaba nada ese nuevo silencio.

—¡Responde, joder! —¿Yo diciendo palabrotas? Mal camino—. ¿Quién?

Un segundo silencio y exhaló todo el aire contenido para soltar la bomba. Y yo no estaba preparada para escuchar el nombre.

—Moirá.

Me quedé quieta, no reaccioné. ¡Putá Moira!

Thomas entró en el cuarto espantado por los gritos.

—¿Qué pasa, papi?

Conté hasta diez, bueno, hasta treinta. Inspiré y me levanté de la cama para ir hacia la puerta.

—Será mejor que vaya a dar una vuelta para despejarme.

—Lucía...

No le hice caso, preferí no hacerlo en ese momento. Bajé las escaleras con un pequeño dolor en el pecho. Podría ser un ataque al corazón porque sinceramente no reconocía los síntomas de nada en este momento. Sin embargo, no. Era consciente de esa punzada en el pecho y tenía claro qué clase de dolor era y no correspondía a uno físico. La zorra de Moira me quería joder, la muy...

Cogí una chaqueta de Liam, porque las mías estaban arriba y no me apetecía volver a subir para después salir por la puerta de casa. Fui una inmadura, sí, pero es que esa chica sacaba a la adolescente que llevaba dentro; sería para ponerme a su altura, digo yo.

Empecé a caminar por la calle sin sentido alguno de la orientación, hasta que llegué al lugar donde no me esperaba volver, al menos sola. El local de

mi indiscreto camarero, el señor Mallone se plantaba frente a mí. Sí, eran las once de la mañana, aunque necesitaba una pinta, o tal vez dos.

Entré al local y miré a mi alrededor, a lo mejor tenía suerte y Mallone no estaba; bueno, tal vez sí, porque detecté su sonrisa irónica.

—¿Qué? ¿Buscas trabajo? —Esa pregunta se la iba a hacer tragar un día de estos.

—No, pero ¿qué tal una pinta de esas que tan mal sirves? —Puestos a vacilar, yo también podía.

Me guiñó un ojo y se giró para servirla. No si encima iba a ser que acabaría trabajando aquí al paso que iba la burra.

—Algunas veces, necesitamos algo más que una cerveza para desahogarnos —me dijo con una sonrisa, como si comprendiese mi estado de ánimo.

—Algunas veces, Mallone —contesté chocando con él la jarra de cerveza y dando un trago largo.

En la puerta de alcohólicos anónimos iba a acabar como siguiere por este camino.



Capítulo 19

Podría decir que ayer entré en razón y me fui a casa después de la primera pinta, pero no fui así de inteligente y adulta, no. Podría decir que me bebí hasta el agua de los floreros, pero tampoco; estaba desesperada pero no tanto.

Después de tres cervezas, regresé a casa. Sin embargo me encontré la casa vacía. Ni rastro de Liam y Thomas. Le llamé al móvil y todo lo que obtuve por respuesta fue el buzón de voz y tras echar un vistazo por la casa, localicé el teléfono de Liam en el salón.

Así que, como buena española atacada de los nervios, me puse a hacer lo único que me relajaba de verdad, cocinar.

Con lo que tenía a mano fui a comprar, preparé una paella que hasta mi madre estaría orgullosa de ella, y de postre un bizcocho con pepitas de chocolate, que sí, iba con toda la intención de ganarme un poco al enano, que buena falta me hacía.

Lo cierto es que, cuando regresaron, ambos felices y contentos, se comieron hasta las migajas. No hubo una sola queja, solo comer y disfrutar en silencio, bueno eso con Liam fue hasta extraño, lo de no hablar, digo. Intercambiábamos miradas, pero ni una sola palabra ni en la comida ni el resto del día.

Ese silencio a mí me mataba y a él, supuse que también.

A veces, cometemos el error de dejar las cosas pasar y no hablarlas a su debido tiempo. Eso solo traía consecuencias y no las mejores.

Nos fuimos pronto a dormir, con Thomas al lado, por supuesto. Me pareció ver que el postre le gustó demasiado, porque estuvo muy amable conmigo durante el resto del día y hasta me dio un abrazo antes de dormirse. Necesitábamos dormir, el día de hoy se presentaba largo. Nos visitaba la asistente social.

Liam estaba nervioso, se le notaba a la legua. No encontraba ni los

calzoncillos. Eso, hasta cierto punto, me hizo reír, detalle que detectó y que provocó su propia risa. Era como una tregua para ambos en nuestros ataques de infantilismo exacerbado. Hoy, su sonrisa era amable, como si hubiese meditado durante la noche todo lo sucedido ayer.

Me vestí mirando por la ventana. No sabía qué embrujo tenían las ventanas de esta casa pero no podía evitar hacer las cosas cerca de ellas. Un día vería algo que no me iba a gustar. Bueno, eso ya lo había hecho y prefería no recordarlo.

Me vestí de manera sencilla, pero formal. Unos vaqueros tipo *leeging*, una blusa blanca de seda y *blazier* gris. Liam parecido, en cambio a él le sentaba como un guante y yo parecía la muñeca de una conocida marca de neumáticos.

Me estaba abrochando la blusa; cuando Liam me cogió por detrás y me abrazó.

—Ayer te eché mucho de menos, y no quiero discutir contigo, mucho menos por Moira, que no es nadie en nuestras vidas.

Estuve a punto de responder que, por lo que dijo ayer, parecía ser que sí. En cambio, por esta vez me mordí la lengua y continué con la tregua iniciada por él.

Giré en sus brazos y lo miré.

—¿Listo para la visita de la asistente social? —. Ladeé la cabeza con una sonrisa esperanzadora en ella.

—Listo, cariño —Ese apelativo cariñoso sonó mejor de lo que yo misma esperaba. Sí, definitivamente necesitaba escucharlo de sus labios.

Fuimos a buscar al pequeño Thomas a su habitación, que se estaba vistiendo como un auténtico señorito de domingo pero en versión descamisado. Puse un poco de mi parte y me agaché para ayudarlo a vestirse. Su gesto risueño hacia mí me activó la esperanza de que tal vez iba entrando por el aro. Aunque no me fiaba, y no porque fuese mal niño, era que ya sabemos que los niños reaccionan de forma impredecible, para bien y para mal.

Sonó el timbre de la casa. Liam me indicó con un gesto que ya bajaba él a abrir; y cuando me disponía a salir por la puerta, Thomas me agarró de la

mano para pedirme que me acercara a él.

—Tú quieres a mi papi, ¿verdad? —La pregunta me descolocó, no me lo esperaba y más cuando me declaró la guerra sin causa.

—Sí, lo quiero, mucho —afirmé sin contemplaciones porque sería un niño, pero sabía perfectamente lo que era amar. O tal vez no.

No contestó, tan solo cogió mi mano, tiró de mí para salir y bajó a hablar con la asistente social.

Menudo momento.

Sonó mi móvil y comprobé que era Aurora la que me llamaba, aunque no era el momento de contestar. Hacía días que no hablábamos pero seguía nuestra historia como si fuese una novela romántica; sin embargo, ahora mismo estaba mucho de serlo. Era un hecho que Liam y yo estábamos distanciados.

Llegué al salón con Thomas de la mano, Liam se nos quedó mirando sorprendido, la asistente también. Muy enternecedor. ¡Vale, sí, estaba escéptica respecto a la actitud del niño!

—Buenos días. —La asistente se acercó a mí para saludarme—. Soy Tara Gallagher, asistente social del Ministerio de Infancia y Juventud.

¡Vaya presentación! Venía del mismo Ministerio. Tanta oficialidad me puso nerviosa, cosa que no debería ser así, sería la falta de práctica. El caso era que, en cierto modo, entendí la formalidad. Pude cotillear en Google; que en Irlanda; el menor estaba muy protegido por la ley, de hecho tenían una normativa muy específica sobre la prioridad a la infancia, ya que; durante mucho tiempo, no había sido así. Acojonaba un poco, sí, pero como abogada debería sentirme más o menos segura. Ahora que, cuando el problema te tocaba a ti, esa serenidad se iba un poco al traste.

—Hola. —Estiré mi brazo para estrechar su mano—. Soy Lucía Vergara.

—La novia de mi papá —me interrumpió Thomas de forma sorprendente.

Liam también se sorprendió. ¡El mundo se sorprendió! La señorita procedente del ministerio ni sonreía. Esta parecía que era de las que no empatizaban. Bueno, había conocido casos así.

—Hola, Thomas. —Se acercó al niño agachándose para saludarlo.

Él la sonrió casi por cortesía, aunque no dijo nada. Tristemente ya estaba

más que acostumbrado a esta situación. En siete años había vivido este momento varias veces ya. ¿Por qué había personas que utilizaban a los niños para hacer daño a los adultos? ¿No se daban cuenta de que a quién realmente lastimaban era al propio niño? Erin estaba llena de odio y eso al final se iba a volver en su contra.

—Me gustaría poder hablar con el niño a solas, por favor —solicitó la mujer en una petición que dejó a Liam anonadado, por lo visto era la primera vez que pedían hablar con el niño a solas.

—No lo entiendo, nunca antes han hablado con él a solas —respondió Liam preocupado.

Miré a la asistente y después a Liam. No conocía las leyes en Irlanda, pero estos meses me puse a rebuscar un poco sobre el tema y tenía entendido que hacía poco modificaron la Ley del Menor irlandesa, porque antes la protección a la infancia era casi nula, y con esta renovación se habían puesto bastante más estrictos, aunque no sabía si en este caso era necesario serlo.

—Nunca hemos hablado con él de sus necesidades, tal vez sea hora de hacerlo, ¿verdad, Thomas? —preguntó al niño con una falsa sonrisa de amabilidad.

La funcionaria alargó la mano para que Thomas se la diese y salieron al jardín de la casa.

Liam se paseaba por el salón desesperado. Normal, era la tercera vez que sucedía esto y ahora era por mi presencia aquí. En cierto modo me sentía culpable, si yo no hubiese venido, tal vez la situación no habría llegado a estos términos.

—Ni por un momento pienses que la culpa es tuya, nunca —dijo Liam leyéndome el pensamiento—. Las cosas ahora están algo complicadas —se acercó a mí y me levantó la barbilla para que le mirase a los ojos—. Pero eres lo mejor que le ha pasado a esta casa.

Le miré con ternura, no pude evitarlo. Éramos conscientes de que nuestra relación estaba pasando por un momento complicado, pero aun así, él me quería a su lado.

—Me gustaría decirte que todo va a salir bien con Thomas, pero ni yo mismo lo sé. —Se pegó a mí y me abrazó—. Pero si tú no estuvieses aquí, no

sabría cómo sobrellevarlo.

—Tal vez si yo no estuviese aquí, Erin no se habría metido contigo de nuevo.

—Erin solo necesita una excusa fácil para joderme.

—No entiendo su odio hacia ti.

—Yo; sí.

Y antes de que pudiese reclamarle una aclaración a eso, Thomas entró de nuevo de la mano de la señora Gallagher, todo risueño, como si no hubiese roto un plato.

—Ahora me gustaría hablar con ustedes —miró a Thomas y le sonrió, a él; a nosotros nos miró como si fuésemos a pasar por la Santa Inquisición—. ¿Vas a jugar un rato para que yo pueda hablar con tus papás?

¿Tus papás? A esta señora se le había ido la olla. Pero no sería yo quien la corrigiese, al menos por ahora.

Thomas asintió y se fue directamente a su habitación, corriendo, cómo no. Yo ya llegué a pensar que este niño desayunaba anfetaminas porque no era normal.

—Bueno, hablemos. —Empezó Liam con aire preocupado por este cambio de rumbo en el proceso.

—Thomas tiene siete años —. Continúa la funcionaria—. En ese tiempo ha tenido tres revisiones de custodia, si no he leído mal. —Miró a Liam y este afirmó con la cabeza—. Todas iniciadas por la abuela materna del niño. En mi años de carrera, no recuerdo una persona tan insistente con la custodia de un niño, y la verdad, a estas alturas, me gustaría saber qué es lo que provoca a la señora Erin Dunne; a repetir una y otra vez esta situación, y siempre sucede cuando usted hace un cambio en su vida, como ahora. —Me miró a mí y no supe si lo hacía con comprensión o como si fuese yo la culpable de esto.

—Mire, señora Gallagher, en mi vida no es que haya habido estabilidad. Cuando la madre de Thomas falleció, apenas teníamos relación ella y yo. Pero jamás me he desentendido de mi hijo, entre otras cosas, porque es lo mejor que me ha pasado —argumentó Liam con total convicción de lo que afirmaba—. Es cierto que al principio no fui un gran padre, ni siquiera un

buen compañero. Su madre se pasó sola todo el embarazo y tal vez, no digo que sea así, en parte yo sea el responsable de la depresión que la llevó a la muerte. Si busca un motivo para esta situación, puede ser que Erin me culpe de todo ello, y sí, como le he dicho, es posible que tenga parte de culpa, pero no está en el derecho de llevarse a Thomas por delante —lo miré asombrada, era un luchador—, que es lo que está haciendo. Mi hijo sufre todas y cada una de las idas y venidas de Erin, y además porque está empeñada en que Thomas reciba la misma educación ultraconservadora que su hija recibió, cosa con la que yo no estoy de acuerdo, ni lo estaré. Si a eso le añadimos; que ahora he rehecho mi vida con una persona que sé que será una gran madre para Thomas... —Me agarró la mano y la sujetó bien fuerte—. Erin estará que se sube por las paredes del horror.

—Thomas me ha dicho que quiere irse a vivir con su abuela.

La cara de estupor que ambos pusimos a la asistente debió ser clara, porque ella, por primera vez; desde que llegó, pareció empatizar con nuestra reacción y puso cara de lástima.



Capítulo 20

—¿Cómo? —rugió Liam con un agudo tono de voz—. Es imposible. No puede haber dicho eso. Él está feliz.

—Su hijo, señor Brennan, me ha indicado que ahora que usted es feliz con su nueva novia, él sobra —argumentó la señora Gallagher.

—No diga estupideces, es un niño, no sabe lo que dice —respondió Liam disgustado.

—La cuestión, señor Brennan es confirmar si su vida sentimental es lo suficientemente estable como para poder tener a un niño como Thomas a su cargo, y al cargo de ella. —Me miró a mí con suspicacia.

Me dio por pensar que esta buena señora acababa de poner en entredicho mi capacidad como educadora sin conocerme. Se me había olvidado la superficialidad con la que te podía tratar la ley cuando no se conocía bien el caso que se estudiaba. A mí todavía no me había preguntado nada.

—Señora Vergara. —Vaya, otra que leía el pensamiento—. Al señor Brennan ya lo conocemos de anteriores visitas —Su mordaz comentario me pareció fuera de lugar—, pero con usted no hemos tenido la posibilidad de hablar. Entiendo que lleva en la casa familiar poco tiempo, ¿correcto?

Esa fue una rebuscada forma de preguntar si lo nuestro era o no una relación estable. En modo «te voy a joder donde pueda». Puse la mejor falsa sonrisa en mi cara que me pude permitir, de esas que tenía estudiadas gracias a mi profesión; la respondí con toda la frialdad que el momento admitía, y porque además, Liam estaba que se subía por las paredes.

—Llegué al país hace tres meses y entré en esta casa conociendo las circunstancias que rodeaban a esta familia —afirmé con la intención de que no se notase demasiado mi mentira—. He venido a sumar, no a restar. Esta casa necesita amor. —Miré a Liam pero él me devolvió la mirada aún con los efectos de la consternación que le había causado la decisión de su hijo—, y

yo creo que puedo aportar algo en eso. A los dos. Amo a Liam y adoro a Thomas. No soy su madre, pero puedo llegar a ser una buena compañera.

La señora Gallagher apenas me había mirado mientras hablaba, se pasó el rato revisando el informe que llevaba consigo, acción que me molestaba sobremanera, porque parecía que no escuchaba y yo quería que me mirasen a la cara cuando hablaba.

—Gracias, señora Vergara. —Se levantó de su asiento y se dirigió a Liam—. Como comprenderá, Señor Brennan, tenemos que mirar por la estabilidad emocional del niño, y dados sus antecedentes... —Jolín con el conservadurismo irlandés—. Tenemos que revisar con cuidado todos los cambios que puedan alterar a Thomas. —Liam asintió y no dijo nada, me tenía desconcertada—. Además, está la denuncia por abandono interpuesta por los señores Dunne, sus abuelos maternos, que consideran que el niño no está bien atendido. Debe comprender los motivos por lo que debemos revisar la custodia y más cuando se incumplen los acuerdos de las visitas al niño por su parte. —Me sorprendió esa revelación, Liam nunca me había hablado de un acuerdo con la abuela—. Le aseguro que eso no le ayuda nada, más bien le perjudica.

—La que no ayuda es ella metiéndole ideas absurdas en la cabeza a su nieto de siete años, solo quiere manipularlo y ponerlo en mi contra — reaccionó ofuscado a las palabras de la funcionaria.

—Que usted diga eso tampoco le ayuda, señor Brennan.

Intenté calmarlo agarrando su brazo, pero rechazó mi ayuda apartándose sin disimulo. Se estaba comportando como un necio.

—Señora Gallagher —intervine para intentar calmar los ánimos—. Liam solo pretende mirar por el bien de su hijo, y que intenten apartarlo de él, es muy duro. Es un buen padre. —Miré a Liam para buscar su conformidad con mis palabras, pero estaba perdido en no sabía dónde.

—Entiendo que, con esta maniobra, usted intente velar en favor del señor Brennan; en cambio, debe comprender y respetar la decisión del niño, y más cuando usted ni siquiera es un familiar consanguíneo.

Liam no estaba, y cuando decía que no estaba, era porque estaba ausente en un extraño limbo en el que no lo había visto antes. Esta situación lo estaba

llevando al límite.

—Entonces, señor Brennan, señora Vergara. —Estiró el brazo para estrechar nuestras manos y despedirse—. Quedamos a la espera de mi entrevista con los señores Dunne y que le pase el informe al juez para que revise el caso. Nos veremos pronto.

Salió por la puerta con la misma frialdad que entró, solo que ahora, la frialdad en sí misma se había instaurado en esta casa y yo no sabía cómo actuar ante esto.

Necesitaba a Aurora como agua de mayo para desahogarme. Decidí que la llamaría en cuanto supiese qué demonios le pasaba a Liam.

—Voy a perder a mi hijo. —Negó con la cabeza desesperado—. No me quiere. No he sido un buen padre.

—Liam, no te machaques con eso ahora —. Intenté acercarme a él pero me volvió a rehuir—. Tienes que calmarte.

—¿Cómo coño quieres que me calme cuando la persona que más me importa en esta vida no quiere estar conmigo? ¿Tan mal lo estoy haciendo con él?

—Liam...

—¡No! ¡Déjalo, no necesito lecciones de una abogada ahora mismo!

Otra vez volvíamos a las andadas. De nuevo se escudaba en su inmadurez cuando algo se ponía difícil y me apartaba. No entendía su actitud. Me decía que me quería, que era lo mejor que le había pasado, que no podría aguantar sus problemas sin mí; sin embargo, cuando el problema se ponía turbio, me hacía a un lado. Me iba a volver loca con esa dualidad en su comportamiento.

—Liam, si queremos que lo nuestro funcione, tenemos que estar juntos no solo en el sexo. La vida nos va a poner muchos problemas y vamos a tener que solucionarlos, nos guste o no.

—Yo ahora no puedo solucionar nada, ¿no te das cuenta que no está en mis manos que Thomas se quede o no?

—¿Y qué te parece si hablas con él y le preguntas el motivo real por el que ha dicho eso? ¡Tiene siete años, joder! ¡Es un niño! ¡Necesita ayuda!

—Siempre que la zorra de Erin lo visita, le come la cabeza. Por eso no quiero que la vea, porque vuelve a casa trastornado.

—Ya, Liam, sin embargo eres consciente de que eso te perjudica y, ¿por qué no me lo habías dicho antes? Sabías que yo, dentro de mis posibilidades te habría podido aconsejar.

Su contestación, por la cara que puso, sabía que no me iba a agradar.

—Y no me vengas con que no me querías involucrar, ya lo estoy, hasta el fondo. —Que lo riñese no sabía si serviría de algo, pero necesitaba que entendiese que esto ya no era solo una bonita «*love story*», esto era la puñetera vida real.

—Lucía, por favor, no puedo resolver esto ahora. Necesito hablar con Thomas.

Salió de la habitación y me dejó con la palabra en la boca. Toda esta situación se le estaba yendo de las manos. Le venía grande, muy grande, y me aterraba pensar que el origen de muchos de sus problemas estuviese en que no supiera afrontarlos como el adulto que era.

Necesitaba desahogarme, necesitaba a mi Auro. Me sentía sola y no sabía qué hacer. Cerré la puerta del salón para que no me oyese nadie; no era que pretendiese hacerlo en plan espía, pero necesitaba intimidad. Cogí el teléfono y marqué.

—No es por nada chica, siempre me pillas liada —contestó sin decir ni «hola».

Me sonrojé, esperaba que no hubiese sido lo que creía que estaba diciendo porque me acababa de quedar callada de la vergüenza y eso no era normal en mí.

—Luci, no pienses mal. Estoy montando una cuna de bebé. —Resoplé, menos mal, porque como hubiese sido lo otro, menudo palo, aunque no me sorprendería, desde que Auro se quedó embarazada, eran como conejos. Me reí de mi propio pensamiento. Estaba para que me encerrasen—. No te rías que te conozco. —Se calló, el silencio de ambas significaba mucho; bueno para Aurora todo, porque me conocía como si me hubiese parido—. ¿Qué pasa?, ¿problemas en el paraíso bomberil?

—Ha venido la asistente social por la denuncia de la abuela.

Otro silencio en la línea. No, no se había estropeado el teléfono. Éramos nosotras que no sabíamos qué decir ahora.

Me lancé y desembuché todo lo que acababa de suceder. Le hablé de la buena de la señora Gallagher, de la salida de tiesto de Thomas y de la desmesurada reacción de Liam.

—A ver, niña. No hace falta que te recuerde que el problema en el que está metido Liam es muy gordo, como profesional del tema deberías saberlo. —Eso lo tenía muy claro y se lo quise hacer saber pero no me dejaba porque continuó hablando—. Otra cosa es que como parte activa que eres ahora en el asunto, la que no sepas confrontarlo bien seas tú. Una cosa es ser la abogada del caso y otra es ser protagonista.

—No es eso, Auro. —Me quedé pensando y recapacité, en parte. Suspiré y proseguí—. Nunca me he visto en otra igual. Te recuerdo que cuando llegué aquí, se suponía que todo iban a ser una transición normal de pareja.

—Bueno, déjame recordarte yo a ti que lo vuestro no ha empezado de la manera habitual —me interrumpió con toda la mala intención.

—No me vengas ahora con que me avisaste de que me precipitaba.

—¡No es eso! ¡Y déjame hablar! —gritó detrás de la línea como si tuviese una pataleta infantil—. Vuestra relación no empezó...digamos que como las del resto. Así que ahora debes ir amoldándote a lo que encuentres. Tenéis una relación excepcional, porque empezó de la misma forma. Casi no os conocéis, y para colmo, lo estáis haciendo compartiendo una situación complicada. ¡Esto no es una relación querida, es un reto!

—Pero eso no significa que...

—Ya, ya, eso no significa que Liam no sepa encarar la cuestión. Está perdido, ¡ayúdalo a encontrar el camino! Piensa que es la primera vez que tiene que hacerlo con alguien a su lado, alguien que de verdad le importa. Y son dos frentes abiertos para él.

—No sé cómo hacerlo, Auro, yo también estoy perdida.

—Pues ya va siendo hora de que te encuentres. ¡Hazlo, Lucía! ¡Ya estás ahí, encuéntrate! ¡Con situaciones más complicadas has lidiado!—se quedó de nuevo pensando, pero pude escuchar una sonrisilla al otro lado de la línea—. Aunque bueno, como esta barriga me está creciendo más de lo normal y no sé cómo va a andar Óscar con sus turnos, he decidido que voy a adelantar mi visita a dentro de una semana y así te puedo echar una manita.

—¿Qué? —La noticia me pilló por sorpresa, no me la esperaba tan pronto aquí.

—¿Óscar se lo ha dicho a Liam?

—No lo sé, mi churri no creo que pueda ir. Está en una de esas guardias raras en las que tiene que ir con el móvil hasta al baño. Así que imagínate lo que es echar un polvo con este hombre al lado. Necesito unos días para mí.

Asentí como si me estuviese viendo sin darme cuenta de que no lo hacía.

—Lucía, ¿estás ahí? —preguntó pensando que la había colgado.

—Sí, sí, perdona. Es que he asentido como si estuvieses aquí.

Aurora se carcajeó y me provocó. Necesitaba reír un poco. No me había dado cuenta de lo que lo necesitaba hasta que empecé a hacerlo.

—¡Que voy a ir a verte! Así que ponte bragas porque seguro que desde que estás ahí, no las llevas. —Agradecí ese cambio de tema para que continuase riendo. Aurora es como el sol que sale después de la tormenta, la luz que necesito.

—Está bien, una semana. Organizaré todo.

Nos quedamos calladas y ahora era buena señal porque nos estábamos diciendo todo sin palabras.

—Te quiero, amiga —confesó en un momento moñas de esos que solía tener y más ahora que estaba preñada.

—Y yo a ti, Auro. Nos vemos en unos días.

Nos lanzamos un beso a través de la línea con la promesa de mimarnos mucho en cuanto estuviésemos juntas.

Necesitaba salir de casa. Lo hice. Sin decir nada; entre otras cosas, porque Liam seguía hablando con Thomas; el niño se quería ir con su abuela y ni él ni yo no podíamos entender sus razones, y yo ahora menos, porque justo antes de hablar con la asistente, Thomas había sido un cielo conmigo. No lograba entenderlo, y me sorprendió porque creía que los niños eran fáciles de comprender, y de eso nada.

Dejé a Liam un mensaje en el móvil para avisarlo de que me iba, y salí.

¿A dónde? Cómo no, a ver a mi camarero.

Y sin duda, la pregunta que ya se estaba haciendo habitual cuando aparecía por la puerta del *Brazen Head*, se repitió.

—¿Qué, buscas trabajo?

Empecé a adivinar el porqué de esa pregunta.

—No, busco conversación.

Y mi buen amigo Mallone me sirvió una pinta y empezamos a hablar.

—El amor es un camino lleno de piedras que no todos somos capaces de atravesar.

¡Joder con el camarero! ¡Si encima era filósofo!

—Mallone, ¿cómo sabes que ese es mi problema y no otro? —interrogué curiosa.

—Porque solo el amor nos deja esa cara de perrillos abandonados como la que tienes ahora. Es inconfundible. —Abrí los ojos sorprendida por su tino y porque me había dejado sin palabras—. Además, como vengas mucho por ese motivo, te vas a beber toda la cerveza de Irlanda y todavía quedan muchos años para mi jubilación. —Esa apreciación provocó mi risa, una; que seguía necesitando—. Así que; ya nos podemos poner a resolverlo.

Y así estuvimos hablando durante casi dos horas; en las que, por supuesto, no resolvimos nada hasta que llegó la hora de volver a casa y dar las explicaciones oportunas sobre mi media borrachera.



Capítulo 21

Dos días después de la visita de la asistente, las cosas en casa no estaban digamos que tranquilas.

Liam habló con Thomas y; él para siete años, menuda labia que tenía el nene, ya que con toda la comprensión que se permitió, intentó hacernos entender los motivos que expuso para querer irse con la malvada bruja. Excusas que no me gustaron, porque muchas de ellas las vinculaba a mi presencia aquí.

—Papi, ya no estás solo, ahora puedo estar con la abuela, ya no me necesitas.

Os juraría que ese tipo de respuestas no correspondían con un niño de esa edad. Eso había sido un lavado de cerebro en toda regla. Erin...

No estaba bien, Liam no estaba bien. Thomas nos miraba de forma extraña y difícil de descifrar y encima nos encontrábamos con que Erin había hecho espectaculares apariciones dignas del peor folletín novelesco y con Darren detrás aguantando el tipo. ¡Menudo señor! En el fondo me daba lástima.

Thomas estaba extraño conmigo. No podría atinar a afirmar si estaba cambiando o era que tenía un chocho mental que no se aclaraba. Pero el caso era que estaba más cercano conmigo. No era que me hiciese mucho caso cuando le intentaba reeducar, aunque sí vi pinceladas de algo distinto en él hacia mí.

Estaba en la cocina, cómo no. Desde que los líos en casa se agravaron, no hacía más que cocinar y comer. Como siguiese así, no entraría por la puerta y, aunque nunca me había quejado de mis kilitos de más, empezaba a rozar el límite. Porque, aunque Liam estuviese encantado de la vida, él se ejercitaba todos los días, por lo que su tableta de chocolate estaba intacta. Thomas, estaba creciendo y comer como un cerdete, entraba dentro de lo normal. En

cambio yo, después de comer, me apoltronaba en el sofá y no era plan. Entre eso y las pintas de Mallone, iba a convertirme en un exquisito postre.

Cocinaba mi versión de la merluza en salsa verde; cuando sonó el timbre. No, esta vez no cotilleaba por la ventana, la vieja del visillo no solía estar disponible cuando cocinaba.

Abrí y me encontré con una cara y una barriga, que no me esperaba hoy. ¡Era Auro! Casi me desmayé al verla. Mi clamor ilusionado se escuchó perfectamente en el piso de arriba, porque *Flash*, es decir Thomas, bajó a saber el motivo de mis gritos.

—Lucía, ¿estás bien? —Su preocupación me tenía desconcertada. Este niño no había hecho hasta ahora el mínimo intento de acercamiento y, que estuviese tan amable, me preocupaba. ¿Estaría arrepentido de lo que dijo?

—Sí, cariño. —Lo agarré de los hombros y lo acerqué para presentarle a mi barrigona favorita, cuando Aurora me interrumpió.

—No fastidies Luci, ¿me vas a presentar a tu hijo en la puerta de casa?

¿Mi hijo? Esta mujer estaba loca. Thomas me miró y sonrió. ¡Dios, la sonrisa marca *made in Brennan* no era sana para mi salud mental!

Nos hicimos a un lado y la dejamos pasar. Dejó su pequeña mochila en el suelo, se aproximó a nosotros y nos abrazó. Era como tener una madre en versión «aquí estoy yo porque he venido, pero no me aprietes mucho que tengo una barriga que ya no es cervecera».

—¡Qué ganas tenía de venir y hacer esto, putón! —dijo gracias a Dios en español. Si quería ayudar en la educación del enano, era mejor que no escuchase el vocabulario de Auro.

—Gracias a ti por venir —susurré en su oído—. No te esperaba tan pronto.

Thomas nos miró, seguíamos hablando en español y no nos habíamos dado cuenta.

—Ay, perdón, cariño. —Ladeé la cabeza enfocando a Thomas para que Auro se diese cuenta de que tenía que cambiar de idioma.

—Hola, muchachote —le saludó revolviéndole el pelo y se acercó a mí para hablarme al oído, aunque fuese en inglés—. Este niño es clavado a la difunta, aunque su sonrisa sea Brennan.

¡Que me lo digan a mí si no sabía yo la marca original de esa sonrisa! Por otra parte, fruncí el ceño y pensé: ¿conoció Aurora a la difunta?

—Bueno, si no os importa, me voy a sentar. Esta barriga... —la señaló con el dedo índice—, es de solo cinco meses, pero a lo mejor me pongo de parto antes. Se mueve dentro más que los precios.

Nos reímos ambos con las ocurrencias de mi amiga, aunque Thomas no entendiese muy bien su forma de hablar, ya que el español, traducido al inglés directamente, sonaba un poco «ortopédico».

—¿Y cómo es que has venido antes? —pregunté todavía perpleja por la sorpresa.

—Óscar se ha metido en no sé qué lío de un calendario solidario para recaudar fondos para las olimpiadas de los bomberos, a las que supongo que también ira Liam. —Se explicó mi amiga al ver mi interés—. Con esos cuerpos podrían salir en la revista GQ todos en pel...

Al darse cuenta de lo que iba a decir se interrumpió a sí misma. ¿Esta mujer iba a tener un bebé? Pues ya podía afinar su lenguaje. Aunque me reí de mi propia ocurrencia porque Aurora era así y era más fácil que te adaptases tú a ella que al contrario.

—No tengo ni idea. Liam y yo no tenemos más que un mono tema últimamente —admití señalando al niño con la cabeza.

Aurora trató de justificar mi desconocimiento, aunque no le quedase muy convincente.

—Bueno, llevan poco en ello. A Liam no le habrá dado tiempo de decírtelo, porque es un calendario solidario con los miembros del cuerpo de bomberos de algunas capitales de Europa.

No, definitivamente; Liam no me había contado nada. Sin embargo, me alegraba saber que mi chico anduviese metido en esos berenjenales, porque con el cuerpazo que tenía, como dijo antes Aurora, podía salir en la revista *GQ* o *Men's Health* y dejar en ridículo a cualquier famoso. De paso, le serviría de distracción.

—Bueno, pequeñín —le dijo a Thomas—. ¿Me vas a decir dónde puedo dormir mientras mi amiga acaba esa comida que está haciendo? Tengo un bebé en la barriga que me pide a gritos que vaya al baño.

—Auro...

—Ya sé qué quiere decir, Lucía, se hace pis, no soy tan «pequeñín» — indicó Thomas remarcando con sus mini dedos la última palabra.

Sonreí con la ocurrencia del niño y les dejé ir solos al cuarto de juegos de Thomas, donde había una cama extra para cuando el niño traía a sus amigos a dormir, y mientras Thomas y Auro hacían camaradería, regresé a la cocina para acabar de hacer la comida.

Mientras hacía un refrito de ajo y perejil, escuché las risas de ambos al volver y sentí un poco de envidia. A estas alturas, yo no era capaz de acercarme a una relación parecida con el niño y, en cambio, Aurora ya se lo había ganado en tan solo unas horas. La escuché entrar en la cocina y comprobé que venía sola.

—¿Dónde está Thomas? — pregunté sorprendida de que la hubiese dejado sola.

—Tranquila, ha ido a por no sé qué juego que le tenéis vetado para que trate de convencerlos de que le dejéis jugar. —La miré para intentar explicarle el motivo de nuestra negativa, pero alzó la mano para detenerme y explicarse—. Relax, sé de qué juego se trata. Óscar juega en línea con sus amigos —se acercó a mí para hablarme más bajo—, y por supuesto va a ser que no.

—¿Cómo lo has hecho? —Me miró extrañada por la pregunta que le hacía, no comprendió lo que quería decir—. Con él. —Señalé la puerta para que entendiese que hablaba de Thomas—. Yo llevo aquí ya meses y es ahora cuando me dedica alguna sonrisa, pero nada de una relación cercana. Tú acabas de llegar; y ya lo tienes en el bolsillo.

Aurora miró la puerta, me devolvió la mirada a mí, ladeó la cabeza y respondió.

—Tú eres todavía el enemigo. Le estás quitando a su papi.

Comprendía lo que quería decir. En cambio, me gustaría que entendiese que trataba de explicarle al niño por todos los medios que eso no era así; y parecía que no lograba ningún avance más, que el de la tregua que había entre los dos ahora que, según parecía, se quería ir con su abuela.

—Ponte un segundo en la cabeza de Thomas—. Señaló su sien mientras lo decía—. Tiene siete años, se siente solo. Lo más parecido que ha tenido a

una madre es la arpía de su abuela y la guarra de Moira; que, ¡menudo ejemplo a seguir!

—Lo sé, Auro; pero es que no sé cómo actuar con él. Me pone todas las trabas posibles a un acercamiento —repliqué rendida ya a la actitud del niño.

—Y habla una adulta...—ironizó con la ceja izquierda alzada—. No te pongas de víctima y actúa.

—¿Y cómo lo hago? No sé tratar a un niño...

—Te voy a dar una mala noticia que tal vez deje marcada tu vida para siempre me quedé expectante porque no era capaz de adivinar con lo que me iba a salir—. Los niños no traen manual de instrucciones, así que imagínate los que arrastran un trauma como ese —susurró en mi oído como si estuviese contando una confidencia de interés nacional.

La censuré con mi mirada en modo asesino total, pero tenía que reconocer que estaba en toda la razón. ¡Me estaba metiendo miedo ella a mí y que la que iba a ser madre en nada era ella!

Nos pasamos un buen rato hablando mientras preparaba la comida. Thomas estaba en su habitación, así que pude desahogarme las penas, aunque sobre todo, los temores.

No había empezado apenas a despelucarse a la perra de Moira; cuando se escuchó el sonido de la puerta de entrada, que indicaba que Liam había llegado. Entró en la cocina; y nos vio.

—No me digas que por fin te has cansado del aburrido de Óscar y te vienes a vivir con nosotros. —Ese nosotros se escuchó genial en sus labios, como genial fue el abrazo que le dio a Aurora y que demostraba que sentía un gran cariño por mi amiga—. Por cierto, ¿dónde está?

—No ha podido venir. Está con lo del calendario ese solidario que estáis haciendo. —Me miró a mí como indicando que yo ya estaba debidamente informada del tema—. ¿Qué pasa? ¿No quieres que tu chica sepa que te vas a despelotar para todos los públicos?

Liam sonrió, pero se quedó pensativo.

—No, no es eso. Es que todavía no me ha tocado y ya sabes que yo soy más cortado para esas cosas de lo que parece —se justificó de una forma que no me acabó de convencer. Sospechaba que me escondía algo.

—Pues para tirarte a mi amiga en mi boda, no tuviste ningún reparo —la di una patada en la pierna para que se contuviese, que esta chica tenía la mala costumbre de no medir las palabras.

—Allí no pasó nada, Auro —la recordé.

—Porque tú no quisiste —añadió Liam guiñando un ojo, en una respuesta que no me esperaba dada nuestra situación actual—. Yo hubiese llegado al final, y sabiendo lo que sé, hubiese repetido.

Me acababa de dejar sin palabras, porque no lo entendía. Después de unas semanas de frialdad, de repente, llegaba mi amiga y se comportaba igual que cuando lo conocí, o como si no pasara nada entre ambos.

Se acercó y me robó un beso. Literalmente, robado.

—¿Qué has hecho de comer? —Se acercó a la cazuela y levantó la tapa para olerlo—. Joder, nena, como sigas así, voy a llegar rodando al parque de bomberos.

¿Rodando él? Pues si él iba rodando, yo iba a formar un alud. ¡Sería capullo!

El muy gilipollas se estaba burlando de mí. Nos miramos a los ojos y por primera vez en semanas, nos deleitamos con el momento.

—¿Queréis dejar de miraros así? Estáis igual que el día de mi boda. Sois repulsivos.

Y los tres nos carcajamos con el momento, en mi caso, liberada. No sabía cómo se sentiría Liam.



Capítulo 22

Los días junto a Aurora estaban siendo estupendos. Fue como un soplo de aire fresco dentro de toda esta pesadez. Su alegría inundó la casa y a Thomas, que no era el mismo. Hasta sentía celos; aunque Aurora insistiese en que era normal, yo seguía siendo el «enemigo a batir», o tal vez ya no, porque hasta conmigo estaba distinto. Bueno, seguía siendo un maldito caprichoso, pero a mí ya no me miraba como si quisiera colgarme de un pino.

Liam estaba extraño. No hablábamos demasiado. Aunque ejercía el papel de novio enamorado, que no era que no lo estuviese, pero sabía que algo le rondaba por la cabeza y no quería decirlo.

Esa noche, por fin, dormimos juntos. Necesitaba abrazarlo y sabía que él a mí también por la velocidad que llevaba para quitarse la ropa. Os preguntaréis por Thomas. Pues sí, el pequeño traidor había cedido a los encantos de la futura madre y mi amiga del alma, Aurora. Así que; estaba durmiendo con ella. Era posible que se hubiese dado cuenta de que Liam y yo necesitábamos estar solos y se las había arreglado para convencerlo, aduciendo que iba a estar muy poco tiempo aquí y que luego no podría achucharlo, sin sobornos ni compras.

Me preocupaba pensar que yo pudiera ser una inútil como madre, pero me venían de nuevo las palabras de Auro sobre que seguía siendo su enemigo y la ansiedad se me calmó, aunque no sabía cuándo me daría a mí esa oportunidad.

—Ven aquí, preciosa. —Liam se metió en la cama y me atrajo hacia él para hacer la «cucharita». Se sentía genial—. Te echaba de menos.

—Y yo a ti. —Me giré en sus brazos y me coloqué frente a él.

—Lo siento —confesó con tristeza.

—¿El qué sientes? —Lo miré risueña.

—Siento ser un inmaduro emocional que no sabe llevar los problemas que

seguro cualquiera puede.

—No es fácil vivir una situación como la tuya, Liam. No se trata de que cualquiera pueda. Eso nunca se sabe hasta que pasamos por ello y además, en este caso, Erin tampoco ayuda en nada.

—Erin...

—Bueno, ¿me vas a contar de una vez qué es eso del calendario solidario ese? —Le pregunté para cambiar de tema—. Porque si Óscar sale que es súper tímido...

—¡Vah, no es nada! Es que me han liado desde Bomberos Unidos sin Fronteras para hacerlo; y al principio, no me he podido negar, pero ya me estoy arrepintiendo —admitió mientras metía su cabeza en mi cuello y empezaba a respirar justo ahí, en ese punto en el que se perdía un poco la cordura.

—¿Por qué? —pregunté con la voz entrecortada.

—Porque no me gusta ir mostrando mi cuerpo por ahí...—Siguió con su pequeña tortura, ahora lamiendo cerca de mi clavícula.

—Por cómo nos conocimos, cualquiera lo diría —balbuceé ya casi al borde del gemido.

—Mi cuerpo es solo para mi chica. —Bajó las manos y ya empezó a buscar su tesoro escondido—. Y no me gusta que esté Moira pululando por ahí.

¿He escuchado bien?, ¿Moira?

Intenté quitarme sus manazas de encima porque no estaba segura de lo que había oído y quería, bueno más bien, necesitaba que me lo repitiese.

—¿Moira?

—Si, bueno, está de ayudante del fotógrafo —aclaró intentando quitarle importancia.

—¿Es fotógrafa? —indagué pretendiendo averiguar por qué coño no me lo había contado antes—. ¿Y desde cuándo está allí haciendo fotos?

—A ver. —Trató de volver a tocarme, pero yo no le dejé—. ¡Nena, déjame!

—¡No, explícate! —Me solté de su abrazo y me incorporé para sentarme de espaldas apoyada en el cabecero de la cama—. ¿Qué coño es eso de que la

pelirroja te está haciendo fotos desnudo?

Liam se colocó a mi lado y buscó mi mirada. Estaba nervioso, que se estuviese restregando la cabeza lo indicaba. Quería que lo entendiese, que confiase. Sin embargo no era de él de quien no me fiaba, era de la puñetera Moira, que estaba en todas partes.

—Como viste, Moira se dedica a la fotografía y bueno, acabó sus estudios hace unos meses y está haciendo las prácticas con Edmund Ross, el fotógrafo que ha cedido su tiempo para hacer el calendario.

—¡Qué casualidad! —ironicé cabreada.

—¿Ahora me vas a decir que lo he hecho yo a propósito? —Me sujetó de la barbilla y me puso frente a él para que lo mirase a los ojos.

—No es eso, pero es que esa tipa está siempre a nuestro alrededor y me molesta —Me quejé cruzando los brazos enfadada como una niña pequeña.

—No seas boba. —Tiró de mí para acercarme a él todo lo que pudo teniendo en cuenta la postura—. Sabes que soy tuyo, y que ella no me importa lo más mínimo.

Como mujer no sabía qué opinar de esa afirmación. ¡Joder, se acostó con ella, algún sentimiento habría tenido, digo yo! En cambio, como rival, ya le podían ir dando un poco por donde amargaban los pepinos.

—No es tu rival. —El lector de pensamiento acudió a su rescate, y al mío, invocado por mis celos—. Yo te quiero y eso no va a cambiar.

Poco a poco y sin que opusiera resistencia, me fue acostando en la cama mientras sus manos empezaban a jugar con mis sentidos. Sí dije bien, con mis sentidos, porque mi cuerpo estaba rendido a él desde el instante en que cogió mi barbilla y me colocó de frente a esos ojos que un día iban a provocar que se me salieran los míos. No me desvistió, tan solo me subió el camisón para facilitar la «terrible» tarea de penetrarme con sus dedos y que yo ya bailase al son de las embestidas que hacía con ellos.

Mientras me besaba, me incitaba, aunque en un arranque de dominación femenina, lo empujé para ponerlo de espaldas y me monté encima de él para restregarme contra su erecto pene y ahora sí, bailar a mi son. Me quité el camisón mientras continuaba mi movimiento de caderas y le escuché gemir, pero quería correrme así y que sufriese un poquito. Un poco de masoquismo

nunca venía mal.

—Lucía, déjame penetrarte. Lo necesito —reveló en el instante en que hice un poco de presión sobre él.

—No... —susurré de forma sensual.

En realidad, me apetecía hacerle sufrir un poco por ocultarme lo de Moira. ¿Por qué coño lo había hecho? Sacudí esos pensamientos de mi cabeza porque lo que me apetecía de verdad era correrme encima suyo y que viese lo que era una mujer de verdad y no una pelirroja putón. Así que; aceleré, tanto que casi le hice daño de la pasión que le puse. Aunque, lo que en inicio era un quejido de dolor, se había convertido en un gemido de puro placer. Me corrí, con una extraña sensación interior, pero lo hice, porque lo necesitaba, porque necesitaba estar muy cerca de él.

—Nena, ven aquí. —Me cogió como si fuese una muñeca en sus brazos para darme la vuelta y no dejarme pensar, porque me penetraba con tal fuerza que supuse que esta era la venganza por mi actitud anterior, aunque con las mismas consecuencias, el placer, y a él me entregué—. Eres el tesoro más bonito que me he podido encontrar, mi niña.

Con esas palabras me fulminó el cerebro, me volví a correr, y él se corrió conmigo.

Salió de mí y se tumbó en la cama boca arriba. De nuevo quería decirme algo, pero no se atrevió. Estuve a punto de preguntarle; cuando escuché el sonido acompasado de su respiración y me di cuenta de que se había dormido.

Otra vez a medias, y no de sexo precisamente.

Me preocupaba pensar que siempre nos sucedía igual y que, en el fondo, ambos éramos unos inmaduros emocionales.



Capítulo 23

—¡Vamos!

Me sacó de la cama a tirones y me llevó directa a la ducha.

—¿Vamos? ¿Adónde? —inquirí sorprendida por el arrebato.

Entró conmigo en la ducha y con una mueca burlona, intentó contenerse y no contarme, pero estaba segura de que lo iba a decir porque tenía pinta de ser algo bueno.

—A hacernos fotos —respondió con voz infantil.

—¿Fotos? —Levanté la ceja curiosa mientras el agua empezaba a caer sobre nosotros.

—Sí, fotos. De familia. Esta mañana he hecho una llamada al señor Ross y ha accedido amablemente a realizar un *book* de los tres juntos. —Fruncí el entrecejo, Moira me vino a la cabeza y se me quitaron las ganas de ir—. Ella no va estar, es una sesión privada.

Podría decir que eso de que me leyese el pensamiento no me gustaba, aunque en este caso, me agradase. Pero qué miedo me dio sentirme tan obvia ante él.

Nos duchamos a toda prisa, bueno con algún que otro cariñito, tal vez un mimo demás. Lo cierto es que echamos uno rapidito que hizo que la prisa fuese menor y nos preparamos para la sesión.

Ambos con *jeans* y *blazier* a juego y camiseta blanca debajo. Nos miramos y sonreímos. Algo liberador se asentó en mi pecho y me hizo sentir, no supe qué pensar, como en paz con el mundo. Íbamos a salir de la habitación cuando Thomas entró de la mano de Aurora vestido de la misma forma que nosotros. Mi amiga me miró y me guiñó un ojo. Algo sabía de esto la muy cabrona y no había soltado prenda. La abracé porque la quería y tenerla aquí había calmado, aunque fuese un poquito mi ansiedad.

Thomas, con un gesto me pidió que me agachase. Encogí los hombros y lo

hice. Una vez frente a él, se acercó a mí todo lo que pudo y me susurró al oído.

—Estás muy guapa, Lu.

Nunca había dejado que me llamasen Lu, lo detestaba, solo le dejaba a Aurora llamarme así. Vale, no me lo esperaba. Fue precioso. Su cambio de actitud hacia mí era paulatino, sin embargo, parecía que ya me odiaba un poco menos.

¡Por Dios, Lucía, era un niño! Se suponía que la adulta era yo, pero las malas formas de Thomas me habían afectado demasiado.

Salimos de casa y nos dirigimos al estudio de Edmund Ross en el coche. Liam estaba nervioso, el resto de ocupantes del vehículo, también. ¡Hasta Aurora!

Pero, ¡si eran unas simples fotos!

No, Lucía, eran algo más.

Era el miedo a que pudiesen ser nuestros últimos momentos juntos lo que nos había llevado a este momento, y Liam lo sabía, por eso quería que las hiciésemos.

Llegamos al estudio. Era uno de los más antiguos de Dublín. Existía desde el año 1963, y a fecha de hoy, sus herederos conservaban la esencia de sus orígenes. Desde reportajes familiares, bodas a personalidades importantes del país, y también acciones solidarias como el calendario de bomberos europeos.

Nos recibió una chica joven que dijo ser la secretaria del actual señor Ross, que nos acompañó a una sala diáfana con paredes blancas y suelo de madera. Tan solo estaba ocupada por varios tipos de focos, cámaras y demás útiles usados en la fotografía.

Avanzamos los cuatro hacia el interior y nos quedamos esperando, hasta que unos minutos más tarde; apareció un señor de unos cincuenta años, con una sonrisa de anuncio de dentífrico, que se acercó a nosotros con el brazo estirado para saludar.

—Bienvenido, Liam. —Nos miró al resto y repitió el gesto—. Soy Edmund Junior; pero, por favor, llamadme Eddie, y voy a ser vuestro fotógrafo —saludó a Thomas tocándole la cabeza y le guiñó un ojo—.

Entonces, ahora que nos hemos presentado... —Se frotó las manos—. Pongámonos a trabajar.

Nos llevó hacia una plataforma central donde había una serie de taburetes de tela acolchada y varios objetos decorativos. Nos dispusimos a colocarnos cuando el fotógrafo nos interrumpió.

—Esperad, que mi ayudante nos echa una mano —miró hacia la entrada—. Ahí viene.

Mi corazón empezó a palpar con nerviosismo preocupada porque la ayudante fuese mi odiada Moira, pero no, la que vino era una señora como de la misma edad que él y que se presentó como la hermana del señor Ross, Linda Ross.

Empezamos con la sesión en posiciones normales de familia. Thomas sentado encima de Liam y yo al lado de ambos. Ellos solos. Se notaba que Liam ya tenía algo de soltura con eso del calendario, porque se le veía más desenvuelto que a mí, que parecía que me habían metido un palo por el culo.

Llegó un momento en el que Edmund pidió a Thomas que se apartase un momento para tomarnos un par a nosotros dos. Nos miró con complicidad y Liam y yo nos ruborizamos justo cuando lo hizo. Aunque al principio no supimos por qué, lo averiguamos cuando nos pidió que nos quitásemos las chaquetas e hiciésemos algo un poco más sensual entre los dos.

—Thomas, mientras acaban estas fotos, ¿por qué no vamos a comprarnos unas chuches? —preguntó mi sabia Aurora a Thomas porque ya empezaba a ver el percal y era mejor que el niño no estuviese presente en esta parte de la sesión.

—Pero, ¿y si acaban y yo no estoy para el final? —preguntó el niño preocupado por perderse el final de las fotos.

—Te aseguro que esto es mejor que te lo pierdas —murmuró ella.

—¿Qué? —respondió el niño al no haber escuchado las palabras de Aurora.

Ella tiró con suavidad de su brazo para sacarlo del estudio.

—Nada, cielo. —Sacó de su bolso el móvil y se lo enseñó—. En cuanto acaben nos llaman y así no te pierdes la parte final.

Ellos se fueron y comenzó una sesión que no me esperaba y Liam, menos.

—Ahora quiero que me mostréis vuestro lado más íntimo.

Puse los ojos como platos porque si había algo de lo que estaba segura, era que no me pensaba poner en pelotas delante de este señor. Él se dio cuenta y me miró divertido.

—Tranquila, Lucía. Solo quiero que poses, pero quiero esas miradas que veo que escondéis para que Thomas no las vea, y solo puedo hacerlo si os tengo solos.

Ambos asentimos un poco con pudor y otro poco con unas extrañas ganas de hacerlo. ¡A ver si ahora íbamos a ser unos exhibicionistas los dos! Pero no, porque nos dimos cuenta de lo que él quería cuando la sesión empezó.

No fueron muchas posturas, solo un par de prueba y el toque final para un par de fotos. Al principio era todo más frío. En cambio, el clima se transformó, en el instante en que nos pidió que nos mirásemos a los ojos y fue ahí, al hacerse todo más intenso, cuando empezamos a disfrutar y Edmund se puso como loco con el pulsador de la cámara. Tomó fotos a diestro y siniestro y nosotros nos sentimos cómodos con nuestros cuerpos.

Entonces llegó LA FOTO. Una en la que yo estaba sentada a horcajadas encima de Liam. Lo agarré por el cuello y nos miramos como si fuese la última mirada entre los dos. Por un segundo, y sin que Edmund nos dijese nada, nos detuvimos uno frente al otro y, con la tentativa de un beso, nos acercamos. En cambio el beso no llegó, fueron solo las ganas. Un flash, intentos infructuosos de contacto; y, finalmente, la puntilla, la excitación que provocaba esa sensación. Otro flash. Fue mágico.

Estábamos a punto de besarnos para quitarnos las ganas; pero fue justo cuando el fotógrafo nos paró. Ahí creo que a los dos se nos encogió el vientre. Aspiramos profundo y nos separamos sin querer hacerlo.

Había situaciones en las que nos dábamos cuenta de lo que había entre nosotros, y esta era una de ellas.

Aunque la magia de todo; se jodió y sí, se jodió pero bien, cuando vi entrar por la puerta una odiosa melena pelirroja. Liam y yo estábamos a medio vestir y la zorra no dejaba de mirarlo.

—¡Liam, no sabía que estabas aquí! —Me miró a mí y se le desencajó el gesto—, con ella.

—Hola, Moira —saludé para que le quedase bien clara mi presencia—. Nos hemos venido a hacer unas fotos de «familia». —Otra aclaración más, por si acaso.

—Ho...hola, Lucía —la había dejado sin palabras, vaya, no me lo podía creer—, menuda sorpresa, Liam —por su actitud, comprobé que la sorpresa también había sido para ella.

—Moira, no sabía que hoy estarías aquí —intervino Liam—, si lo llego a saber...

—Me hubieses avisado, ya lo sé —añadió con una falsa sonrisa.

«Precisamente es lo que no ha hecho, gilipollas»; ya sé, con treinta y dos años y actuaba como una niña con esta payasa.

—Sí, sí —afirmó Liam sin mucha convicción.

—Bueno, ya hemos acabado —interrumpió Edmund—. Gracias chicos, y tú — se dirigió a Moira—, ya que has venido, puedes ayudar a recoger todo esto Moira, gracias.

—...Y así dejas de babear sobre mi novio —murmuré en español.

—¿Decías, Lu? —preguntó Moira con toda la mala intención porque era consciente de que había dicho algo pero no pudo entenderme.

—Lucía, me llamo Lucía, y he dicho que menudo desorden que te hemos dejado —le señalé con la mano el estudio con todo lo que la iba a tocar recoger y le devolví la falsa sonrisa.

—Bueno Moira, nos tenemos que ir —Liam se acercó a mí y me agarró por la cintura—, Thomas nos está esperando abajo.

Hicimos el amago de ir hacia la puerta pero la pelirroja nos detuvo.

—Espera, Liam, que se me ha olvidado decirte algo, en privado —me miró a mí con cara de ya demostrado desprecio.

—¿Es importante? —inquirió Liam—, porque si lo es...

—Es por Thomas —respondió llena de orgullo pensando que yo vivía al margen de ese tema.

—¡Ah! Si es por eso, no te preocupes, Lucía lo sabe todo, así que lo que tengas que decir, lo puedes hacer delante de ella.

A Moira no le cambió el gesto y eso me preocupó.

—Es que te dejaste la cartera en mi casa el otro día cuando viniste a hablar

de él.

Entonces la que se quedó sin palabras fui yo. ¿En casa de Moira? ¿Qué coño hacía Liam en casa de Moira? ¿Y por qué no me lo había dicho? ¿Por qué me escondía las cosas?

Intenté reaccionar de la manera más natural que mis celos me permitieron y los miré a ambos con aparente normalidad.

—Bueno, pues te acercas a casa y se la llevas sin problema, ¿no, Liam? — lo miré encogiendo los hombros y con una mirada que no me la creía ni yo.

—Sí, sí, ven a casa y la traes —Liam me agarró de la mano para sacarme de allí, antes de que le arrancase los ojos yo a ella—; bueno chica, ¡nos vamos!

La dijo adiós con la mano, pero Moira se adelantó para darle un beso en la mejilla de despedida y a mí nada de nada.

Salimos como alma que lleva el diablo, con un Liam deseoso de calmar las aguas de este río revuelto.



Capítulo 24

—Si no la paras tú, un día lo voy a hacer yo y no va a ser agradable —le dije al salir, a la vez que soltaba mi mano y aceleraba el paso—; ¿qué coño tienes tú que hablar con esa en su casa? No entiendo nada, Liam. No sé qué demonios haces conmigo cuando al menor problema, vas donde ella a desahogarte.

Liam corrió detrás de mí para intentar atraparme.

—Tenía intención de decírtelo.

—Pues, por tu reacción no lo parecía en absoluto —intentó sujetarme del brazo pero me aparté bruscamente—; ¿qué quieres de mí? —me giré esperando su respuesta, sin embargo, no escuché nada, solo su silencio. Continué mi camino porque esa falta de respuesta había dolido, no confiaba en mí.

—Ella me conoce muy bien —confesó de repente—, llevaba tres años con nosotros, prácticamente ha criado a Thomas, y la bruja de Erin, no me digas por qué, confía en ella. Me dijo que podía ayudarme con el asunto de la custodia y...

—Tú caíste como un idiota —me giré de nuevo para encararle—, ¡espabila, Liam! Su único interés es recuperarte a toda costa, porque a pesar de que la he visto tontear con otros por ahí, te quiere de nuevo entre sus piernas.

—No voy a caer en eso. ¡Yo te quiero a ti!

—¿No ves que está jugando contigo? Y todavía peor, Liam, con tu actitud inmadura con respecto a Thomas. Nunca has tomado una decisión firme sobre el niño —entonces sí que las palabras empezaron a salir de mi boca desbocadas y no había quien las parase—, siempre has necesitado ayuda, educas a Thomas como si fuese tu amigo, no tu hijo. Es cierto que todos los padres nos rendimos a los hijos en determinadas ocasiones, normal, son más

listos que nosotros, pero a veces hay que ser el malo de la película aunque no nos guste. ¡Eres su padre! Si pretendes que forme parte de esta familia, tienes que ayudarme porque yo no tengo libertad para poder ayudarte con su educación, Liam. ¿Te parece normal que el niño siga durmiendo con nosotros todas las puñeteras noches?

—¿Habla de nuevo la experta en maternidad o la abogada? —eso fue una puñalada rastrera que no me merecía. Sabía que no era madre, pero no era justo que para defender su postura, me atacase así.

Di media vuelta para irme volando de ahí antes de que volase una bofetada; cuando sentí los pasos de Liam siguiéndome.

—Lo siento, lo siento, joder —intentó detenerme—, soy gilipollas, lo sé. Todo este tema de Thomas me está trastornando, no pensé que... —se quedó pensando lo que iba a decir aunque como yo ya lo sabía, lo finalicé por él.

—Que mi llegada pudiese estropearlo todo.

—No iba a decir nada de eso, Lucía.

—Tal vez fue una decisión precipitada venir aquí, no estabas tan preparado como pensabas para esto —sonreí irónica—; a lo mejor, yo tampoco.

—No vuelvas a decir eso —me arrastró hacia él para abrazarme—, eres lo mejor que le ha pasado a este desastre de casa, y a mí. Sí, soy un inmaduro, pero te necesito a mi lado para salir de esta.

Nos quedamos abrazados un segundo. Me dolía pensarlo, pero pensaba que Liam necesitaba salir de esto solo para madurar y a lo mejor avanzar. Aunque me sentí tan egoísta que intenté no pensar en esa idea, porque a pesar de todo, Liam era lo mejor que me había sucedido en estos años.

—Vamos a salir de esto, juntos; nena. Te necesito.

Seguimos fundidos el uno en el otro; hasta que el sonido del niño más rápido de Irlanda llegó a nosotros.

—Papi, papi. ¡Mira lo que me ha comprado Aurora! —le enseñó al padre lo que mi amiga le acaba de comprar —, el libro de *El Principito*. Dice que todos los niños del mundo lo tienen que leer alguna vez para poder ser grandes personas de mayores —me miró a mí con todo el orgullo del mundo y, aunque me alegrase de que un libro le pusiera tan feliz, me bajó la moral

pensar que en estos meses yo había tenido esa idea y que Auro, en unos días, hubiese avanzado más con él que yo, lo que me hizo recordar las palabras que Liam había dicho antes, y que era posible que tuviese razón. Yo no era madre y tenía la sensación de que tampoco instinto.

—¡Qué bonito, Thomas! —su padre se agachó para cogerlo en brazos—. Lo puedes leer con Lucía, a ella le encantan los libros —el niño me miró a mí con resignación y asintió. Todo no se podía conseguir en un día.

—Yo creo que estás deseando que papi te lo lea, ¿verdad? —. Le miré con una ternura que ni me imaginaba en mí, pero la realidad era la que era y el niño no quería que fuese yo la quién lo hiciese. En cambio, esta vez, me sorprendió reaccionó con gesto ilusionado.

—Pero cuando papi no esté, puedes hacerlo tú —me pidió mostrando el libro para que lo cogiese.

Vale, tenía que admitir que, con ese gesto me ganó. No me lo esperaba de él. Las cosas como eran.

—Pero hoy —intervino Aurora—, seré yo quien te lo lea y así les enseñarás a ellos cómo se lee un cuento de verdad.

Thomas respondió entusiasmado con la idea. Se bajó de los brazos de su padre y le dio la mano a Aurora, quien me guiñó un ojo con complicidad. ¡Ay, amiga! Si tú supieras las pocas ganas que tenía de estar a solas con Liam en este momento.

Era la penúltima noche de Aurora en Dublín. Me deprimió solo pensarlo. La idea de que se fuese y me dejase aquí con todos mis celos y las desconfianzas de Liam, hacía que me entrasen las ganas de irme con ella. Pero no, debía ser una persona adulta y encarar la situación.

Íbamos a ir a cenar con los amigos de Liam al *Temple*, la taberna irlandesa más famosa de Dublín, que Auro quería conocer antes de irse. En cambio, y debido a que Thomas no quería quedarse con otra niñera que no fuese mi odiada Moira, nos tuvimos que conformar con unas pizzas en casa. No había mal que por bien no viniese. Hubo una increíble paz en la mesa porque al niño le encantaba la pizza.

Esa noche, y como si todos los astros se hubiesen alineado y todo pudiera salir bien, Liam y yo de nuevo dormimos solos. Me hizo el amor despacito,

como la canción. Nos mirábamos a los ojos y era como la primera vez en el *Zouk*. Todo limpio, sin brechas, recordando el motivo que nos había llevado a esto. Nos tocábamos el uno al otro buscando reconocer lo que sentimos cada vez que nos tocábamos. Un alud de sensaciones que reconocían lo que éramos, que no fue una noche de calentón, que aquel día, en la boda de mi mejor amiga, ocurrió un flechazo que nos atravesó el alma, y que durante estos extraños meses, lo habíamos olvidado entre tantos reproches y dudas. Era lo que tenía eso de construir el tejado antes que las bases de la casa, que corría el riesgo de desmoronarse si no la apuntalabas bien.

Un beso en los labios casi sin rozar; y un recuerdo que nos venía a la cabeza a los dos. Una sonrisa cómplice y otro recuerdo. Su cuerpo desnudo esperando mi llegada al hotel. Manos perdidas entre piel conocida a ratos, desconocida en otros. Dedos que tocaban montículos de deseo que se iban hinchando hasta provocar el clímax. Un miembro lánguido que crecía al ritmo de cadenciosas caricias y, de nuevo, el recuerdo de lo que nos había llevado a esta cama, a esta noche. La llegada rápida de un amor con fisuras que crecía tanto como su pene entre mis manos y, yo gemí. Me desgrané entre sus dedos saboreando la sensación placentera de un orgasmo que me agotó por fuera y me llenó por dentro. Me gustaría pensar que las personas madurábamos al ritmo del amor, pero no era así. Cada una tenía su momento. Y, en este caso, el nuestro iba a destiempo, porque aunque luchábamos para nadar a contracorriente; tal vez, lo lograríamos.

Se corrió encima de mi abdomen y, antes de que pudiera recuperarme, él ya lo había hecho para; en esta ocasión, fundirse entre mis piernas mientras me susurraba que tenía miedo de perderme como yo a él. Nos besábamos entrelazando nuestras lenguas como si fuese un compromiso. Y volvimos a empezar. Esta vez más rápido, más intenso, más carnal. Como era él, como éramos nosotros.

—Te quiero, Liam —confesé a la vez que el orgasmo se instalaba de nuevo en mí.

En cambio él no respondió. ¡Maldito, dilo! Pero solo callaba y se movía dentro de mí con furia; llegó un momento que hasta parecía enfadado. Me di cuenta porque no dejaba de mirarme y pude descubrirlo en esos ojos que me

abrasaban cada vez que me miraba. Nunca pensé que se podría amar así. Pero menos imaginé que no estuviese preparada para ello. Agarró mis manos y las colocó por encima de mi cabeza. Con una mano las sujetó y con la otra se aferró a mi cadera. ¡Dios! Si hubiese podido detener el mundo en ese momento, lo hubiese hecho, porque me estaba perdiendo en la sensación más bestial que jamás había tenido y no quería que acabase. Liam se sentía igual, lo podía adivinar. Éramos como dos piezas de un puzzle que encajaban a la perfección encima de una superficie que no era muy estable, eso éramos.

El orgasmo se acercaba, empezó a fluir dentro de mi cuerpo. Sentí cómo empezaba desde la nuca y bajaba con rapidez por la columna hasta llegar ahí, a ese punto donde el cosquilleo explotaba y la onda expansiva recorría todo mi cuerpo. Justo entonces fue cuando me desvanecí y volví a aparecer reconstruida. Liam era capaz de hacerme eso y más.

Murmuró algo entre dientes que no supe lo que fue porque ahora no era capaz de distinguir entre las palabras y una gota de lluvia. Salió de mi interior, me besó suavemente y, sin apenas apartarse, me abrazó. Fuerte, muy fuerte, tanto que casi me hizo daño, aunque dejé que lo siguiese haciendo y, fue justo entonces cuando, por primera vez, vi al Liam que no había querido distinguir desde que lo conocí. Era un niño con cuerpo de hombre.

Nos quedamos dormidos sin decir nada. No pudimos. La angustia se apoderó de mí otra vez. No pude evitar pensar de nuevo que tal vez había sido un error precipitarme a cometer esta locura. En cambio, sabía que no cambiaría nada de estos meses porque, a pesar de todo, era feliz.

La noche transcurrió extraña. Apenas había dormido, porque esto del sexo revelador me quitó el sueño. Pude ver a Liam dormir, aparentemente tranquilo, esplendorosamente desnudo, y con mis ojos tracé líneas por su cuerpo, lo besé sin tocarlo y le dije sin palabras lo mucho que lo amaba.

El despertador sonó temprano. Liam estaba en su semana extraña de guardia. Esas que, aunque no tenía que estar en el parque de bomberos, debía tener el teléfono a mano para cualquier emergencia. Así que se levantó pronto para salir a correr y no perder el ritmo. Lo miré vestirse desde la cama. Él hizo lo mismo. Jugamos a tocarnos con la mirada, y eso despertó nuestras ansias de nuevo. Pero el ruido de la puerta nos cortó el rollo, y es que

Thomas era experto en apariciones estelares.

—Hola, papi. ¿Puedo meterme en la cama con vosotros? —entró en la habitación restregándose los ojos y más dormido que despierto.

Liam se estaba poniendo las zapatillas de correr sentado en la cama.

—Yo voy a salir a correr, te puedes quedar con Lucía —el niño se me quedó mirando decepcionado. Dejó de manifiesto que no tenía muchas ganas de hacerlo.

—Si quieres podemos despertar a Aurora, y nos metemos aquí los tres — le tenté tratando de ser más amigable con él.

Al niño le cambió la cara, al parecer esa idea era mejor. Thomas me daba Una de cal y otra de arena.

—¡Sí, estupendo! ¡Voy a ir a buscarla! —salió del cuarto en busca de mi amiga, que hoy ya se nos iba de vuelta a Madrid. La iba a echar de menos.

Liam se acercó a mí y me besó.

—Eres maravillosa. Y sé que tú y yo tenemos una conversación pendiente. Te juro que hoy no me escabullo de ella —afirmó en relación al inicio de pelea de ayer sobre mi odiada Moira.

Salió de la habitación y escuché sus pasos hacia la puerta. Ese hombre me llenaba el alma, lo juraría. No sabía qué haría si esto no funcionaba. Creo que me escondería en un convento de clausura y no saldría hasta el día del diluvio universal.

Auro y Thomas entraron en la habitación y se tumbaron conmigo. No me había dado cuenta de que estaba medio desnuda, y tuve que hacer encaje de bolillos para ponerme el camisón disimuladamente. Hablamos un poco, Aurora me dio vía libre para que tomase yo la iniciativa en la conversación; y como veinte minutos más tarde, nos volvimos a dormir.

No supe el tiempo que transcurrió, porque para cuando quisimos darnos cuenta, estaba sonando con fervor el timbre de la puerta. Me desperté sobresaltada y bajé corriendo hasta la puerta pensando que era Liam que se había olvidado las llaves, pero no. Al abrir me encontré a un señor con aspecto de funcionario de prisiones (la verdad es que aquí la gente de servicios sociales tenía una pinta indescriptible) que me miraba raro por mis pintas al abrir la puerta, y es que seguía en camisón.

—Esta es una notificación para el señor Liam Brennan.

Me entregó un sobre certificado, dio los buenos días; y, como un personaje salido de *Expediente X*, se largó como había llegado, casi ni se le vio.

Cerré la puerta y miré el sobre. Estaba segura de que era la notificación judicial para ir a que leyesen la sentencia provisional del juez. Las manos me empezaron temblar y el sobre se me cayó al suelo; justo entonces, entró Liam por la puerta.



Capítulo 25

El sobre seguía en el suelo. Liam lo miró como si quemase y yo no me atreví a recogerlo. Fue Thomas, quien bajaba de su cuarto, el que lo vio en el suelo y nos lo dio.

Quemaba, pero no por el fuego. Había algo más duro que hizo que quemase. Era el miedo a perder al niño. El miedo de los dos.

Liam lo abrió, lo lee, y me miró.

—Tenemos que estar mañana a las 10 de la mañana en el juzgado del distrito de *Cloverhill* —indicó mientras no apartó la vista del papel.

—¿Veré a la abuela? —preguntó Thomas—, tengo ganas de verla.

Esa pequeña confesión no sé si fue un jarro de agua fría o simplemente le dejó indiferente. A ver, era normal que el niño quisiera ver a su abuela. Por más arpa que fuese, era su abuela; pero escucharle hablar de ella; costaba, porque una cosa era lo que sintiese el niño; y otra era lo que veíamos los adultos.

—Sí, cariño —me puse a su altura y le acaricié la mejilla—, podrás ver a tu abuela.

—¡Sí! —afirmó el niño feliz de la vida e ignorante de la situación real a la que nos enfrentábamos.

Aunque, por un instante, logré atisbar algo extraño en la forma de mirarnos del niño. Sí, estaba feliz de ver a su abuela, pero había algo, que en el fondo no supe reconocer y me inquietó. Nos miró de una forma que no me cuadraba con su alegría.

Aurora bajó de la habitación ya preparada que, al vernos la cara, sospeché algo y trató de ser discreta. Lo dicho, era un amor de mujer.

—Voy a preparar el desayuno. ¿Me acompañas, enano? —le dijo a Tommy, ofreciendo su mano para que se la diese y fuesen juntos a la cocina —, ¿qué tal unos *hot cakes*?

Se dirigieron a la cocina. El niño puso cara de satisfecho y saboreó el desayuno sin haberlo empezado. Mientras Liam y yo nos quedamos en la entrada mirándonos, sin decir nada, aunque sabiendo lo que pensábamos. Jugueteeé con mis dedos tratando de encontrar una forma de iniciar la conversación, pero Liam se me adelantó.

—Es solo un juzgado menor, todavía le queda la Corte Superior y el Tribunal Supremo —ironicé intentando sacar una broma de todo este lío.

Los dos nos echamos a reír de una forma casi estúpida, tal vez nos hacía falta, no supe. El temor pululaba por los pasillos de esta casa.

—Vamos a desayunar esos *hot cakes* de Aurora —Liam cogió mi mano y me arrastró con él.

—Sí, vamos, porque no me fío nada de la cocinera —como respuesta, me dio un beso en la mejilla que me supo a cosas que quise retener en mi memoria siempre.

El día se desarrolló más o menos tranquilo. Como era el último de Aurora en Irlanda, planeamos un día de turismo cultural, ya que la mujer, desde que llegó, había visto poco más que nuestra casa y los parques.

La Catedral de San Patricio, el museo de arquitectura, la biblioteca *Chester Beatty*; y cómo no, en honor a su cervecero maridito, además de que era una visita que Liam y yo teníamos aparcada (lo típico de «bueno sí ya iremos mañana...»). La fábrica de *Guinness*, donde Aurora casi se nos desmayó de la impresión; además de que, como estaba embarazada, no pudo probar una gota de alcohol, eso en medio del templo de la cerveza, tuvo la lengua fuera a lo *Homer Simpson* toda la visita. Es que mira que era morbosa mi amiga, venir a un sitio en el que no podía probar nada de lo que había. Para rematar la faena, la destilería *Old Jameson*, aunque esta vez era para comprar un par de botellas de *whisky* para su chico.

—Ahora entiendo por qué Óscar te adora, lo tienes todo el día sedado —me burlé de ella al ver cómo le compraba detallitos de la tienda a su chico.

Me sacó la lengua y sonrió de esa forma que me recordó lo que se sentía cuando amabas. Yo hubiese hecho lo mismo por mi chico.

Después del intenso día, les pedí acercarnos a visitar a alguien que se ha convertido en mi amigo. Quise presentarles al protagonista de mis charlas al

lado de una de esas cervezas que tan bien servía, quise presentarles a Mallone. Sí, no os riais, ya me caía bien y todo.

—Hola chica, ¿buscas trabajo? —nos recibió con su ya famoso saludo.

Liam me miró extrañado y yo me eché a reír. Si él supiera...

—¡Vaya! Si has venido con tu hombre —me dijo mirando a Liam—, hola, hermano, soy Mallone, ¿buscas trabajo?

Este hombre era la bomba. Sus formas de entablar una conversación con la gente hacían que me partiese de risa.

—¿Y qué quiere tu hombre? —me preguntó a mí como si Liam no estuviese.

Mi hombre, ese determinante posesivo que, y no os riais de mí, me trajo a la cabeza la canción de *Sonrisas y Lágrimas*, sí esa de, «mí, denota posesión, fa, es lejos en inglés...». Vale, ya sé lo que vais a pensar, que estaba perdiendo la cabeza y que debería dejar de ver musicales. Lo primero era cierto, y es que creo que este país me estaba devolviendo a mi tierna juventud. Sin embargo, y fuera de bromas, ese “tu hombre”, tan irlandés, tan personal, me sonó muy bien, muy de película romántica.

—Su hombre quiere una pinta bien servida —Liam estiró la mano para saludarle sonriendo—, hola, colega, ¿qué tal está el peor camarero de Irlanda?

Me quedé alucinada mirando a los dos hasta que caí en la cuenta de algo.

—¿Os conocéis? —pregunté confundida.

—Y quién no conoce al camarero más cotilla de todo Dublín —respondió Liam riendo.

—Oye, chico, decídete, o soy el más cotilla o el peor camarero, las dos cosas no me caben en el cerebro.

Las carcajadas hicieron que la gente del local se volviese a mirarnos y es que, los irlandeses eran ruidosos, sí, pero fuera de Irlanda; cuando jugaban en casa, no solían ser tan, llamémoslo, abiertos.

Tomamos algo en el banco exterior porque con el clima que hacía merecía la pena, y a nuestro pesar, nos recogimos temprano, porque además de estar agotados, mañana era la vista por la custodia de Thomas en la Corte.

—Mañana voy con vosotros —me susurró Aurora al entrar en casa.

—Nena, de verdad, no hace falta. Puedes esperarnos aquí, es un marronazo —negué con la cabeza porque no es que no quisiera que viniese. Me encantaba su idea, pero estaba embarazada y no podía permitir que se agobiara por esta situación.

—Estaré allí y no hay nada más que añadir —afirmó de forma categórica, y es que cuando a Aurora se le metía algo en la cabeza, no había forma de sacárselo.

—Si el niño te sale con mala leche, te recordaré por qué —en represalia me dio un pellizco en el culo y salió, todo lo corriendo que pudo hacia la habitación.

Thomas subió con ella para ayudarla con las maletas. Mientras tanto, Liam y yo nos quedamos en la cocina.

Estaba preocupada por Liam. Era consciente de que mañana sería un día complicado y si le costaba enfrentarse a un niño para resolver un problema sencillo, no quise ni pensar lo que le tenía que estar bullendo en su cabeza en esos momentos. Encima no decía nada, no lo había hecho desde esta mañana, con lo que me preocupé todavía más.

Observé que se quitó la chaqueta y la dejó en la silla. Empezó a sacar cosas de sus bolsillos y las dejó en el aparador. No le hubiese dado más importancia, de no ser porque lo que vi aparecer en sus manos es su cartera, sí esa, la que dejó olvidada en casa de Moira hace unos días.

Sentí cómo los celos empezaron a hacer su aparición en forma de color rojo en mi cara. ¿Fue dónde esa pequeña pécora y no me dijo nada? ¿Por qué no me contaba las cosas?

—Veo que has recuperado tu cartera —le solté con ironía a ver si se daba cuenta de lo que pasaba por mi cabeza.

—No empieces, Lucía —se defendió—; cuando salí esta mañana; aproveché a ir a casa de Moira y recogerla. No he estado ni cinco minutos en esa casa.

—¿Vive sola? —pregunté asombrada. Aunque se me olvidaba que los irlandeses eran más espabilados que los españoles en eso de irse pronto de casa, aun así quise saberlo.

—No. Nena. Vive con unas amigas en un piso cerca de aquí, me pillaba de

paso. ¿Ya has acabado con tu interrogatorio?

—No te pongas a la defensiva, Liam, tengo mis razones. No es por ti, es de ella de quien no me fío. Busca mil excusas para poder verte a solas.

—Entonces tú no ataques. Si no te fías de ella no es mi problema, de quien te tienes que fiar es de mí, que soy tu pareja.

Me agarré las manos y empecé a retorcerlas porque en el fondo sabía que tiene razón, pero es que era escuchar el nombre de Moira o algo relacionado con ella y sacaba a la chulapa que llevaba dentro de tal forma que, me daban ganas de arrancarle la peluca pelirroja a mordiscos. Me podía, esa tipeja, me podía.

—Ahora si no te importa, quiero ir a dormir en paz. Mañana es un día muy complicado para todos y no quiero que el juez nos vea con cara de habernos corrido una fiesta —se despidió de una forma tan fría que me dolió, aunque sabía que me lo había ganado por desconfiada.

Lo seguí hasta nuestra habitación y comprobé que se dirigía a la de Thomas para darle las buenas noches; me acerqué, los miré desde la puerta y se me derritió el corazón al ver la complicidad de ambos. Un empujón desde atrás me indicó que Aurora estaba detrás de mí y me incitó a que fuese con ellos dos. Entré, me puse a su lado; y la cara de Thomas no fue para darme la bienvenida precisamente, pero aguanté el tipo y me quedé. Resoplé por dentro y me dije a mí misma que algún día esto cambiaría, que Thomas me acabaría aceptando. El niño abrazó a su padre y les oí susurrar algo que no logré entender, creo que era en gaélico. Tenía que averiguar qué significa lo que le dijo, algo así como, «*Is grá liom thú*».

Fuera lo que fuese, escuchado en un susurro sonaba precioso, y me hice un apunte mental para preguntar a Liam qué significaba.

Se separaron para tener el espacio justo de darle un beso en la coronilla antes de acostarse. Vi que miró a Aurora, que estaba esperando junto a la puerta, para que se acostase junto a él. Le dimos las buenas noches y salimos del cuarto.

¿Me sentí desplazada en ese momento? Podía ser, sin embargo, también entendí que era su momento, porque mañana, no sabemos qué era lo que podía suceder.



Capítulo 26

El despertador sonó dos veces. Había dormido de pena, Liam también, no dejó de dar vueltas en la cama, y como a las cinco de la madrugada me quedé frita, pero no por el sueño, sino más bien por el cansancio. Eran las siete y cuarto de la mañana; e iba a ser que el juez creería que habíamos estado de juerga, porque las ojeras que podía tener serían de antología; vamos, como recién salida de una fiesta de *Halloween*. Aunque mi sorpresa fue mayúscula; cuando al mirarme en el espejo, me vi más fresca de lo que imaginaba. ¡Gracias crema de noche!

Liam no estaba en la cama. Supuse que su culo inquieto no había podido aguantar mucho si se despertó temprano. Eso si había dormido, claro.

De repente, escuché la puerta de la casa abrirse. Imaginé que habría salido a correr. Eso que, aparte de mantener su cuerpo serrano, le habría servido para despejarse. Yo me bastaba con una buena ducha y un café bien cargado.

Bajé las escaleras y lo vi rondar en la cocina. Me oyó llegar porque, se dio la media vuelta y me sonrió. No era una de sus mega sonrisas panorámicas, pero me bastó para necesitar un cambio de ropa interior, porque una sonrisa de este hombre, podía derretir los polos, y a mí, claro estaba. Entonces me vino a la cabeza que no me extrañaba que la pelirroja estuviese igual que yo, como para no estarlo.

—Buenos días —le saludé acercándome a él para besarle la mejilla—, ¿has salido a correr?

—No —respondió poniendo morritos (otro elemento de su cuerpo que me ponía en combustión espontánea) —, he ido a comprar el postre favorito de Thomas y, desde ahora, el nuestro: *Apple pie*.

Me mostró una caja enorme con un *Apple pie* que debía ser como para diez personas y la mesa puesta. Café, zumo recién hecho y un sobre encima del plato de desayuno de Thomas y otro en el mío. Fui directa a por mí sobre,

cuando me detuvo.

—No seas impaciente, tienes que esperar a Thomas y a Aurora.

Casi no había terminado la frase, cuando vi aparecer a ambos por la puerta. Venían jugando, relajados, como si Thomas no fuese consciente de a lo que íbamos a enfrentarnos en un par de horas y normal, con siete años, seguramente no lo era. En cambio, Liam sí, porque parecía que se estuviese despidiendo de su hijo, y no era justo ni correcto.

—¡Papi! ¡Me has comprado *Apple pie* para desayunar! —fue directo a la mesa en cuanto vio lo que había en ella. Empezó a comer sin esperar a que los demás nos sentásemos y obviando el sobre que estaba encima de su plato.

Lo dejamos pasar porque hoy no era día de educación infantil, era día de familia. Nos sentamos todos en la mesa y antes de que diésemos cuenta de la tarta, Liam intervino.

—Antes de empezar a desayunar —para mi sorpresa, miró a Thomas con reprobación por haber comenzado sin esperar—, quiero que abráis los sobres que están encima de vuestros platos.

Cogimos los dos los sobres y los abrimos. Cuando saqué lo que había en su interior, se me hizo un nudo en el estómago y las lágrimas amenazaron con salir. Era una de las fotos del reportaje que hicimos con Edmund Ross. Los tres juntos; en una de las posturas más informales, en una posición sin preparar, tan solo riendo porque Thomas y Liam se estaban haciendo cosquillas; y, al parecer, el fotógrafo captó esa instantánea sin avisar. Una foto de familia.

—Quiero que guardéis esto por si...

—Esta foto va a estar con nosotros siempre —tercié porque no quería que dijese lo que estaba pensando. Estaba adelantando acontecimientos, y no estaba bien. Era posible que no pasase nada y me negaba a que se resignase así. Aunque a pesar de todo, no pude evitar emocionarme.

—Liam, ¡qué detalle más chulo! —Aurora me robó la foto para verla y relajar un poco el ambiente—; ¿tienes todo el reportaje?

—No, me lo pasan el mes que viene. Es un poco bestial —encogió los hombros y sonrió con pudor.

—Bueno, pues cuando lo tengáis, ¡quiero verlo! —respondió Aurora

guiñando un ojo. Pillina, ella quería ver las fotos en las que estábamos solos los dos.

—Lo haremos, Aurora. Ahora —miró el reloj que había colgado en la pared de la cocina—, vamos a desayunar, que tenemos una cita importante.

Cogimos todos un pedazo de tarta y empezamos a comer. A mí me costaba tragarla, no porque no estuviese buena, sino porque tenía los nervios metidos en la boca del estómago y no me entraba ni un bocado, al igual que Liam, que por primera vez; comprobé que dejaba comida en el plato.

Recogimos los restos del desayuno y nos preparamos para irnos. Llevábamos con nosotros la maleta de Aurora porque justo después de la vista judicial, la teníamos que llevar al aeropuerto.

Los nervios se palpaban en el ambiente cuando llegamos a la Corte y nos encontramos de frente con Erin, Darren y ¿Moira? ¿Qué coño hacía esa aquí?

Se dirigió hacia nosotros con cara inocente. Saludó a Liam con un abrazo y un beso.

—Así que esta es la famosa y archiputa Moira —susurró Aurora en mi oído de una forma que no supe si enfadarme o reírme.

Yo afirmé con la cabeza sin dejar de mirarla, porque mientras estaba saludando a Liam, la pillé mirándome de reojo, y por un segundo juraría que había desafío en su cara. Pero por nada del mundo iba a permitir que notase cómo me hizo sentir.

—Hola, Moira. Gracias por acompañarnos —la saludé con toda la mala intención del mundo y que soltase a Liam.

—Hola, querida —se acercó a mí y me plantó uno de esos falsos besos de besar sin tocar que hasta me pareció absurda.

«Hola, querida», ¿de verdad esta niña tenía veintidós años? Había respondido como una abuela, por Dios.

Aurora se presentó por sí sola y lo hizo al estilo; «me tocas los ovarios y te suelto una que te mando a Escocia de un golpe»; que Moira percibió a la primera, ya que no se puso tan simpática con ella. Me hizo gracia, porque la miró con recelo, como si la tuviese miedo.

—Bueno, será mejor que nos vayamos acercando a la sala a esperar que nos llamen, mi abogado está allí —intervino Liam; que, cómo no, se había

percatado de la tensión femenina y la realidad era que la cosa no estaba para pelea de gallinas ahora mismo.

Me disculpé un segundo porque necesitaba ir al baño. Siempre me pasaba que tenía que ir antes del comienzo de un juicio, así que en algo personal no iba a ser menos.

Entré al aseo, me metí en uno de los excusados individuales y expulsé todos mis nervios por la boca. Menos mal que casi no había desayunado, porque tuve la sensación de estar vomitando hasta mi primera papilla. Me limpié la boca con un pedazo de papel y salí a lavarme la cara. Sin embargo, cuando lo hice, me di de frente con la tipa que más odiaba en la tierra y es que; debía estar tan concentrada en mi vómito; que no escuché entrar a nadie.

Me lavé la cara mientras ella se retocaba el pintalabios frente al espejo. La muy zorra había entrado a propósito y sabía que yo me había dado cuenta.

—No debiste haber venido, le estás jodiendo la vida a Liam. ¿No te das cuenta?

—Para tu información, querida —esto iba en respuesta a su saludo anterior—, fue Liam quien me propuso venir a Irlanda —su cara de sorpresa era todo un poema. Estaba claro que no sabía esa parte de la historia—; así que yo no tengo nada que ver en su situación actual.

—Tú no lo ayudas, solo le agobias queriendo cambiar su vida.

—No sé de qué hablas —respondí ante su insolencia.

—Te atreves a intentar cambiar la vida de Thomas; cuando, hasta ahora, estaba más que bien educado.

—A tu antojo, que le dejabas hacer lo que le daba la gana y con ello tenías engañado a Liam —la rebatí con mi tono solemne de abogada.

—Me da igual lo que digas porque al final, ganaré yo —. Esta niña se había pensado que esto era un juego y el premio final era Liam—; se cansará de que atormentes al niño con tu forma de educarlo.

—¿Sabes qué, niñata? —me acerqué a ella lo justo para mirarla a la cara y enfrentarla sin tocarla—, que lo triste es que piensas que esto es un juego, que dorar la píldora a Erin es bueno para tu beneficio, y lo único que consigues con ello es dañar a un niño y ni siquiera piensas en ello, en Thomas. Solo piensas en volver a llevarte a la cama a Liam sin medir las

consecuencias de tus actos. No seré yo quien intente corregirte, porque cuando te des cuenta de todo, a lo mejor has dañado al niño más de lo que piensas y sea a ti a quien Liam no perdone.

Me giré sobre mis pasos y salí del baño sin secarme las manos. Sabía que le acababa de soltar un discurso muy de señora mayor; pero, en el fondo y a pesar de que me caía como el culo, intenté que se diese cuenta de que, jugando a esto, no ayudaba a nadie precisamente, y menos; a sus propios intereses.

Regresé a la sala de espera; y no me dio tiempo a sentarme cuando la regidora de la sala nos avisó de que debíamos entrar.

Erin y Darren ya llevaban tiempo dentro. Se habían tragado las vistas anteriores como si eso diese puntos, otros que tal bailaban. Entramos los cuatro y nos sentamos en nuestro lado del estrado junto al abogado de Liam; un señor de unos cincuenta años con muchos juicios de familia a sus espaldas. Salió el juez. Después de todo el discurso protocolario, vino la sentencia.

—He visto a muchas familias desmembrarse por culpa de la custodia de un menor. Después de ver cómo esta familia ha venido a esta sala a pelear por la custodia de Thomas Brennan hasta tres veces, y dado que el niño ha confesado que desea convivir con su abuela, he tomado una determinación lo más ecuánime posible —miró a ambas partes y sonrió a Thomas con empatía. Miedo me daba—; así que mi sentencia es que, la custodia sea compartida; con lo que el niño pasará una semana con el padre y otra con los abuelos, y dado que los abuelos, no viven en Dublín; donde el niño se encuentra escolarizado, deberán llegar a un acuerdo para que, ya sea una parte o la otra, se trasladen de residencia para evitar incomodidades al niño.

La cara de todos era un poema. Primero porque, por un lado, sería una buena noticia, si las relaciones con Erin no fuesen malas, pero es que no solo eran pésimas, sino que Erin ejercía una influencia negativa sobre el niño, ya que continuamente le estaba hablando mal de su padre y era posible que, a partir de ahora, tuviese más fácil tratar de inculcarle esa educación ultraconservadora que, por cierto, de poco le sirvió en la educación de su propia hija, además de acabar de envenenarle contra su padre.

Liam estaba hundido, podía verlo. Tenía la mirada vacía porque estaba pensando precisamente lo mismo que yo, y le aterraba la idea de pensar que Erin le apartase de su hijo. Ya había utilizado a Moira para sus intereses; bueno en el fondo, no sé quién había utilizado a quién. En cambio, ahora, si tenía al niño más tiempo con ella, trataría de lavarle el cerebro. Pero lo peor de todo; es que, detrás de ese supuesto amor a su nieto, supuse que estaba más bien la intención de hacer daño a Liam, porque, a fecha de hoy, le seguía culpando de la muerte de Lena, su hija.

El abogado de Liam nos informó en voz baja de que iba a poner un recurso a la sentencia, palabras que Liam no escuchó. Estaba mirando al suelo como si en él hubiese un tesoro; yo asentí con la cabeza y tratamos de irnos, pero Erin se acercó con la intención de hablar con su nieto, sí o sí.

—Cariño, nos veremos muy pronto y estaremos juntos siempre.

—Sí, abuela —respondió el niño ahora ya sí no muy convencido.

La verdad es que no había quién entendiese a los niños, porque cambiaban de parecer como de camisa. Pero lo cierto, es que son niños y a veces; no se daban cuenta de las consecuencias reales de sus palabras, como las que tuvo él con la asistente social hacía unos días.

Nos marchamos sin decir ni adiós y salimos los cuatro por la puerta apesadumbrados. Aurora me sujetó de la mano tan fuerte que me hizo daño, aunque no me importó, me dolía más el alma.

Nos dirigíamos al coche; cuando escuché a Liam susurrar:

—Voy a perder a mi hijo...

Me preocupó pensar cómo iba a afrontar esto; bueno cómo íbamos a afrontarlo los dos.



Capítulo 27

Aurora se fue poco después del juicio. En mala hora, porque la estaba necesitando mucho.

Liam se pasaba las horas en una especie de duelo perpetuo, donde apenas hablaba y solo tenía una sonrisa para su hijo; que lo podía entender, pero lo sentía cada vez más lejos de mí, a pesar de que, aunque de vez en cuando me recordaba que seguía siendo maravilloso tenerme con él, eran palabras y los gestos hacia mí eran pocos, ya que, cuando intentaba acercarme a él, no me dejaba y eso me quemaba. Necesitaba su contacto.

Thomas estaba más abierto conmigo. Vamos a ver, yo seguía pensando que él pensaba que había cometido un error y ahora no sabía cómo solucionarlo; porque, lo que eran las cosas; quería a sus abuelos, sobre todo a Darren porque creo que por Erin era más respeto que otra cosa, ya que para un niño que vivía de pedir caprichos; estar al lado de una persona con una vida tan encorsetada como ella; iba a ser difícil.

Y yo, yo no sabía dónde ubicarme en esta historia; bueno, ahora sí, en compañía de mi ya camarero favorito con una pinta de cerveza en la mano con la que me iba de la lengua más de la cuenta.

—¿Cómo lo lleva mi camarero favorito? —pregunté a modo de saludo.

—¿Cómo lo llevas tú?

—Lo llevo, Mallone, lo llevo...

Hablé un poco con él del tema de Thomas. Ya no me sentía rara al hablar con un extraño de mi vida, sería porque echaba de menos a Aurora y no tenía apenas nadie con quién desfogarme.

—Los niños son complejos, chica —me dijo después de contarle toda mi película—. Nunca sabes por dónde van a salir. A lo mejor se ha dado cuenta de que tú no eres la arpía que él esperaba en ti. Tal vez le comieron la cabeza otras personas y ahora que te conoce, a lo mejor eres guay y todo, como dicen

los muchachos ahora.

—¿Y qué hago, Mallone? ¿Esperar a que rectifique? —respondí con pesar.

—Lo importante de las historias no es cómo empiezan, sino cómo acaban. Y esta se pone de lo más interesante.

Me reí ante su ocurrencia. No solo cotilla, sino además interesado en mí, si a lo mejor era hasta un amigo y todo.

—Un juez no es Dios y también se equivoca, muchacha, deberías recordarlo —sentenció con toda su sabiduría de camarero que sabe escuchar.

Después de tres pintas y más serenidad de la que esperaba, llegué a casa y comprobé que Liam aún no había llegado. Su turno había finalizado hacía más de una hora y ya debería estar en casa; aunque, como este fin de semana; Thomas estaba con sus abuelos, era normal que la casa se le hiciese enorme cuando el niño no estaba. Al final, presentamos un recurso para intentar, al menos, la modificación de las condiciones de la sentencia. Liam trabajaba en Dublín, no podíamos trasladarnos porque sí, y mucho menos porque Erin y Darren no viviesen aquí.

Dejé la cena preparada y esperé un poco. El tiempo pasaba y yo me empecé a desesperar. Le envié un mensaje que comprobé que le había llegado y me quedé a la espera de que lo respondiese, aunque tampoco tuve que esperar demasiado porque, quince minutos más tarde, entró por la puerta con su semblante serio, el habitual de estos días, y pasó hasta la cocina.

—Hola, nena —saludó marcando mi boca con la suya con uno de esos besos suaves y dulces que tanto echaba de menos.

—Hola —respondí sorprendida y casi sobresaltada por su entrada.

—Preparé algo de cena —fui hacia la alacena para coger unos platos y colocarlos en la mesa—, ¿te apetece cenar algo?

—No, ya cené —. Alcé una ceja en respuesta, extrañada porque siempre venía a casa a cenar.

—Ah —dije como respuesta.

—Estuve en casa de Moira —levantó la mano y me paró antes de que pidiese explicaciones—, fui a recoger ropa de Thomas que tenía en su casa desde hacía meses y que no hacía nada allí —se apresuró a explicar.

Lo miré con escepticismo porque, después de tantos meses, no sé a qué venía ir a recoger nada a casa de esa petarda. Por otra parte, caí en la cuenta de que no había traído ninguna bolsa consigo. Algo no me cuadraba.

—¿Y la ropa? ¿Dónde la has dejado?

Me miró sorprendido por la pregunta. Le había pillado con las manos en la masa. No había bolsa, no había nada. Se quedó pensando la respuesta, peor.

—Con las prisas de venir la dejé olvidada en su casa, pero...

—Dime la verdad, Liam, por favor —le supliqué porque no quería mentiras respecto a Moira—, no digas nada de lo que te puedas arrepentir.

Se acercó a mi altura y se colocó de rodillas frente a mí. Miró al techo y respiró hondo. Todas mis alarmas se encendieron y sentí que me empiezan a temblar las manos. Esto no era buena señal.

—Te quiero —confesó a decir con firmeza—, te quiero más que a nada en el mundo —agarró mis temblorosas manos con fuerza como si temiese mi fuga tras sus palabras—, pero estoy sobrepasado con todo esto.

—¿Qué quieres decir? —escupí con rabia.

Miró a un lado y a otro; de nuevo pensando y mirando las opciones de huida. ¿La suya o la mía?

—Necesitaba hablar con Moira, que me explicase por qué se ha aliado con Erin, por qué nos hace esto a Thomas y a mí —paró y vislumbré en su cara el miedo, se guardaba algo, lo intuía.

—¿Y era necesario ir a su casa? —pregunté celosa—; digo, no sé. Podíais haber quedado en un bar no sé, hasta aquí mismo —añadí elevando mi tono de voz progresivamente a la vez que señalaba la estancia.

—Lucía, escúchame —retuvo mis manos de nuevo y me cogió de la barbilla para que lo mirase a los ojos—; siempre he sido un cerdo egoísta. Por eso me odia Erin. Cuando Thomas nació me desentendí de todo porque yo no deseaba tener hijos, porque en realidad, la relación entre Lena y yo no era más que una tapadera para joder a Erin, porque Lena no podía soportarla —mis ojos se abrieron como platos espantada por esa revelación—, porque formé parte de ese juego y ahora, me lo va hacer pagar caro.

Vale, me pareció muy bien la confesión. ¿Qué me asombraba? Sí, pero no sabía qué tenía que ver Moira en todo esto.

—Liam, puedo entender que fuiste un niño irresponsable que no supo tener la polla guardada cuando debió, pero, ¿me quieres decir qué tiene que ver esto con Moira?

Tragué saliva porque lo que me iba a soltar me daba que no me iba a gustar nada.

—Moira es medio hermana de Lena, es mi cuñada.

Instintivamente me solté de su agarre y me levanté de la silla como si quemase.

—¿Qué? No entiendo nada —paseé por la cocina en un estado de confusión que no hubiese calmado ni una infusión de marihuana—; pero, ¿cómo? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Lo sabe Thomas? Es más, ¿de quién es hija? ¿Qué demonios...?

Las preguntas se desbordaron por mi boca como si fuese un grifo roto. ¿Moira cuñada de Liam? ¿Hija de...?

—Es hija de Darren con otra mujer.

Giré la cabeza para mirarlo y elevé la ceja de mi ojo inquisitiva. Así que la conservadora Erin, además de cornuda, apaleada, ¡vaya vida!

—¿Y esto por qué me lo dices ahora? —seguía confusa pero a la vez me pregunté a qué venía ahora esa confesión—, ¿desde cuándo lo sabes? ¿Y cómo es que apoya a Erin? Ella la debe odiar.

—Erin la apoya para guardar las apariencias, y así tiene un punto a su favor con el juez.

—Ya, pero esa chica tendrá una madre, digo yo.

—Una madre que le dijo que tenía un padre cuando era adolescente.

Lo miré, dudé de mis propios pensamientos, aunque si te parabas a meditarlo detenidamente, podía tener sentido, así que me aclaré la garganta y lo solté.

—Cuando murió Lena.

Liam ni afirmó ni desmintió. Eso facilitó la respuesta. De todos modos, a lo que iba:

—De todos modos, ¿por qué estabas con Moira y por qué me explicas esto ahora? —insistí, porque seguía habiendo algo que no me cuadraba.

—Hablábamos mucho. Me ha ayudado otro tanto. —se acostaron mucho;

eso lo obvié, pero nuestras miradas lo decían todo—. Y necesitaba pedirle que se apartase de este embrollo y nos dejase vivir.

—Y... —añadí, intentando arrancarle las palabras.

—Me llamó para que fuese a su casa a recoger las pertenencias de Thomas y me dijo que quería hablar conmigo —contó manteniendo la distancia que yo puse al levantarme—; fui y empezamos a hablar de cómo empezaron las cosas entre nosotros. Lo unido que estuve a ella, su ayuda con Thomas —se calló, tomó aire y prosiguió—; estábamos sentados recordando viejos tiempos cuando se abalanzó sobre mí e intentó besarme —me miró con la culpabilidad puesta en la cara—, y casi la besé —ahora era yo la que tenía el nudo en la garganta—, estaba caliente, despreocupado, porque por un momento me recordó el momento que vivimos cuando no tenía los problemas que tengo ahora con Erin. Pero la rechacé, Lucía, mírame, la rechacé.

En ese instante, sentí como el suelo me engullía. Me tragaba hasta absorberme y llevarme al más allá. Me sentí chiquita. Me toqué el corazón para confirmar que no se había parado. Busqué con la mirada la silla de la que me había levantado antes para sentarme. Lo hice, respiré hondo de nuevo y le insté a seguir.

—Estuve a punto de hacerlo, pero tu cara me vino a la mente. Tu sonrisa, la forma en que me miras cuando llegas al orgasmo. Ahí la miré, vi que no eras tú y paré —estaba arrepentido, lo sabía, se le veía en la cara, pero el daño en parte estaba hecho—, me disculpé con ella, la dije que te amo y me fui corriendo. La ropa de Thomas se quedó allí, por eso no la traje.

Me quedé mirando al suelo. De repente, sentí que la cabeza se me embotaba y no pude pensar en otra cosa que en Liam en brazos de Moira, en sus brazos. En cambio, no era eso lo que me dolió más, que lo hizo, por supuesto. Fue el hecho de pensar que recurrió a ella; que, aunque fuese por un instante, recurrió a su consuelo y no al mío, lo que me hizo pensar, ¿qué estábamos haciendo mal?

—Nena —se acercó a mí buscando mi mirada—, dime algo, por favor. Enfádate, ríñeme. ¡Grita, joder!

Levanté la cabeza, mis dedos jugaban con mis labios y me quedé pensando mientras le miraba.

—Todo esto ha sido un error —afirmé convencida de que mi soberbia reacción había ganado la batalla interior por decir algo coherente o no—, nunca debí venir aquí sin apenas conocerte. No hemos sido capaces de crecer a la vez que nuestros sentimientos, ni de estar a su altura. Eres un inmaduro, Liam. No eres capaz de enfrentarte a los problemas como un adulto, pero a tu favor he de admitir que yo tampoco.

No le di tiempo a responder, porque, de la misma, huí hacia nuestra habitación para encerrarme en ella y llorar.



Capítulo 28

El parque del retiro era un buen lugar para perderse por Madrid cuando lo necesitabas. Hacía casi dos meses que me fui de Dublín con la duda de saber si estaba haciendo lo correcto. Si os preguntabais si Liam intentó retenerme, os debería que confesar que no se esforzó demasiado porque me quedase. Por otra parte, lo cierto era que, si alguna vez quería volver a tener una relación madura con otra mujer (que conste que pensar que pudiese estar con otra me revolvió el estómago), debía cerrar frentes en su vida. Sin estabilidad propia, no podía entregar nada bueno a nadie. Por lo que, la decisión de no retenerme, la pude entender, no solo de amor se sostenía una relación.

Así que, aquí estaba yo, de vuelta a mi ciudad.

Estábamos a las puertas de la Navidad y todo lo que me apetecía de estas fechas era cogerme una buena borrachera y olvidar. Había vuelto a casa, aunque no había retomado mi vida. No podía. Tenía un nudo en la boca del estómago que no desaparecía y sabía por qué. Lo echaba de menos tanto como lo esperaba y más de lo que quisiera. No era capaz de respirar profundamente desde que me fui de Irlanda. Intenté hacer una reflexión sobre lo que me llevó a irme definitivamente, algo que llevaba haciendo todo este tiempo y no hacía más que volver mentalmente a mis últimos días en Dublín para auto convencerme de que había sido la decisión más acertada.

—¿Qué haces, Liam? —pregunté al verlo hacer la maleta de Thomas sin ningún sentido.

—Recoger las cosas de Thomas.

—Ya veo, pero ¿por qué? Aún no se ha ido y no sabemos lo que va a pasar con la sentencia.

—No quiero llorar cuando se lo lleve Erin y prefiero estar preparado.

—Liam —me acerqué a él para tratar de detenerlo—, primero, es una custodia compartida, no sé cómo serán las leyes aquí, pero no te separarías de

tu hijo. Segundo, hemos recurrido la sentencia, no sabemos lo que va a pasar. ¡No adelantes acontecimientos! ¡No seas tan catastrofista!

—¡Exactamente! —gritó a la vez que tiró al suelo la ropa que estaba a punto de meter en la maleta—, no sabes cómo son las leyes aquí, pero como yo sí, sé que me van a joder y todo se va a ir a la m...

—¿Qué pasa, papi? —Thomas entró justo en ese instante interrumpiendo a su padre y miró la cama donde descansaba su equipaje—. ¿Por qué me haces la maleta? ¿Quieres que me vaya?

La pregunta de su hijo lo desconcertó. No se había dado cuenta de que, con su actitud pueril, también estaba haciendo daño a su propio hijo. Thomas salió corriendo de la habitación con lágrimas en los ojos y Liam fue tras él.

Me quede sentada en la cama y me dispuse a sacar las cosas de la maleta cuando Liam volvió a entrar casi al minuto de haberse ido.

—¿Qué coño haces? —preguntó acercándose mí para quitarme la ropa de la mano y volver a echarla en la maleta.

—Liam —intenté detenerlo, pero me apartó—. ¡Escúchame! ¡No podéis haceros esto! Es infringiros un dolor gratuito, joder. ¿No es bastante con el que tenéis ahora? Aprovecha para estar con Thomas cada minuto, haz cosas con él. Disfruta de su compañía. Pero no se lo entregues a Erin antes de tiempo.

—No entiendes nada, Lucía.

—Claro que no entiendo, aunque trato de ser objetiva en todo esto.

—¡No quiero sufrir cuando se lo lleven! —. Volvió a llenar la maleta sin sentido y con desesperación.

—¿Crees que no vas a sufrir entonces? ¡Sufrirás igual!

—No sabes lo que dices, será más fácil. A ti no te va a doler tanto porque no eres su...

—No soy madre. Lo sé, Liam. No hace falta que me lo recuerdes —le recriminé ya harta de sus continuos reproches.

Salí de la habitación porque si seguía en esa línea de discusión podía decir algo de lo que me arrepintiese. Aunque antes de salir, me detuve en la puerta y le dije lo que no me pensaba callar más.

—Madura, Liam. Porque si sigues así, volverás a repetir una y otra vez el

mismo problema.

El golpe en la cabeza de un balón perdido me devolvió a la realidad. A esta, que por cruda que pareciese, era la que era. Por otra parte, me daría de golpes con otros cien balones porque me hubiese gustado que de esas palabras que le dije a Liam en aquel momento, no hubiese salido lo que salió. Pero en honor a la verdad es que, si esas palabras le ayudaron a ser firme con sus decisiones futuras, me alegraría por ello, aunque se hubiese llevado nuestra relación por delante.

Aun así, lo echaba tanto de menos que me provocaba ansiedad pensar en ello. Pero las cosas eran así y ya no podía hacer nada para cambiarlas.

Escuché la entrada de un mensaje en mi móvil y sonreí. Era él. Sí ya sé lo que ibais a pensar, si no estabais juntos, ¿para qué los mensajitos? Habíamos intentado quedar como amigos y aunque yo no quería saber de su vida, se me helaba la sangre cuando pensaba que tenía a Moira revoloteando por ahí; él se empeñaba en darme noticias sobre su evolución personal. Que sí, que estaba genial lo mucho que estaba cambiando en poco tiempo; que peleaba por Thomas, y de paso le ponía las pilas al pequeñín, pero es que saber que yo ya no formaba parte de ello, dolía; y casi prefería que no me diese noticias tuyas.

Hola, preciosa. Que sepas que Thomas ha evolucionado mucho. Ya no duerme conmigo y tengo algo que contarte, por fin he logrado estabilidad.

¡Eso! Metiendo el dedo en la llaga. Este se había liado con la Moira y era un hombre feliz; y, de paso, la zorra de Erin, también. Ante todo deseaba su felicidad, aunque me destruyese pensar que ya no era conmigo.

Me entraron ganas de llorar. Gracias a Dios, la llamada de mi gorda favorita, lo evitó. O no.

—*Hello*, barrigona —saludé feliz en un vano intento de bromear, aunque mi tono de voz me delatase.

—*Hello*, mi amargada favorita —devolvió el saludo con broma incluida —; ¿cuándo vas a volver a trabajar? Lo necesitas, cielo.

Sus palabras me trajeron a la memoria las conversaciones con mi camarero favorito de Dublín, Mallone y eso me arrastró hacia la añoranza.

Intenté deshacer el nudo de la garganta para contestar.

—Voy a solicitar el fin de la excedencia laboral después de Navidad. Todavía no puedo trabajar, escuchar la palabra juicio me produce urticaria — le expliqué apenada. Y es que, a pesar de ser una abogada con experiencia, sentí que el juicio que más me había marcado en la vida fue el de Thomas.

—Tú decides, Lucía. Pero no puedes estar mucho más tiempo así. Pareces un alma en pena —me riñó, porque estaba muy preocupada por mí y quería verme bien—; definitivamente, estáis hechos el uno para el otro —susurró estas palabras de un modo que pensó que no la iba a oír, pero lo hice, vaya si lo hice.

—Estás muy equivocada, ya ni estamos juntos.

—El tiempo hablará, querida Lucía —respondió misteriosa.

—No estoy para acertijos, Auro.

—No son acertijos, querida, es el destino...

—Pues el destino me dice que te voy a colgar... —contesté con voz cantarina.

—¡No, tonta! Solo quería decirte que vengas este año a pasar Año Nuevo con nosotros, que cuando sea madre, me verás por vete tú a saber cuándo...

Me quedé callada porque no me apetecía lo más mínimo ver a una pareja de enamorados como estaban ellos dos, dándose arrumacos cada dos por tres, pero como debía de admitir que ellos no tenían la culpa, claudiqué:

—Valeee, venga, iré después de cenar, ¡pesada!

—Sí, por favor, que te quiero enseñar algo súper chulo —reaccionó ilusionada.

—Si es más ropa de bebé, paso —me negué con un falso hastío.

—Cuando lo veas, estoy segura de que te va a encantar. Incluso te vas a emocionar, que te lo digo yo.

—¿Cosas de niños? Lo dudo —podría haberle dicho que por un niño estaba así, pero hubiese sido una respuesta egoísta y equivocada. Aunque una pequeña parte de mí lo sintiese. Lo sé, era una miserable, ¡vaya por Dios, cómo me sentía precisamente!—. Te cuelgo, nos vemos en unos días, ¡pesada!

Continué andando por el Retiro; y automáticamente me entraron las ganas de regresar a casa cuando vi a los bomberos de Madrid talando uno de los

árboles del parque, porque últimamente se había convertido en un peligro andar por aquí; ya que, por el motivo que fuese, los árboles se estaban muriendo solitos. Así que, antes de que matasen a alguien, los bomberos se dedicaban a esta labor social, talar árboles. Un grupo de bomberos con unos cuerpazos de madre y muy señor mío, que cómo no, me recordaban a «mi bombero», bueno, el de Moira, supuse.

Me los quedé mirando como una idiota e imaginé a Liam en acción. La verdad era que nunca lo había visto en acción y no era que quisiera, pero bueno, a ver, las cosas como era, no me hubiese importado verlo vestido con el uniforme o solo con una parte de él. Lo que me recordó el famoso calendario que estaban haciendo en colaboración con bomberos de toda Europa. ¡Mierda, nostalgia otra vez! ¿Por qué tuvo que decirme que fuera a Dublín con él si no estaba preparado para ello? Me gustaría pensar que no fue por el calor del momento; que no fue porque echamos un polvo de antología y se le fue la lengua. Sin embargo y después de todo lo acontecido, me hizo pensar que sí; total, al final fue él quien me pidió que me fuera. Solo recordar aquella tarde, se me erizaron los pelos de la nuca. Te echaba de menos, pedazo de imbécil inmaduro. ¿Me echarías de menos tú a mí?

Ya iba siendo hora de irme a casa. No había nada más vergonzoso que llorar en público y que la gente pensase que estabas loca.

Un mensaje en el móvil me sacó de mis cavilaciones. Era Liam, otra vez.

Te echo de menos

¿Por qué me decía estas cosas cuando ya no estábamos juntos? No quería que me escribiese más y se lo iba a decir cuando, de repente, me di cuenta de que se suponía que habíamos quedado como amigos. ¡Al carajo la amistad, yo lo quería a él!



Capítulo 29

«Tenemos que hablar», la voz de Liam la escuché en mis sueños. Hasta durmiendo el subconsciente me hacía recordar la dolorosa tarde de nuestra separación. Sus palabras martilleaban mi cerebro hasta embotarlo. Ni dormir podía, ¡joder!

«Estaba en la cocina preparando la cena cuando Liam llegó. Estábamos solos. Thomas había empezado las rutinas semanales con sus abuelos y mi chico estaba hecho polvo, más si cabe, que cuando salió la sentencia. Todavía no era una sentencia firme, pero el abogado de Liam le recomendó que el niño empezara a ir con ellos para que se fuese acostumbrando. Desde entonces no era él. Casi no estaba en casa. Salía todas las mañanas a correr y se iba a trabajar. Si antes hablábamos poco, nuestras conversaciones se limitaban al post sexo y poco más. Siempre me decía que me amaba tanto que tenía miedo de fastidiarla conmigo, pero el caso era que nuestra relación hacía aguas, y lo cierto es que tampoco hacíamos mucho para remediarlo. Lo vi llegar con semblante serio y se sentó en la silla más cercana a mí.

—Tenemos que hablar, nena.

En ese instante, la bilis subió por mi garganta y tuve un amago de arcada. Me temía de qué iba a ser esta conversación, y mira tú por dónde, yo siempre le criticaba que no tuviese valor para enfrentarse a los problemas, y en ese momento era yo la que deseaba huir y no escuchar lo que me tenía que decir.

Estiró el brazo para coger mi mano y sentarme en su regazo. Fue extrañamente turbador, porque dicen que antes de la tormenta, hay una falsa calma, y así era ahora.

—Te quiero —sonrió—, eres lo más bonito que me ha pasado en los últimos seis años; pero, y nunca pensé que tendría que decir esto —a esas alturas yo ya estaba intentando levantarme porque lo veía venir—, necesito tiempo para resolver mi vida —luché con él para soltarme pero me retuvo—;

escúchame —me sujetó de las mejillas y me obligó a mirarlo a esos ojos que me hipnotizaban cada vez que me hablaba—, tenías razón, no sé enfrentarme a los problemas, y has tenido que venir tú a mi casa —miró a su alrededor—, a mi mundo para que me dé cuenta de ello. Tú, una persona que se merece que le hagan feliz sin barreras, tan recta, tan firme, tan mujer. Serás una madre maravillosa, pero para eso, necesitas un hombre que te haga sumar, no restar, como lo hago yo ahora.

—Liam, por favor...

—No, Lucía, por favor tú —siguió sujetándome con firmeza porque sabía que escaparía si aflojaba su agarre—, quiero que seas feliz, te lo mereces y yo ahora mismo no puedo hacerlo —me revolví en sus brazos porque quería que me soltara, no podía sentir su cuerpo rodeando al mío mientras me decía algo tan doloroso—. Si quiero hacer las cosas bien en una relación, tengo que empezar por mí mismo.

—Yo te puedo ayudar y acompañar —sollocé desesperada porque me hiciese caso—, podemos hacerlo juntos, joder.

—Este camino, mi amor, tengo que hacerlo solo.

Me solté y empecé a llorar como una loca y sin ninguna esperanza. Tenía la decisión más que tomada y no había marcha atrás.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? —le pregunté confundida por su cambio de actitud hacia nosotros.

Se levantó de la silla y se acercó a mí para abrazarme y decirme al oído.

—Porque es la única forma que tengo de hacerlo realmente bien.

Me solté de un empujón y le miré resentida.

—Eres un maldito egoísta, Liam. No tienes derecho a tomar decisiones por mí, no eres justo.

—No puedo darte lo que necesitas ahora, no puedo arrastrarte conmigo. Te prefiero como amiga a no tenerte, y aunque me duele en el alma decir esto, sé que si seguimos juntos, te perderé del todo. Me he dado cuenta de que debo hacerlo bien, y sí, tal vez debí haber empezado antes, pero has tenido que venir tú para que recapacite sobre mi vida y darme cuenta de que tengo treinta y dos años y sigo actuando igual que cuando Thomas nació. Tú has sido la luz que me ha iluminado —se rio con pesar—, ya sé que suena

muy novelesco, pero es así. Tú me has despertado, y eso tengo que agradecértelo mucho, y darte este espacio es mi forma. No sería justo para ninguno de los dos retenerte —lo miré negando—, al menos yo lo veo así.

Intenté buscar un razonamiento que me permitiese hacerle entender lo equivocado que estaba al apartarme así. Sin embargo, mi cabeza me empezó a decir que era posible que él tuviese razón, que no estábamos preparados para estar juntos. Negaba una y otra vez con desesperación. ¿Así debía acabar todo? No era justo, porque aquí había mucho amor, y cuando hay amor, debíamos seguir luchando, ¿no?

—Quiero que sigamos siendo amigos, Lucía.

Con esa última frase en su boca, salí corriendo de la cocina y me encerré paradójicamente en la habitación de Thomas, donde estuve metida un día entero llorando, con Liam al otro lado de la puerta pidiéndome perdón hasta que el sueño nos venció. Dos días más tarde, me fui de Dublín con casi lo puesto y sin decir adiós. No pude decirle adiós, dolía demasiado».

Desde entonces Liam había estado mandándome mensajes sobre su vida, su evolución. En cambio yo no había podido contestarle. Yo no podía ser su amiga; llamarlo soberbia, pero no quería ser su amiga, lo quería todo de él, con sus problemas, con Thomas, sus manías, sus besos, su sexo y que sus brazos me rodeasen para decirme que todo iba a salir bien. Aunque por desgracia ya no sería así.

Aurora tenía razón, debía volver a trabajar. Al menos tendría la mente ocupada.

Me llegó otro mensaje al móvil. Esta vez lo miré y me quedé sorprendida, ¿Julián? ¡Ah, no! ¡No estaba yo para un «te lo dije»! Y menos de este, que estaba esperando mi caída desde antes de irme, pasé. Aunque la intriga me obligó a mirar lo que me decía.

Sé por Óscar que has vuelto, ¿podemos vernos? Tenemos que hablar

¡Vaya, hombre! Otro que quería hablar. De amigos se me estaba llenando el mundo. En cambio, con Julián me temía que iba a ser que no. Sin embargo, no pude evitar que mis dedos, que no estaban por la labor de hacerme caso, respondieran lo que les dio la gana.

Está bien, nos veremos en la chocolatería Valor. ¿Mañana a las 6 te parece bien o ahora

tienes otro horario de trabajo?

No tardó ni un minuto en responder con decenas de emoticonos de celebración. Alguien que celebraba mi compañía, una novedad.

Genial, mañana nos vemos. Tengo ganas de darte un abrazo, nena

«Sin ofender, chato, pero nena solo me llama mi bombero», pensé responder pero me contuve. Creo que ya estaba desvariando, ya no era mi bombero.

Como siguiese así mucho tiempo iba a caer en la desesperación más absoluta y no quería. Debía seguir adelante, avanzar. Era posible que Liam estuviese rehaciendo ya su vida y yo no hacía más que lamentarme y posponer la mía

Decía que me echaba de menos, normal, aunque tampoco es que fuera su paño de lágrimas. Hablaba más con la jodida Moira que conmigo.

Y así, después de darle vueltas a la cabeza como una gilipollas a las ideas que me venían, decidí salir del parque e irme a casa. Bueno a casa de mis padres, esos que te acogían como estuvieses, de una pieza o a cachitos, sin decirte nada, sin reproches, solo como paño de lágrimas.

Estaba a punto de llegar a la puerta del Retiro, cuando me fijé en unas adolescentes que estaban sentadas en el suelo. Una de ellas tenía algo en la mano y se lo iba enseñando al resto. No vi bien lo que era, pero se lo estaban pasando en grande. Reían, se emocionaban, alguna incluso parecía sonrojarse. Me producían envidia.

«Para mojar pan», escuché decir a una.

«Quiero que este apague mi fuego», oí a otra.

De repente, una se me quedó mirando y empezó a decir algo a las demás. No supe lo que era, pero entonces, todas se voltearon y me miraron. Me sentí observada. Me sentí mal, ¡qué coño! ¿Por qué me miraban? La envidia inicial se está tornando en mala leche. Era consciente de que no estaba tan buena como ellas, que sí posible que me sobraban unos kilitos, pero vamos, no fuesen tan descaradas. ¡Jodidas niñas!

Cuchicheaban. Ya, que eran unas adolescentes y lo cierto es que, nunca había hecho caso de los cuchicheos sobre mi cuerpo. Sin embargo, el nivel de insolencia de estas niñas me estaba tocando las narices. Intenté correr más

para desaparecer por la puerta, pero parecía que mis pies no me obedecían o al menos yo lo sentí así.

Me siguieron los pasos con la mirada y yo ya estaba en modo «que si me daba la vuelta las soltaba una bofetada a cada una de ellas». Aunque, como adulta que era, opté por no ponerme a la altura de unas adolescentes que poco sabían de la vida. Decidí volar y dejar a las puñeteras payasas esas atrás.

Llegué a casa y me fui directamente a mi habitación sin saludar a nadie.

Involuntariamente y sin pensarlo, empecé a quitarme la ropa y me miré en el espejo. ¿Qué coño me pasaba? Yo no era así, jamás me había dejado llevar por las palabras de los demás y menos de unas adolescentes. Pero pensé en Moira, en su cuerpo y no podía evitar compararlo con el mío. Me dio el bajón y me eché de nuevo a llorar. ¡El amor era un asco! Al menos con Julián era una rutina y no sufría. «Porque ya no albergabas sentimientos hacia él», me respondí a mí misma. Lo dicho, el amor no era para mí.

Fui hacia la cama, y desnuda, me tumbé en ella. Hubiese todo lo que tenía porque Liam estuviese a mi lado en estos momentos. Necesitaba sus besos como el comer. ¿Necesitaría él los míos?

«Claro que los necesitaba», esa respuesta no supe si me la había dado mi voz interior o es que me estaba volviendo loca. Posiblemente sería lo segundo.

Recordé sus manos, enormes. La forma de sujetarme las caderas con ellas mientras me penetraba, con fiereza, salvaje, pero a la vez con cuidado de no dañarme. Era como si quisiera fundirse conmigo en ese instante. ¡Joder, sus manos! Aún las sentía rodeándome. Cuando lo hacía, se podía notar el halo de deseo que se construía a nuestro alrededor. Podría afirmar que era algo mágico, pero no, éramos tan solo él y yo. Con eso nos bastaba para crearlo.

—Te echo de menos, Liam —sollocé con la cara clavada en la almohada.

Debía de empezar a recomponer mis restos. Él ya no estaba conmigo, aunque siguiese estando dentro de mí.



Capítulo 30

Porque una nunca piensa el porqué de las cosas que nos podían pasar...

Había quedado con Julián. No tenía muchas ganas de verlo, pero lo cierto era que fue un capítulo que tal vez cerré mal, o al menos precipitadamente, como todo lo que había hecho estos meses. No era que me arrepintiese, pero es lo que había.

Salí del metro y me dirigí a la chocolatería que tan buenos recuerdos me trajo de cuando era niña; y que, como adulta, era un lugar donde compartí muchas tardes con Julián. Vamos, que; buenos recuerdos.

Entré por la puerta y vi que Julián ya estaba sentado al fondo, en nuestra mesa de siempre, parecía que lo hubiesen hecho a propósito, porque el local estaba atestado de gente. En la mesa ya estaba pedido mi favorito; un chocolate suizo con nata y churros. Se acordó, aunque como para no hacerlo, habían sido muchos años juntos. Era un detalle que me permitió olvidar nuestra amarga despedida.

Se levantó de la silla para recibirme.

—Hola, Lu —me dio un abrazo y dos besos—. Estás preciosa. Aunque más delgada que de costumbre, diría yo.

Ese último detalle sobre mi peso no me gustó demasiado. Julián era muy rancio para los halagos, y eso no supe si este había sido o no uno.

—Hola Julián —le devolví los dos besos y nos sentamos a la mesa.

—¿Qué tal estás? —arrimó la silla un poco hacia mí e intentó coger mi mano, gesto que evité en la medida de lo posible. Se quedó un poco cortado por mi reacción y me miró—; siento que no haya salido bien tu rollo con el irlandés —lo miré con los ojos como platos, «¿mi rollo?».

—Liam no fue un rollo, Julián. Fue una historia preciosa que recordaré con mucho cariño —respondí a la defensiva.

—Bueno ahora que todo ha acabado, ¿podríamos intentarlo de nuevo?

No salí de mi asombro. No supe de qué iba, pero esto que me estaba pasando me pareció surrealista.

—¿Qué quieres decir con podríamos intentarlo de nuevo? —reaccioné incrédula.

—Pues eso, que tú estás sola, yo estoy solo. Nos conocemos de sobra...

—Para, para, para...—le frené alzando mi mano—, no sé a qué viene esto de querer volver conmigo —mi risa suspicaz me delató—; no estoy sola, Julián. No estoy desesperada por estar con un hombre, y en tal caso —le señalé con el dedo índice—, no serías tú el hombre que escogiese para pasar el resto de mi vida con él. Ni aunque fueses el último hombre sobre la faz de la tierra y nuestra especie estuviera a punto de extinguirse.

¿Pero qué demonios se había creído? ¿Acaso no podía volver a conocer el amor? ¿Que solo me quedaba él?

Cerré los ojos y medité mis propios pensamientos. Liam fue alguien muy especial en mi vida y tenía la sensación de que no iba a volver a sentir algo así por nadie nunca más. Me angustió pensarlo, pero es que, cuando se amaba de verdad, cuando una persona se te metía en las venas tan adentro que era imposible de sacar, sabías que siempre compararías a esa persona con otras que apareciesen en tu vida, y eso era una grandísima mierda.

Respiré hondo, intenté calmarme y hacerle reflexionar.

—Mira, Julián —tragué saliva porque de momento contar hasta diez no me sirvió de nada—, han sido muchos años juntos. Hemos tenido cosas buenas y malas. Creo que ambos nos merecemos que nos amen con locura. Para relaciones rutinarias y sin futuro ya hemos tenido la nuestra. Yo no sé tú, pero yo quiero tener a mi lado a un hombre que, cuando le mire a los ojos, me vea reflejada en ellos —intentó frenarme pero le paré de nuevo con la mano—; tú y yo ya no tenemos eso, y sinceramente, después de haber conocido a alguien como Liam, no me voy a conformar con menos a partir de ahora.

Julián se quedó en silencio, como sopesando mis palabras. No era para menos, le acababa de recordar lo que era sentir amor y, a estas alturas, lo nuestro era de todo menos amor. Podían quedar restos de cariño, tal vez en un futuro incluso amistad; en cambio, amor de ese que te encogía hasta las

entrañas, nada de nada, y lo más triste, que seguramente nunca lo hubiésemos sentido de verdad.

De pronto, volví a sentir esa misma sensación que tuve ayer en el Retiro. Como si alguien me mirase y hablase a mis espaldas. Miré a mi alrededor y encontré otro grupo de chicas que me miraban y hablaban entre ellas. Volví la mirada hacia Julián que se encogió los hombros y se sintió igual de desconcertado que yo.

—¿Les has hecho algo a esas chicas, Lucía? ¿Las conoces? No hacen más que mirarte y decirse cosas las unas a las otras —dijo en voz baja.

—No, no lo sé —contesté desconcertada—; no las conozco de nada —las miré de nuevo y me sonrieron cómplices, sonrisa que les devolví desconcertada.

Entonces, una de ellas se levantó y vino hacia mí con el móvil en la mano.

—Hola, perdona —me miró con algo de vergüenza y sonrió—; eres Lucía, ¿verdad?

—Sí, pero ¿nos conocemos de...? —pregunté desconcertada.

—Lo siento, a lo mejor nos hemos confundido, pero es que te pareces mucho a esta chica tan guapa que sale aquí con el tío bueno de los bomberos.

Regresó donde sus amigas y volvió con el calendario solidario de bomberos de Europa en sus manos para mostrármelo.

—Mira el mes de junio —señaló—. Te pareces mucho a la chica que sale con él.

Abrí el almanaque, hoja por hoja pero con los dedos temblando y fui viendo las fotos que salían en él. Localicé a Óscar en el mes de marzo, fecha clave para él, ya que fue el mes de su boda con Aurora. Salía guapísimo; vestido tan solo con el pantalón del uniforme y; a pecho descubierto. Portaba en sus manos un gatito rescatado de un árbol. Normal que a las mujeres, y posiblemente a algunos hombres, se les cayese la baba. Se me caía a mí; y solo lo veía como un amigo. Avancé en los meses hasta que llegué al mes de Junio; y al ver la foto, estuve a punto de desmayarme de la impresión. Dejé el calendario en la mesa y solté un gemido de emoción al ver la foto que había en él.

En Junio, mes en el que me fui a Dublín. Una fecha tan representativa

tanto para mí como, por lo que parecía ser, para él también, había una foto retocada de los dos juntos del día en que nos hicimos las de familia que nunca llegué a ver.

Era aquella en la que estaba sentada de forma muy sensual encima de Liam. Me sujetaba de su cuello como si la vida me fuese en ello y estábamos a un suspiro de comernos la boca como dos animales. Recordaba perfectamente esa instantánea y era así porque nos pilló de improviso. Nos estábamos preparando para hacerla, cuando un movimiento involuntario de Liam, permitió que me sentara casi encima de su pene y dio un respingo que nos calentó a los dos y acabamos en esa posición tan sensual, donde, pareció ser, que el fotógrafo vio algo interesante y nos la hizo; así sin enterarnos, en uno de esos momentos donde las miradas hacían que se descubriesen sentimientos. Aquellas en las que el mapa del amor, marcaba trazos de recuerdos inolvidables. Así, justo así, estábamos Liam y yo. Fue un segundo de máxima conexión. Liam Brennan y yo enamorándonos con la mirada.

—¿Qué coño es eso? —habló Julián interrumpiendo mi extraño momento de mayor felicidad de los últimos dos meses—. ¿Qué haces semi desnuda en ese calendario, Lucía?

No le hice ni caso, yo seguía observando la foto y sonriendo. Julián volvió a preguntar pero entonces, yo lo ignoré intencionadamente porque quise recrearme en esa instantánea que tantos recuerdos bonitos me traía. La insistencia de Julián me obligó a dejar apartados por un momento esos momentos y lo miré.

—¿Ves esta foto? —le señalé—. A eso me refiero con que no voy a conformarme con menos que esto.

Julián me miró extrañado y observó de nuevo la foto.

—¿A qué? ¿A salir despelotada en una foto? —pero mira que era imbécil. No sé cómo no me di cuenta de ello en la cantidad de años que estuvimos juntos.

—No, Julián, no. No me refiero a eso. Déjame hacerme unas fotos con estas chicas tan simpáticas y te hago un bonito esquema de la situación para que lo entiendas. ¡Vamos! —dije a la chica, que seguía sorprendida conmigo—, me hago una foto con vosotras y, si quieres, te lo firmo.

Me levanté de la mesa, dejando a Julián con la misma cara de idiota que tenía desde que vio la foto y me dirigí adonde estaban el resto de chicas, que al verme acercarme, se revolucionaron más si cabía que cuando me reconocieron.

Nos hicimos unas cuantas fotos con el calendario en la mano y se lo firmé.

Me despedí de ellas con una sonrisa en la cara, que desapareció en el momento en que una de ellas dijo al despedirse.

—Esperamos verte el día que vengan todos los bomberos a firmar a Callao. ¡Están todos tan buenos!

Me quedé cortada al escucharlo. Aunque la cotilla que llevaba dentro no se permitió no querer saber qué día era.

—¡Chicas! ¿Qué día es eso? —pregunté todo lo serena que me pude permitir.

—El día de Reyes —contestó la que se había acercado a mi mesa.

Se fueron muy felices con el calendario firmado y las fotos; entonces, yo volví con Julián más convencida que nunca de las palabras que le iba a recordar.

—No entiendes nada, ¿verdad? —aseveré mientras me sentaba a la mesa de nuevo.

—Entiendo que no me creo que hayas sido partícipe de una guarrada como esa, y menos con lo tímida que siempre has sido a la hora de mostrar tu cuerpo en público.

—Será porque tú nunca me diste esa seguridad para hacerlo —pensé de nuevo mis palabras porque en el fondo también la culpa era un poco mía—, en cualquier caso, a lo que iba antes de esa maravillosa interrupción. —Julián me miró con escepticismo ante mis palabras—; lo intentamos, Julián. Llegamos a un punto en el que nos llegamos a sentir hasta cómodos con la situación. Pero entre tú y yo ya no había ni pasión ni nada desde hacía mucho tiempo. Se diluyó entre años de videojuegos, trabajo, costumbre y, finalmente, abandono mutuo. —Julián mostró su cara de sorpresa ante mi afirmación—. Sí, Julián, porque la culpa fue de los dos. Tranquilo —toqué su mano para calmarlo—, porque yo también tuve mucho que ver en nuestro fracaso. Sin embargo, ya no quiero caer de nuevo en lo mismo. Como te dije

antes, no me conformo con menos de lo que he vivido hasta hace unos meses, quiero más. Lo quiero todo, y tú no me lo puedes dar y la triste realidad es que yo a ti tampoco. Así que —me levanté de la mesa y cogí el bolso—, sin más preámbulos, vamos a dejar esto donde se quedó en junio; y sigamos nuestras vidas —me miró desconcertado—. Sí, Julián, esas que hemos vivido después de dejarlo, que seguro no era tan mala para ti. Porque te aseguro, que para mí fue maravillosa.

Dejé un billete de veinte euros encima de la mesa y me largué por la puerta con una seguridad en mí misma que ni yo me la creía, pero que sabía que la iba a recuperar, con Liam; o sin él.

Año Nuevo, vida nueva.

¡Bendito calendario!



Capítulo 31

Año Nuevo en casa de Aurora y Óscar, que, después de la foto del calendario, no sabía si lo iba a poder mirar igual. ¡Estaba bestial! ¡Menuda suerte que tenía Auro de poder tocar todos esos músculos!

Bueno, ¡qué narices! ¡Yo también la tuve!

—¿Qué vas a hacer después de las fiestas? —me preguntó mi mega barrigona favorita. Estaba a punto; la pobre. Parecía que iba a ser dos niños lo que traía y no uno.

—Volver a trabajar, Auro. Me hace falta —contesté resignada.

Se acercó a mi lado y me abrazó fuerte, todo lo que pudo con su súper panza y yo todo lo que pude porque me hacía falta este abrazo. De repente, me soltó y me enseñó el ya famoso calendario.

—¿Me lo firmas? —imploró mirándome como mira una niña a su madre después de haber cometido una travesura.

—¡Qué puta! ¿¡Tú lo sabías!? —encogió los hombros y abrió el calendario por el mes de junio sorprendiéndome al verlo ya marcado por la rúbrica de Liam.

—Un poquito, solo desde que estuve en Dublín —sonrió maliciosa. ¡Qué perra!

—¿Y no me dijiste nada? —reproché falsamente poniendo morritos porque bien sabía que con ella no me podía enfadar.

—Consideré que esa labor le correspondía a otro —me miró con pesar—, y lo sigo pensando.

—Pues no tienes mucho más que pensar ya. Todo acabó. Seguramente está feliz como una perdiz con Moira, mientras yo...

—Mientras, tú nada. No sabes lo que te puede deparar el futuro.

—Sí, de momento, firmarte este calendario —se lo arrebaté de las manos y cogí un boli de mi bolso para firmarlo.

Lo coloqué en la mesa y justo cuando lo iba a firmar, me quedé mirando la foto. Los recuerdos me asaltaron de nuevo, pero sonreí. Eran preciosos momentos los que me vinieron a la cabeza. Todos los besos del mundo que nos dimos se acumularon en ellos. ¿Nostalgia? Sí, me recordó lo feliz que había sido a pesar de todo.

Empecé a trazar mi rúbrica a un lado, cuando vi algo de lo que no me había percatado anteriormente y es que, en el pie de la foto había una frase. Algo precioso que me recordó a nuestra historia.

«Salvado por ella».

¡Qué frase más equivocada! ¡Él me salvó a mí de una vida rutinaria!

Intenté contener una lágrima solitaria que al final se me escapó por la mejilla. No había nada peor que tener nostalgia de algo tan bello que se había perdido. Era injusto, sí, pero fue su decisión y debía respetarla. Aun así, echaba de menos todas las horas del día que pasé en aquella casa.

Finalmente sollocé, suspiré profundamente y firmé el calendario. Fue hasta un alivio, porque en el fondo era una forma de decirle adiós definitivamente.

Cogí el almanaque y se lo devolví a Aurora. Intercambiamos una sonrisa triste y me abrazó. ¡Qué sería de mí sin esos abrazos que tanto me consolaban!

—Sabes que esto pasará, ¿verdad? —susurró en mi oído.

—¿Cuándo? —pregunté casi en un gemido—, porque duele de narices.

—Pronto, mi niña, antes de lo que tú te crees.

En este instante, apareció Óscar por la puerta para romper el momento. No supe si para bien o para mal, porque las palabras de Auro me habían dejado con la miel en los labios.

Nos dispusimos los tres a pasar el día juntos y ver todos los programas repetidos que emiten en la televisión el día de Año Nuevo entre risas y, en el caso de Óscar y mío, un par de botellas de cava de por medio.

Al llegar la noche, me despedí de ambos sin ganas, porque no quería irme a casa y sentir que se me caía encima. Mañana ya no sería otro día. Sería uno más de los que pasaban sin pena ni gloria.

Quedamos en vernos el día de las firmas en Callao, que aunque al

principio no tenía la intención de ir por no verlo, Óscar me dijo que no podía venir por Thomas. Imaginé que Erin tendría mucho que ver en esa decisión final. ¡Maldita vieja jode vidas!

La semana pasó en modo fotografía. Felicitaciones de Año Nuevo, besos entre amigos, familia, alcohol, más alcohol y ganas de esconderme debajo de las sábanas. Era una auténtica mierda vivir el desamor. Ojalá hubiese una pastilla que, al tomarla, te hiciese eliminar ese proceso automáticamente. Pero iba a ser que no, me lo iba a tener que tragar todito.

Llegó el día de las firmas. Podría afirmar sin dudar que estaba muy nerviosa, a pesar de que sabía que Liam no iba a estar y de que yo no iba a firmar ni un solo calendario. Solo iba a hacer acto de presencia. Los protagonistas eran los bomberos.

Salí del metro y casi no me dio tiempo a elevar la cabeza para mirar; cuando vi una maraña de personas esperando en una cola que llegaba hasta el final de la calle Preciados, que mira que era larga. La bilis se me subió a la garganta. Era increíble la acogida que el dichoso calendario estaba teniendo en Madrid. Vi a los bomberos intentando hacerse sitio en la mesa en la que iban a firmar, entre ellos Óscar; que, en un alarde de generosidad amorosa, le había puesto una silla a su embarazadísima esposa. ¡Pero mira que eran lindos! Me vieron llegar y me animaron a acercarme a ellos. Cosa que yo hice no sin dos toneladas de vergüenza acumuladas en mi cara, y es que; algunas personas me habían reconocido y me pidieron una foto. ¡A mí! ¡Aluciné conmigo misma, lo que hacía un buen maquillaje!

Una vez que me libré de unas cuantas chicas y chicos; que me pidieron fotos, me dispuse a acercarme a mis amigos, cuando lo vi. ¿Habíais oído hablar de las famosas mariposas en el estómago? Pues que sepáis que existían. Y no solo existían, si no que se habían comprado un ático dentro de mí y se habían quedado a vivir ahí, porque fue ver a Liam; y todos los fuegos artificiales de la mismísima China, sonaron en mis oídos.

Estaba guapo no, lo siguiente. Traía puesta una parte del uniforme acompañado de una camisa blanca con galones. En esos momentos, mi baba debía haber llegado al nivel del subsuelo. Sentí que me iba a desmayar, porque me lanzó una pedazo de sonrisa que mis bragas fueron a parar

directamente a la estación espacial internacional.

Con las manos en los bolsillos, se acercó lentamente hacia mí. Venía tímido, pero a la vez voraz. Sigiloso, salvaje. Con la vista agachada pero observando mis movimientos, y cómo no, yo los suyos. Sin darme cuenta, me había quedado como una estatua en medio de la Plaza de Callao. Podía haber huido, de hecho debería. No podía ser sano ver a tu ex, del que estabas todavía perdidamente enamorada, así de guapo.

Se acercó más, venía hacia mí. ¡Dios mío, no podía verme así, deseando tenerlo entre mis brazos! Era demasiado transparente y se me notaba en la cara todo lo que aún sentía por él. Se colocó frente a mí y sacó las manos de los bolsillos del pantalón para cogerme de la cintura con una mano y de la nuca con la otra para pegarme a él.

—Hola, nena —saludó un segundo antes de arrasar mi boca.

Estaba literalmente flotando en el aire. Liam me elevó unos centímetros del suelo y me estaba poseyendo con un hambre feroz. Su lengua me recorrió entera por dentro como si quisiera marcar cada centímetro de mi boca. Lo había echado de menos tanto, que ahora me estaba dando cuenta del dolor real que sentía.

Los vítores de los miles de personas que teníamos a nuestro alrededor, nos obligaron a detenernos, y mejor, porque esto empezaba a ser un espectáculo.

Me colocó de nuevo en el suelo; y fue entonces, cuando traté de recomponerme de lo que acababa de pasar. Pero la cara de felicidad que tenía; se me descompuso cuando vi por detrás a Thomas agarrado de la mano de Moira. En ese instante, sentí cómo el estómago se me revolvió. Ahora mi cara era del más absoluto desconcierto.

—Liam, yo... —señalé a Moira y lo miré—. ¿Qué hace ella aquí? ¿Y por qué me has besado? No entiendo nada.

Me tomó de nuevo por la cintura para acercarme a él.

—Te beso porque me da la gana, porque soy un hombre libre y hago lo que me apetece.

Intenté soltarme de su agarre revolviéndome, pero no me dejó.

—Pero, entonces, ella, tú...

—Nena, tenemos una conversación pendiente, pero prefiero recuperar los

besos que me debes desde que te fuiste —sujetó mi nuca y acercó sus labios a los míos, lo justo para quedarse sobre ellos sin rozarme—, y me debes muchos. Y yo te debo una explicación, pero me pareció más romántico aparecer por sorpresa y hacer esto —de nuevo tomó mi boca y yo me volví a deshacer en sus brazos, que eran el maldito paraíso.

Los vítores y gritos de la gente se repitieron, incluso hasta pude escuchar aplausos. Era inaudito, porque no sentí vergüenza, pero sí estaba sorprendida por la situación.

Intenté soltarme, cuando escuché la voz de Thomas diciendo mi nombre.

—¡Lucía! —se acercó, cómo no, con su ya conocida rapidez a mis brazos—, te hemos echado mucho de menos. ¡No debiste irte! —me riñó—papá se ha convertido en un viejo cascarrabias, todo el día mandando —afirmó a la vez que le guiñó un ojo a su padre.

Me abrazó; de una forma que nunca antes lo había hecho. Un beso, otro, me apretó hasta dejarme sin respiración. Demostró un cariño tal, que cualquiera hubiese dicho que había sido el enemigo público número uno hasta hacía bien poco.

—Ya me porto bien, pero vuelve con papá —susurró en mi oído.

Su confesión me tenía desconcertada. No sabía qué había podido suceder estos dos últimos meses, pero parecía que le estuviese abducido por un alien y me hubiesen devuelto otro niño.

No había terminado de abrazarme cuando sentí la mirada de Moira sobre mí. Me coartó. ¡Qué le íbamos a hacer! No sabía qué hacía ella aquí, pero tenía claro que me iba a enterar enseguida.

Llevaba en la mano uno de los calendarios. Lo extendió, y con un bolígrafo en la otra me miró risueña pero a la vez tímida.

—¿Me lo firmas en plan Pipa de la Paz? —negué incrédula porque, ahora sí que estaba más alucinada que antes.

—Hola, Moira.



Capítulo 32

—¿Qué te parece si nos acercamos todos a la mesa de firmas, hacemos el trámite y nos acompañas para hablar un rato, nena? —interrumpió Liam con un tono de voz de lo más pacificador.

En este instante no supe qué responder. El beso de Liam, la aparición de Moira. Tenía un montón de sentimientos encontrados que se agolpaban en mí y lo cierto era que no supe qué conclusión sacar de todo esto. Bueno sí, que ¿Liam había vuelto a por mí?

—De acuerdo —respondí con la boca chica porque no era capaz casi ni de hablar.

Liam cogió mi mano, me miró y me llevó con él hacia la mesa. Definitivamente, no entendía nada.

Nos pasamos parte de la mañana firmando calendarios. Los chicos tuvieron un éxito impresionante. Así que, con tanto barullo, no me había dado tiempo ni a pensar en lo sucedido. Estaba confusa; y de pronto, un montón de preguntas asaltaron mi cabeza. ¿Qué demonios había sucedido para que Liam volviese así? ¿Qué hacía Moira con él sabiendo mi animadversión hacia ella? ¿Qué había pasado con Erin? ¿Cuál era la cuadratura del círculo? Vale, era consciente, se me iba la pinza. Pero es que me sentía como la espectadora de una película de la que yo era protagonista y ni me había enterado.

Noté cómo alguien tiró de la parte trasera de mi chamarra. Era Thomas que intentaba llamar mi atención.

—Dime, ojazos —dije con una sonrisa sincera.

—Tengo hambre. ¿Me invitas a un chocolate y te cuento un secreto? —musitó en mi oído para que su padre no le pudiese oír.

Me giré para colocarme frente a él.

—Si te invito, ¿qué me ofreces a cambio? —le incité guiñándole un ojo.

—Pedirte perdón —puse los ojos como platos ante esa confesión tan

madura para un niño de su edad, que en ese momento tenía una mirada triste pero a la vez preciosa y que me acababa de dejar impresionada con su sinceridad.

Definitivamente, no me esperaba esto.

—Yo...claro...por supuesto —titubeé aún sorprendida—, pero sin pedir perdón también te invitaría. Eres mi segundo chico favorito.

Thomas frunció el ceño disimilando enfado y miró a su padre.

—Pues como el primero sea este, estás apañada... —afirmó señalando a su padre.

No pudo evitar soltar una carcajada por su respuesta. ¡Sería truhán! ¡Igualito a su padre!

Le dije a la responsable de la firma que necesitaba un descanso y me llevé a Thomas a mi chocolatería favorita, a mi rincón favorito, donde al entrar, no pude evitar sonreír y recordar mi última vez aquí con las jóvenes que me pidieron fotos y cómo no, mi adiós definitivo a Julián.

—¿Chocolate y churros? —pregunté a Thomas con cariño.

—No, esa otra cosa, cómo se llama...por...poras...—explicó en una mezcla de castellano e inglés extraño al intentar decir porras, tanto que me hizo reír y me devolvió la alegría.

Nos sentamos a la espera de que nos sirviesen y noté cómo Thomas se ponía nervioso por momentos. Quería contarme algo y no atinaba cómo empezar, así que; decidí ayudarlo. Es un niño, no se lo podía poner tan difícil.

—¿Qué tal estás?

Tenía la cabeza agachada. Estaba mirando la mesa y marcaba trazos con sus dedos en ella. Como siguiese así, iba a hacer un surco en ella.

—Lucía...yo...quiero...—vacilaba pero lo dejé seguir porque era consciente de que le estaba costando mucho decirlo—, yo...—agarró mi mano y se lanzó—, siento haber sido malo contigo.

—¡Hey! —le frené porque no se trataba de maldad y no iba a permitir que pensase eso de sí mismo—, no fuiste malo, cielo. La maldad es otra cosa, tú te protegías para que nadie os hiciese daño, y a fin de cuentas —estreché más fuerte mi mano con la suya—, yo no dejaba de ser una extraña que un día llegó a tu casa sin avisar.

—Papi siempre decía que tú eras buena, pero la abuela Erin...

Al nombrar a Erin traté de que no me saliese mi vena más salvaje y procuré comportarme como la adulta que debía que dar ejemplo a un niño.

—Erin solo buscaba lo mejor para ti.

—La abuela Erin es un poco rara, de hecho el juez ya no la permite acercarse a mí si no estoy con el abuelo Darren y con papi.

Por un segundo, pensé que la mandíbula se me iba de desencajar con esa confianza del pequeño. ¿Que el juez no la dejaba estar a solas con el niño? No supe si seguir preguntándole o esperar a hablar con Liam. La curiosidad me podía, pero debía imperar la sensatez del adulto y esperar a hablar con su padre.

—¿Me perdonas, Lucía? Yo quiero ser un buen hijo para ti, no me importa que me riñas y eso, y que no me dejes jugar con videojuegos de mayores...—me puso esa cara de pícaro que guardaba solo para momentos especiales y me percaté al instante de que estaba intentando convencerme admitiendo de soslayo sus errores. Era un niño, bastante estaba aprendiendo con tan solo siete años.

—Yo nunca he estado enfadada contigo Thomas, jamás podría estarlo —. Tiré de su mano y lo senté en mi regazo para abrazarlo, intentando contener las lágrimas que pugnaban por salir y dejar ver al niño la mujer blanda que llevaba dentro.

—¿Interrumpo?

La voz de Liam nos sacó de nuestro momento de reconciliación.

—Os estaba buscando, así que pregunté a Aurora. Me dijo que solo podías estar aquí y vine a buscaros. ¿Me puedo sentar?

Afirmé con la cabeza, Liam cogió una silla y sin decir nada, se unió al abrazo.

—¿Sabes que me siento muy bien así? —manifestó en el momento en que me oyó suspirar—; echaba de menos tu olor —susurró para que no le oyese Thomas.

—Papi, ¿me dejas tu móvil para jugar?

—¡No! —respondimos al unísono Liam y yo.

¡Vaya! Por primera vez, nos poníamos de acuerdo en algo con respecto al

niño.

—Vale, vale —contestó Thomas con las manos en alto—, entonces me voy a jugar fuera con los niños esos que están con el balón.

—Pero, ¿si no los vas a entender! —le dije en clara alusión al idioma.

—¡El fútbol es un idioma universal, Lucía! —vociferó elevando los brazos y provocando que me riese de su ocurrencia.

—A ti te voy a dar yo idioma universal...—murmuré mientras le vimos salir por la puerta corriendo hacia los otros niños que están jugando.

Nos quedamos mirando mientras lo veíamos jugar, sin decirnos nada. Solo observábamos. Por primera vez, percibimos al niño que debía ser a su edad, no al chaval de siete años con ínfulas de adulto que intentaba representar, pero que luego no podía dejar de dormir en la cama de su padre.

—Erin intentó matricularle en un internado para cambiar sus costumbres y enderezarlo.

La revelación de Liam me pilló por sorpresa. No porque me lo dijese así y se quedase tan pancho, si no por el hecho de lo que contó en sí. Aunque de Erin, cualquier acto se podía esperar.

—¿Sin tu permiso? —pregunté alarmada.

—Llevaba meses con la idea en la cabeza y como yo me negaba. Lo intentó hacer sin mi consentimiento. Moira se enteró, me lo dijo y mi abogado habló con el juez. Le han retirado la custodia compartida, al menos de momento.

—¿Moira? —elevé una ceja incrédula, porque pensaba que fue otra de las artimañas de Moira para intentar cazar a Liam, sin embargo, había algo que no me cuadraba.

—Moira es solo una cría con la que cometí el error de liarle y darle falsas ilusiones de algo que no podía ser. El error fue mío, y una muestra de su buena voluntad para conmigo ha sido su reacción con el lío de Thomas, Lucía —agarró mi mano y me miró a los ojos—, ella me ha ayudado mucho estos dos meses, ha sido un gran apoyo.

Esas palabras me escocieron tanto como me imaginaba al oír hablar así de ella. Intenté levantarme de la mesa porque me dio miedo que me dijera algo que no me gustase, pero por otro lado, cuando llegó, me besó delante de ella,

¿no? Desde luego era una auténtica gilipollas inmadura.

—Explicáte un poco más, porque creo que no te he entendido bien.

—Aunque sé que realmente te debo una explicación más extensa, pensé que el beso te habría aclarado que quiero volver, y esta vez para siempre.

Inspiré profundamente e intenté procesar todo lo que me decía. Me asustaba la idea de saturarme con todo lo que me iba a decir, pero me aguanté, así que lo animé con la cabeza y con la mano para que continuase, que lo dijese todo.

—No hice las cosas bien, Lucía; de hecho las hice fatal desde el principio y ya no hablo de nuestra relación en sí, que fue muy precipitado, aunque a pesar de todo, no me arrepiento lo más mínimo de haberlo hecho —me miró, tomó fuerzas para continuar, hasta pude sentir cómo los engranajes de su cerebro se movían para tratar de explicarse de la mejor forma posible.

«Mi historia ya la conoces de sobra. Lena, su depresión postparto, las drogas, todo. Yo tampoco lo supe hacer muy bien, no sabía lo que era la responsabilidad de un hijo y se la colgué a ella. En el fondo soy un poco culpable de su muerte. Ya sé que vas a decir que no, pero soy el padre biológico de Thomas y no he sabido ser un padre de verdad. Era más fácil ser su colega, implicaba menos responsabilidad. Tu llegada era como meter a una madre en casa, a fin de cuentas, Moira no dejaba de ser una colega más. ¿Crees que no veía las acciones de ella con Thomas? Puede que sea tonto, nena, pero no ciego. Le consentía todo, es su tía, no su madre; y en fondo, sí, ya sé lo que piensas, era para ganarme a mí, aunque yo la viese tan solo como un objeto de consuelo. ¿Soy un cerdo egoísta? Sabes la respuesta, y es un sí rotundo. Lo que no me imaginé era lo mucho que iba a cambiar esa perspectiva tu presencia en casa. En todo momento has sido el faro que ha guiado la casa esos meses. Por eso tuve que parar, porque tú no tenías que cargar con toda la responsabilidad, porque Tommy es mi hijo y yo volví a ser el cerdo egoísta que fui desde el principio».

—Liam, yo entiendo lo que quieres decir, debe de ser muy difícil cargar con un hijo solo y rehacer una vida, y más con la poca ayuda de Erin y Darren.

Liam me paró con la mano para seguir hablando.

—Lucía, yo nunca quise que te fueras así, pero necesitaba hacer esto solo.

Puse cara de «solo, solo, no, estaba Moira», a lo que Liam pareció deducir mis pensamientos porque enseguida la sacó a colación.

—Moira no ha sido más que el punto de apoyo real que tuvo que ser desde el principio. Su tía.

Miré hacia la ventana y comprobé cómo finalmente Thomas se había acoplado al juego con el resto de niños como uno más, a pesar del hándicap del idioma.

—Hemos tenido largas conversaciones ella y yo —continuó con la explicación—, dolorosas a veces. No te voy a negar que ella ha sentido cosas por mí que nunca han sido correspondidas. Además, está el tema de su extraña relación con Darren, que poco a poco está asumiendo que tiene una hija, en cambio, Erin la sigue tratando como la hija de la puta que se acostó con su inocente marido, y claro, para ella tampoco es fácil sentirse así. Yo, en el fondo, he sido su apoyo en esta familia de locos, y una cosa llevó a la otra, y claro...

—Déjalo, déjalo...no quiero que sigas por ahí —le paré porque no quise seguir oyendo nada de su relación con ella.

—Lucía, entre ella y yo no hay nada más que una relación de amistad y de apoyo ahora mismo. Tú eres la mujer de mi vida, pero necesitaba apartarte para aprender a salir solo de esto, aunque no fuese justo, y sé que no lo hice de la manera más inteligente, que es posible que fuese un cobarde, pero, creo que fue lo mejor para todos.

—No fue lo mejor para todos, Liam, fue lo más cómodo para ti.

Liam se quedó pensando, porque sabía que tal vez, en el fondo yo tenía razón, pero lo hecho, hecho estaba.

—Si te hubieses quedado, podríamos habernos hecho mucho daño, y nuestra relación no se lo merecía, tú no te lo merecías, Lucía.

—¿Y quién te creías tú para apartarme así? No me diste la opción de escoger, yo también quise ayudarte y tú, en cambio me apartaste. Fuiste, de nuevo, un egoísta, Liam.

Me levanté de la mesa, dejé veinte euros en ella y me largué sin esperar las vueltas y tampoco la reacción de Liam, que se quedó sentado en la silla

con las manos en la cabeza.

Se acabó el cuento de hadas...



Capítulo 33

—Eres boba, niña.

Las palabras de Aurora me sentaron mal, aunque yo sabía que su punto de vista era más correcto que el mío. Mi reacción con Liam fue desmesurada, como yo, que solía reaccionar así cuando algo me dolía demasiado.

—No me dio la opción a escoger, me dejó y punto. ¿Y todavía espera que lo reciba con los brazos abiertos? Tienes que entenderme.

—Pues cualquiera lo diría con lo que presenciamos en Callao el otro día —le lancé una mirada asesina que ella captó a la primera pero igualmente siguió—, me dirás que te quedaste con la boquita cerrada cuando te metió la lengua, vamos, ¡si casi os lo montáis en vivo y en directo!

—Auro...

—Ni Auro, ni leches. Estoy a punto de dar a luz, estoy muy irascible. Me sacas de mi casa porque no quieres ir para no encontrarte con él, que sigue ahí esperándote como el idiota enamorado que es, y encima no le respondes a los mensajes. Es que eres boba, no ¡idiota!

—Me manda demasiados mensajes, ¡y hasta subidos de tono! ¡No tiene vergüenza!

—¡Anda ya! ¿Te preocupan sus mensajes subidos de tono? A mí me preocupan los mensajes subidos de tono de Óscar, que con este barrigón no puedo ni lamerle la pol...

—¡Auro!

—¡Lucía! ¡Madura ahora tú! Hablas de que él no lo había hecho, pero perdona bonita, tú estás igual. Pareces una puta adolescente. ¡Todos tenemos derecho a equivocarnos! Pero ahora va ser que los errores de los demás tienen más delito. Te fuiste como una loca a Dublín y ahora no eres capaz de arriesgarte. ¿A qué tienes miedo realmente, Lucía?

Me quedé pensando lo que me dijo. Miedo, mucho, ¿a qué?

—A darme de bruces con la realidad y que no sepa afrontarlo. Le quiero demasiado.

—A eso se le llama vivir, querida —se acercó a mí lo suficiente como para hablarme al oído—, y te voy a dar una noticia, no todo es bonito y precioso en el amor, también hay y habrá días muy malos, amiga —se encogió de hombros y me miró—, ¿qué, te arriesgas o no?

—¿Y qué pasa con Moira?

—Joder, ¡qué pesada con la Moira! Esa se queda en Madrid a estudiar, que lo sepas, a ver si se encuentra con Julián y lo espabila —se echó a reír y yo la di un empujón para reprenderla— ¿Qué? Oye, es cierto, a lo mejor lo espabila.

Me llevé las manos a la cara y me la restregué con desesperación. Para entonces, el maquillaje ya se había ido a tomar vientos y yo continuaba sin tener la solución.

—La pelota está en tu tejado. Así que —se levantó y cogió el bolso para irse—; ¿me acompañas al ginecólogo o no? Está muy bueno, al menos te alegras la vista y dejarás de tener esa cara de seta que no quitas desde hace dos meses.

Al final decidí acompañarla al ginecólogo para distraerme un rato y sí, alegrarme la vista con el súper ginecólogo de Auro.

Volví a casa aún con el enfado en el cuerpo porque, ¡coño! Seguía pensando que Liam me dejó apartada del problema, me hizo a un lado y aunque hubiese medio solucionado su vida y gracias a eso se decidió a volver a buscarme; no era justo que hubiese tomado decisiones por mí.

¡No era justo y punto!

Estaba medio dormida en la cama. Todavía me costaba dormir, pero por una noche había logrado casi dormirme a la primera cuando escuché un mensaje en el móvil.

Me tengo que volver a Dublín. Los días de permiso se me acaban y Thomas debe volver a la escuela. Quiero estar contigo, pero no insistiré más si no quieres volver a verme. Cada día sin ti, es un poco de aire más que me cuesta respirar.

Tapé con mi mano un sollozo que me salió de la boca. Se iba, se iba, y yo no era capaz de perdonarlo.

O sí.

El amor, sin locuras, no era amor, era solo rutina.

Otro mensaje, me entró en el teléfono. Esta vez, de un número desconocido irlandés; lo sabía por el origen.

Él está loco por ti. Ojalá hubiese tenido yo tu suerte. Aprovéchala, porque Liam Brennan solo hay uno. Espero encontrar aquí en Madrid yo al mío.

Leí y releí el mensaje. Sabía de sobra de quién era y estaba claro que si me decía esto, era porque se había hecho a un lado.

Sonó de nuevo el tono de entrada de otro mensaje.

Vuelo Aer Lingus (EI 593) de mañana a las 12:20, no pierdas más el tiempo, yo no lo haría.

Me levanté de la cama para vestirme y salir corriendo, hasta que me percaté de que era la una de la madrugada y poco podía hacer, bueno sí, la maleta. Por lo que me quede en pie y la hice. Metí toda la ropa de invierno que pude, porque era enero y en Dublín haría un frío que pelaba y no me quería enfermar nada más llegar.

Me dispuse a comprar un billete en el mismo vuelo que iba Liam con Thomas.

La suerte me sonrió porque encontré un pasaje de puro milagro, eso sí, en la cola del avión. Pero no me lo pensé dos veces, porque mi intención era darle una sorpresa a Liam. Finalmente, cogí el calendario en el que ambos salíamos; me debía un autógrafo en esa foto y me lo pensaba cobrar con creces.

Me dieron las cinco de la mañana entre maleta y nervios que se me estaban acumulando. Una locura por segunda vez, salir detrás de él, pero esta iba a ser para quedarme.

Bajé a desayunar y a hablar con mis padres. Esta vez, no supe por qué, no se asombraron tanto de mi decisión. Sería porque ya los había acostumbrado o porque sospecharon que ahora solo iba a volver a Madrid de vacaciones.

Sonó el timbre, pensé que era el taxi que venía a recogerme para trasladarme al aeropuerto. Sin embargo, cuando abrí, me encontré a un mensajero.

—¿Lucía Vergara? —preguntó con un sobre de grandes dimensiones en la

mano.

—Sí, soy yo —respondí yo algo vacilante.

—Tengo un paquete para usted, ¿me firma aquí por favor y me dice su número de D.N.I?

—Sí, sí —. Firmé, el mensajero me entregó el paquete y se fue.

Abrí el sobre sin haber cerrado ni la puerta de casa y lo que había en su interior, me sacó un gemido de emoción.

Era el álbum de fotos que nos hicimos juntos en Edmund Ross. Estaban todas las fotos, todas, hasta las más sexys entre Liam y yo. Cada foto tenía una frase, como la que venía en el calendario. Pasé hoja por hoja y cada foto que veía me hizo llorar más fuerte. Mis padres me escucharon y salieron alarmados a la puerta.

—¡Hija! ¿Qué sucede? —gritó mi madre angustiada.

Yo no respondí, tan solo giré el álbum, se lo enseñé y seguí llorando. Mi madre se apuntó al club de las lloronas, pero dejó de hacerlo cuando llegó a la última foto.

Era una foto de ambos, casi desnudos, que nos atrevimos a hacer animados por el fotógrafo en el último segundo. Era muy erótica sí, pero ante todo reflejaba sensualidad y algo que parecía que había aparcado estos meses de pena. Conexión. Una que ambos habíamos sentido desde el principio, desde aquel intercambio de miradas cuando nos conocimos.

—Luci, esta foto...—Me mostró mi madre la foto ruborizada.

Un escalofrío me recorrió al recordar el momento de la foto. Liam me tocaba con tanta delicadeza, que no pude evitar excitarme. Recordé que había apretado un poco las piernas y Liam me miró sorprendido por mi turbación. Aunque se había dado cuenta de sobra de mi estado porque pude sentir cómo su miembro se agrandaba un poco, hasta que el señor Ross hizo clic con la cámara y nos sacó de ese momento, ¡gracias a Dios! Menudo espectáculo que habría tenido gratis.

Me reí recordándolo. Mi decisión era cada vez más firme.

Cogí la maleta, me despedí de mis padres y ni pensaba ya en esperar al taxi, cuando justo llamó a la puerta para recogerme.

La decisión estaba más que tomada.

Llegué al aeropuerto y decidí que era mejor que no me viese antes de tiempo. Así que fui por los pasillos como una pequeña espía, con gafas de sol y tratando de ver si aparecían a lo lejos. Cosa que sucedió cuando me acerqué al mostrador de la compañía y los vi a los dos. Thomas sonriendo y Liam acariciándole el rostro con ternura. Iba a ser un gran padre, aunque él no lo creyese.

Esperé a que facturasen y se alejaran para hacerlo yo. Lo hice y me dirigí a los arcos de seguridad cuando los encontré de nuevo y la impaciencia me ganó, por lo que pedí permiso para pasar a toda la gente que estaba delante de mí y así llegar hasta mi chico. Me coloqué a su altura y como estaba pendiente de Thomas, ni se percató de mis intenciones. Saqué el álbum del bolso y le toqué la espalda para llamar su atención.

—Disculpe, caballero, ¿me firma un autógrafo?

Al escuchar mi voz, Liam se giró con una de sus estratosféricas sonrisas (al final iba a necesitar llamar a emergencias yo para salir indemne de cada una de sus sonrisas). Me miró, me sujetó de la cintura y sin soltar a Thomas, me besó.

Me besaba, me besaba; por favor que alguien llamase al 112, me iba a desmayar. Thomas tiró de la mano de su padre porque, aparte de que todo el mundo nos estaba mirando y aplaudiendo de nuevo (me sentí como en un *dejavú*), estábamos haciendo un tapón a la entrada del arco de seguridad y como que no procedía.

—Nena —me dijo con una ternura que me erizó hasta las entrañas y su nariz pegada a la mía—, ¿qué haces aquí? ¡menuda sorpresa, no te esperaba!

—Papi —le llamó Thomas la atención tirando de nuevo de su mano—, la poli nos mira raro.

Nos echamos a reír y sentí que, por primera vez desde que nos vimos en Callao, estaba completa.

Me dio un beso en la mejilla, se lo devolví en la comisura de los labios y me agarró de la mano, firme, con seguridad.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó feliz.

—Nos vamos a casa.

Y así, los tres, como la familia que éramos, nos volvimos a Dublín, a

pelear por nosotros, a luchar por Thomas e intentar estar unidos siempre ante lo malo que pudiese venir.

La vida era así. Unas veces eras feliz y otras no, pero nos merecíamos, al menos, intentarlo.

Por todas las locuras del mundo que cometíamos por amor.



Liam

Estoy loco, sí, loco por ella.

Esa mujer me sacó de mi miseria personal y me ayudó a crecer como persona y como padre. No se merece menos que esto.

Con la ayuda de mis compañeros, sus padres, de Aurora y Óscar, que han venido hasta aquí con su bebé para ayudarme en esta locura, voy a pedirle que se case conmigo. Y lo voy a hacer cumpliendo una de sus fantasías, vestido con el uniforme de gala. Estoy loco sí, loco por ella. Aunque también muy nervioso.

Pienso en todos y cada uno de los momentos que hemos vivido juntos, y no queda de otra que pensar en el día en que la conocí. Fue el puto día más alucinante de mi vida. ¡Quién me iba a decir a mí que yo sería capaz de intentar tirarme a una tía en la puñetera cara de su novio!

Pero es que fue ver su sonrisa y pude comprobar que no era feliz. Y sinceramente, si quiero algo, no paro hasta que lo consigo. Lo que no esperaba era que iba a caer en sus redes como caí el día que me acosté con ella, así como un puto adolescente.

La idea de que me viese desnudo fue solo para tentarla y fue la tentación más suculenta a la que haya caído jamás. Ver su precioso rostro sonrojarse ante mi desnudez fue la cosa más sensual que yo había visto en una mujer en toda mi miserable vida. ¡Joder, no me la merezco! Pero ahora me da igual, es mía y yo soy suyo, tan profundamente que no se lo puede ni imaginar.

Puede que penséis que la decisión de abandonarla fue una estupidez, pero os juro que fue la decisión más inteligente de mi vida. No me quedaron más cojones que crecer solito y pelear por Thomas como el adulto que soy. Os juro que me dolió a mí más que a ella, porque la eché de menos todos y cada

uno de los días que estuvimos separados.

Lo que no imaginé; es que Erin me pusiera la salida en bandeja de plata con la idea de intentar meter a Thomas en un internado. ¡Maldita mujer! Aunque en el fondo, una pequeña parte de mí la entienda. Está sola, con un hombre que le puso los cuernos porque no la amaba; y había perdido a su tesoro máspreciado por culpa de las drogas, su hija. Eso, para una persona con su mentalidad conservadora, fue una bofetada en toda la cara. La juez no pudo menos que darme la razón con respecto a la educación de mi hijo y anuló la custodia compartida con Erin y Darren, que hasta cierto punto, lo siento por él, porque adora a mi hijo. Aunque también le toque hacer penitencia por sus pequeños pecados y es que Moira es su hija, le guste o no.

Moira, mi gran error, mi mejor apoyo. Se ha convertido en una algo parecido a una amiga. Aún nos queda un camino largo para tener confianza plena de nuevo, pero a fin de cuentas, me ha ayudado mucho con el tema de Thomas. Sin embargo, fue ella quién averiguó las intenciones de Erin y vino a decírmelo. Podría haberse callado, en cambio, se comportó como la tía que es y me avisó de todo. De paso, también se disculpó por ayudarme en poco o más bien en nada en la educación de Thomas. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una chiquilla con aires de adulta que había sufrido más de la cuenta por culpa de un padre irresponsable. Yo no quiero convertirme en eso con mi hijo. Ahora ella vive en Madrid. Está haciendo un máster en fotografía que seguro la hará llegar lejos y podrá empezar una vida mejor. Aunque está hecha para romper muchos corazones.

Me estoy vistiendo frente al espejo del vestuario y sonrío, como un auténtico gilipollas. Recuerdo la tarde que regresamos a casa y lo malo que estuve toda la tarde hasta que Thomas se fue a su habitación, porque sí, como él confesó, ya duerme solo. Entonces me encerré en la nuestra con ella, mi mujer.

Imaginaos, dos meses y medio sin sexo y de repente te encuentras con tu chica en la intimidad. Reíos, pero en el primer polvo duré un asalto. ¡Puto eyaculador precoz! Lucía se encargó de solucionar el tema, masturbándose para mí. ¡Fue la puta peli porno más cojonuda que he visto en mi vida! Qué decir tiene; que sirvió de sobra para ponerme en posición de firmes y hacerla

mía igual que si estuviese poseído.

¿Os he dicho ya que soy afortunado?

Desde la noche que me acosté con ella. Y es que; jamás imaginé que de aquellos polvos, saldrían esos lodos. ¿Inmaduro? Lo fui, mucho y siento deciros que en algunas cosas lo sigo siendo. Criar a un hijo es una carrera de fondo donde te preocupas por no cagarla las veinticuatro horas del día. Y la cagas, os lo aseguro. No tener el manual de instrucciones de cómo criar a un hijo; debió de ser otro de los castigos que se cernieron sobre Adán y Eva.

—¿Quieres salir ya? —ese es Óscar que está rogando desde el otro lado de la puerta que salga de una buena vez—, te juro que como haya un incendio de verdad en este puto pueblo, no pienso ir de uniforme.

—Ya voy...

—No jodas, Brennan, que el camión parece un árbol de Navidad. ¡Date prisa! —grita impaciente—, que porque hicieses una pedida de mano normal y corriente no te iba a querer menos, ¡que parecéis unos adolescentes!

—¡Que ya voy! —me doy la vuelta y abro la puerta violentamente.

Tanto, que no me fijo más que en Óscar y le miro mal por meterme prisas. Pero el enfado se me pasa al ver bajar a mi chica subida al camión de bomberos, preciosa, con un vestido de novia de esos que parece una princesa. El corazón se me empieza a acelerar y tengo un nudo en la garganta porque, mi chica, tan lista que es, se me ha adelantado a mi petición y ya viene preparada para el momento.

Mis compañeros la ayudan a bajarse del camión de bomberos y se acerca a mí. Va descalza y tremendamente sexy. Me llevo la mano a la corbata y la aflojo un poco. No puedo respirar bien, pero esta vez es de la emoción.

—¿Sorprendido? —pregunta con la voz cargada de turbación.

—Bueno —me acerco a ella y la sujeto por la cintura—, si un día yo te sorprendí con mi desnudez, no esperaba menos de ti.

Me dirijo al juez de paz del parque que nos observa y la miro retador.

—¿Lo hacemos entonces? —me toca la mejilla y mira con unos ojos que hacen que me deshaga.

—Pídemelo.

Carraspeo e intento deshacer ese nudo cabrón que apenas me deja hablar.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Tú qué crees? —me incita.

—Que sí, papi, que sí —nos interrumpe Thomas provocando las carcajadas de todos—, que ya estoy cansado de cargar con los anillos, que tener una bandeja de estas es un rollo.

—Entonces, ¡vamos a ello! —la suelto para coger su mano y llevarla hasta el juez.

Me voy a unir a esta mujer para el resto de mi vida y lo demás me da igual. Es la mejor decisión precipitada que he tomado nunca.

La ceremonia es sencilla. Nos damos el sí quiero; y me vuelve a sorprender con una pequeña luna de miel cerca de los acantilados de Moher. Un fin de semana para los dos solos, puesto que yo no tengo días de permiso y ella acaba de empezar a trabajar en servicios sociales, aquí mismo en Dublín, algo que le encanta y por lo que va a luchar mucho. El caso de Thomas la ha servido como escuela para introducirse en el tema de los derechos de los niños. Ella es feliz, yo soy feliz. Pienso hacerle el amor de todas las formas posibles para que jamás olvide este fin de semana. Voy a dejar mi marca en cada una de las partes de su cuerpo, lo juro.

Antes de que todo el mundo empiece a felicitarnos, hago lo que me ha apetecido hacer desde que la he visto con ese vestido que pienso arrancarle en nada. La beso. Cojo su nuca, la atraigo hacia mí y me recreo con su boca para recordarle el motivo por el que está aquí, que no es otro que amarla, todos los días de nuestra vida. Es puntillosa, tocapelotas y siempre tiene la última palabra, pero es una pedazo de mujer y sí, ahora lo puedo decir, está casada conmigo.

—Liam...—se aparta un poco y gime entre dientes porque lo que la acabo de hacer sentir, que es precisamente como me siento yo ahora mismo—, estamos montando un espectáculo.

—Es mi boda y el día de mi boda hago con mi mujer lo que me da la gana. Al que no le guste, que no mire.

Los vítores de mis compañeros lo confirman. Me da igual. Si pusimos en pie la mismísima plaza de Callao con el beso de nuestro reencuentro, esto es una bobada. O tal vez no.

—¡Chicos! —el grito de Óscar que nos llama, nos saca de nuestro momento y nos giramos para saber qué quiere—, ha llegado un regalo para vosotros.

Miramos hacia el mensajero que acaba de llegar con un carro lleno de cervezas. ¡Ya sabemos de quién son nada más verlo!

—¡Mallone! —gritamos al unísono.

Seis cajas de cerveza, ni más ni menos. O nos quiere borrachos perdidos, o no nos quiere nada. Una nota acompaña a las cajas que abrimos juntos y que nos hace estallar en carcajadas nada más leerla.

¿Buscáis trabajo? Aquí os espero

Todo un loco irlandés.

Dejamos pronto nuestra propia fiesta para dirigirnos a Mohel. La necesito en mis brazos ya. Es mi pequeña adicción pero de las buenas.

Llegamos al hotel. Ella todavía está vestida de novia y eso, saber que la puedo arrancar ese vestido, me pone más cachondo si cabe. Soy así con ella, ¡qué le vamos a hacer!

Subimos a la habitación, que tiene unas vistas espectaculares, gracias a los ventanales que dan a la campiña y siento que, toda la excitación, por algún motivo, se acelera. Voy a quitarle la ropa, cuando me frena.

—Espera, necesito ir al baño. —La miro pensando que me gustaría acompañarla y ella me lee el pensamiento porque niega con la cabeza—, quiero que cierres los ojos y no los abras hasta que salga.

Asiento, porque me gusta este juego y porque ahora mismo bailarían desnudo en medio de la campiña irlandesa si me lo pide. Se va hacia la puerta del baño, entra y cierra. Mientras yo; también cierro mis ojos.

No tarda mucho en salir, menos de lo que me esperaba. Aunque, ahora mismo, cualquier espera me parece un siglo.

—No abras los ojos hasta que yo te lo diga, Liam.

Vuelvo a asentir como un gilipollas. Solo sus palabras hacen que se me ponga dura. Me tiene en el bote. La oigo moverse por la habitación y siento como, de repente se para.

—Ábrelos, por favor.

No es una orden, diría que casi es una súplica; y al abrirlos, me encuentro

con ella, desnuda frente a los ventanales, iluminada tan solo por la luz de la luna. Hechizado. Acaba de recordar nuestro primer encuentro, solo que ahora la desnuda es ella y el impresionado soy yo. La he visto desnuda mil veces, he tocado ese cuerpo otras tantas, pero creo que, pase lo que pase con nuestras vidas, nunca olvidaré este momento, ni lo que siento. Estoy excitado, mucho, feliz y profundamente enamorado de esta mujer que me está enseñando lo que es formar una familia

Guardé las distancias con ella cuando fue necesario, las eliminé en cuanto pude. En unos meses he aprendido tanto de la vida que sí, tal vez estoy asustado. Pero con ella a mi lado; sé que lo puedo todo y también que puedo enfrentarme a todo, lo bueno y lo malo. Porque la vida en pareja es eso. Además, sé que con ella; no será aburrida.

Me acerco a ella relamiéndome los labios de las ganas que tengo de saborearla. La pienso convertir en nuestra tarta de celebración, porque no va a haber parte de su cuerpo que no toque.

—Menuda sorpresa —susurro en su oído mientras la pego a mí.

Me excito más al saber que toco su cuerpo mientras yo sigo vestido.

—Pues esta solo es la primera, imagínate las que nos quedan los próximos cincuenta años —responde mimosa entre mis brazos.

—Entonces, bienvenidos sean.

Y la beso. No soy suave, soy salvaje, como a ella le gusta, como yo lo necesito y porque quiero guardarme para siempre todo lo que sentimos cuando estamos juntos. Porque esto somos nosotros. Porque, a su lado, este soy yo, Liam Brennan, el puto afortunado que un día cometió una locura y que lo volvería a hacer por ella, sin dudarlo.

Un día me preguntó cómo se decía «te quiero» en gaélico y yo se lo dije:

—*Is grá liom thú.*

No respondió, solo sonrió, algún día tendré que averiguar por qué.

FIN

Agradecimientos de la autora

Ahora me toca llorar, sí un poquito, las que me conocéis, sabéis que me da por ahí.

Lo primero, dedicar a esta novela a mis queridas insumisas. Habéis estado ahí en un momento en el que no tenía claro si colgar la pluma o seguir. Ahí nació esta historia. Liam y Lucía os estarán eternamente agradecidos. Podría nombraros a todas, pero no cabéis. Un trébol de honor para mis chicas.

A mis amigas, Ana, Sara, Idoia, Bea, Amaia, Maitane, Alicia, Jaione, Susana, Sonsoles y Valeria, compañeras de viaje en mis momento difíciles y por tener unos estupendos oídos de plástico y escucharme. Sois mis loquillas.

A mis lectoras cero y amigas Sonia Bermúdez e Irantzu Arrieta. Es proponeros algo y os lanzáis a leerme. Estáis ahí, mil gracias, sobre todo por vuestras críticas. De ellas aprendo mucho.

A Yolanda, de Las Cosas de Edkan por esos detallitos que me hace para regalar a mis insumisas.

A Esther Farraces por prestarme ese acróstico. ¡Gracias compañera!

A Susana Pérez Muñoz y Emma Crespo, por darme palos hasta en el carnet de identidad. Solo se aprende fallando y estoy aprendiendo mucho con vosotras.

Quiero dar las gracias a Nerea Gurutxeta por esa portada tan romántica que me ha apasionado tanto. El día que vi por primera vez tu trabajo, sabía que teníamos que colaborar juntas. Ha sido un placer.

A mis escritoras maravillosas Margot Recast, Eva Soler e Idoia Amo, que van a hacer que un día me explote el WhatsApp de lo preguntona que soy. Estoy aprendiendo mucho de este viaje de la auto publicación gracias a vosotras.

Y finalmente a mi familia, mi gente, mi marido y mi hija. Los grandes sufridores de esta humilde escritora, que me ceden su tiempo para que yo pueda hacer esto. Haizea, me gusta mucho cuando sonrías con los ojos, es una sonrisa de novela romántica.

*Que sepáis que ya estoy emocionada. Triste y feliz. Otra historia más.
¡Nos vemos en la próxima!*



Biografía de la autora

Iria Blake nació el 1 de Enero de 1975 en Santurtzi, una bonita aldea marinera del País Vasco. Aunque desde hace más de diez años, y por raíces familiares, su corazón se encuentra dividido entre esta tierra y su amado México. Desde el primer momento se mostró como una niña inquieta y con ansia de comunicarse al mundo. Se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad del País Vasco, carrera que le transmitió un deseo aún más fuerte de expresar sus ideas de manera pública. Joven e insaciable, vivió varios cambios sentimentales y laborales en su vida, hasta que por fin aparecieron ante ella sus tres amores: su marido, su hija y escribir. Desde hace un tiempo y de cara al futuro, ya en su periodo de madurez, intentará sacar lo mejor de sí misma, para plasmarlo en maravillosos regalos para los lectores: sus libros.

La puedes encontrar en:

<https://twitter.com/?lang=es>

<https://www.facebook.com/iriablake>

Instagram: iria_blake



LA SUMISA
que hay en mí

Iria Blake

Declan abrió los ojos a Henar a un nuevo mundo en las relaciones íntimas, pero sin darle explicaciones, un día la abandonó. Ahora vuelve a la vida de Henar para reclamar lo que le pertenece y someterla a una prueba.

« Te quiero enseñar mi mundo Henar, quiero que entiendas lo que es pertenecer el uno al otro ». Pero trae consigo algo más que sus juegos sexuales. « Hoy voy a hacerte el amor hasta que tu olor quede impregnado en mi cuerpo » .

¿Será Henar capaz de superar la mayor prueba de todas? ¿La confianza? ¿Y si el amor entra a formar parte del peligroso juego? ¿Confías en mí?



PURA

Magia

*IRIA
BLAKE*

Alec está en su plena madurez, a sus 39 años tenía muy claro lo que quería en su vida. Una sumisa. Una noche. Hasta que llega Marta y pone su mundo del revés.

Marta intentará romper todas las barreras que el propio Alec le imponga, pero ella no se dará por vencida, porque bajo esa coraza de Amo se esconde un sentimiento puro y... Mágico.

Alec deberá luchar contra cualquier sentimiento que le despierte Marta, negándose de nuevo a amar y totalmente convencido que no merece la sumisión de su «hechicera».

Una atracción irremediable y un auténtico sentimiento mágico.



Un momento en la vida que lo cambia todo...

Un beso que no podremos olvidar...

Un hecho que desmonta nuestros cimientos...

Montse y Fabrizio tendrán que enfrentarse a sus sentimientos más profundos, sin ser conscientes que aunque a veces pensemos que lo hemos vivido todo, siempre habrá algo que nos quede por vivir...